



125 572

VALBUENA

NOVELAS
MENORES

PQ6572

.V3

N78



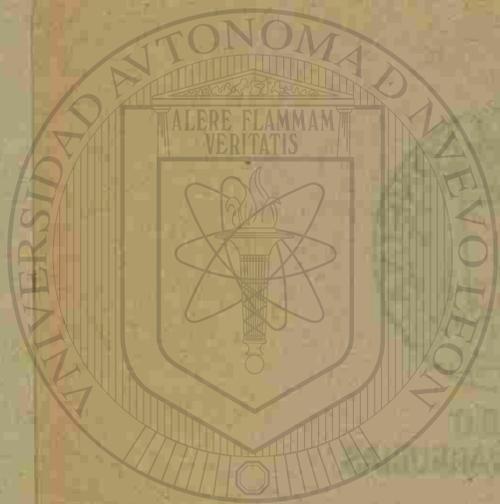
1020027456



FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas.	V139 n
Núm. Autor	33939
Núm. Adq.	8-
Procedencia	
Precio	
Fecha	15
Clasificó	
Catalogó	



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOVELAS MENORES

Núm. Clas. _____

Núm. Autor _____

Núm. Adq. _____

Procedencia _____

Fecha _____

Clasificó _____

Catalogó _____

V 139^m
33939
8-

69

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Ripios aristocráticos (sexta edición): un tomo en 8.º, 3 pesetas.

Ripios académicos (segunda edición): un tomo en 8.º, 3 pesetas.

Ripios vulgares (segunda edición): un tomo en 8.º, 3 pesetas.

Ripios ultramarinos, primero, segundo y tercer montón: tres tomos en 8.º, 9 pesetas.

Fe de erratas del Diccionario de la Academia (tercera edición): cuatro tomos en 8.º, 12 pesetas. (El tomo 4.º inédito.)

Capullos de novela: un tomo en 8.º, 3 pesetas.

Agridulces (políticos y literarios): dos tomos en 8.º, 6 pesetas.

Historia del corazón, idilio (agotada).

D. José Zorrilla, estudio crítico-biográfico (tercera edición), 1 peseta.

Pedro Blot, traducción de Paul Feval (segunda edición): un tomo en 8.º, 2 pesetas.

EN PRENSA

Agua turbia, novela.

NOVELAS

MENORES

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)

100851

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FUNDADA EN 1825 MONTERREY, MEXICO

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
Calle de Preciados, 48.

33939

83
Y.



PQ6572
.V3
N78

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del Editor.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

¡A BUEN TIEMPO!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

¡Á BUEN TIEMPO!

I.

Año y medio haría que estaba el pobre Javier Villalva en la Casa de los Orates, cuando tuve yo que pasar por Valladolid, y fui á verle.

—Está completamente curado—me dijo el médico;—y en cuanto le observe un par de meses más, le voy á dar de alta.

Entré con esta buena impresión en la celda de Javier, el cual me reconoció en seguida, me abrazó, me hizo sentar y se sentó á mi lado.

Después de preguntarme qué había sido de mí en los últimos años, y de escuchar atentamente la breve relación que le hice de mi vida, se quedó callado, con la vista fija en el suelo, como si estuviera contando las baldosas.

Al cabo de un rato, volvió á levantar la cabeza, me miró con una mirada muy triste y me dijo:

—Todavía no he contado á nadie la historia de mi desgracia, á nadie, á nadie...

tú vas á ser el primero que la sepas... ¿Te acuerdas de Luisa?

—Me acuerdo de oírte hablar de ella—le contesté;—de una Luisa que era algo novia tuya...

—No llegó á serlo—me replicó Jávier;—pero lo debió haber sido... Verás, verás...

Y después de otro poco de pausa, soltándome la mano que me había cogido y apretado mucho entre las suyas al pronunciar las últimas palabras, continuó diciendo:

—Luisa y yo nos conocimos de muy niños, porque su padre, D. Gabriel de Mendoza, estaba de juez de primera instancia en mi pueblo cuando nos criábamos. Juntos íbamos á la escuela, juntos pasábamos los días de satis y juntos solíamos irnos á moras al soto en cuanto empezaban á negrear. Nos queríamos como hermanos.

Unos años después, cuando ya me habían llevado á mí al estudio de latín, se murió el juez D. Gabriel, y recogió á Luisa, que de recién nacida había perdido á su madre, un hermano de ésta, el general Sierra, llevándosela á vivir á la corte.

Así es que luego, cuando yo fuí á Madrid á estudiar leyes, volví á encontrar allí á Luisa, hecha ya una mujer, aunque sin haber cambiado en nada su contextura, sencilla, dulce y amistosa, lo mismo que antes.

Cabalmente mi padre era antiguo amigo

del general Sierra, y á él me había recomendado; de modo que tuve ocasión de seguir viéndola con frecuencia y tratándola mucho.

En la primera visita que por encargo de mi padre hice al general, me dijo éste al despedirme y después del obligado ofrecimiento de la casa:

—Aquí vienen por la noche algunos amigos á pasar el rato: si alguna noche no tiene usted otro sitio mejor donde ir y quiere venirse por aquí... se aburrirá usted un poco, porque todos los que vienen son personas de edad; pero nos hará usted un favor que le agradeceremos mucho. Su papá, mi verdadero amigo, al anunciarme el día pasado la venida de usted, me manifestó deseo de que le vea á usted con frecuencia. Ya iré á verle á usted; pero, de todos modos, siempre que usted quiera venir por aquí nos ha de dar en ello mucho gusto...

Le contesté con las frases de cumplido que requería el caso, acentuadas con muy clara expresión de sinceridad, pues me había encantado desde el principio su carácter franco y noble, y me marché decidido á aprovechar su ofrecimiento yendo á la tertulia de vez en cuando.

A los pocos días comencé á poner en práctica mi propósito; y como no tuve que rectificar nada de la buena impresión prime-

ra, pues la generala también me pareció muy agradable, y Luisa me trató con la misma sencillez que si el día anterior hubiéramos ido todavía á la escuela juntos, volví á la noche subsiguiente, y bien pronto establecí la costumbre de ir todas las noches.

En la del primer sábado el general me convidó á comer con ellos el domingo; convite que se fué repitiendo todas las semanas, hasta quedar también establecido como costumbre.

Era el general muy aficionado á jugar al tresillo, y jugábamos con él Luisa y yo cuando no iba gente.

Pero esto pocas veces sucedía; porque, aun prescindiendo de los domingos, que eran los días de mayor concurrencia, solían ir de ordinario el coronel Domínguez (ó *Morralla*, como le llamábamos nosotros), antiguo asistente del general; la mujer de este coronel, que era muy fea y muy habladora; un magistrado del Supremo, pariente de la generala, y un ingeniero de caminos que vivía en la misma casa, en el piso segundo.

Cuando acudían siquiera estos contentillos, jugaban con el general el ingeniero, el magistrado y el coronel, que era una fiera en el ganar, según el ingeniero solía decir; la generala hablaba con la coronela,

ó por lo menos la oía hablar, que era lo único que al lado de la coronela se podía hacer, porque lo hablaba ella todo sin dejar á nadie meter baza, y Luisa y yo hacíamos conversación aparte.

Contábamonos primeramente lo que nos había pasado aquel día, verbigracia: si á mí me había preguntado el viejo Novar la lección de Derecho Romano; si al salir de la cátedra de Economía, por la tarde, había podido arrastrar á las Cuarenta Horas á mi condiscípulo y paisano Perico Borrego, un pobre muchacho sin pulimentar que creía que no era de buen tono entrar en las iglesias; si ella había estado de visita con su tía en casa de las de Alcázar, que eran muy presumidas y muy fastidiosas...

Después que se nos acababa lo del día, recordábamos escenas de la infancia, riéndonos mucho, por ejemplo, de lo asustado que yo me quedé cuando la tía *Reguila* me sorprendió en su huerto cogiendo rosas, porque Luisa, que se había quedado de centinela, se había distraído mirando cómo bebían agua y se escogollaban á la orilla del arroyo las palomas del boticario.

Como tú comprenderás fácilmente, una amistad así tan íntima entre hombre y mujer á los diez y ocho años, tenía que transformarse en amor: no podía menos... Y así fué: me enamoré de Luisa.

Lo que de seguro no comprendes tan fácilmente, porque esto ya no es tan fácil de comprender, es que no llegara á decirselo. Y también esto fué así: nunca se lo dije.

¿Me preguntas que por qué no se lo decía?... Te diré... Al principio, porque me parecía pronto... Después, porque me parecía innecesario... Y así fui pasando días y semanas y meses y un año y otro año y los seis de mi carrera, siempre pensando en Luisa y siempre resuelto á casarme con ella en cuanto me hiciera abogado.

¿Querria ella casarse conmigo?... Ni siquiera se me ocurría dudarle. En su trato llano y cariñoso, en la manera de mirarme cuando me marchaba, hasta en el metal de su voz, que parecía distinto cuando hablaba conmigo de cuando hablaba con los demás, creía yo conocer perfectamente que, aun sin expresa declaración mía, estaba enterada de mi amor y me correspondía con el suyo. Era ella demasiado buena para fingirlo si no lo sintiera... Medios la sobraban para darme á entender que me equivocaba y sacarme de mi equivocación, si me equivocaba realmente... Cuando ella dejaba correr de aquel modo las cosas, era porque sentía lo mismo que yo y tenía mi mismo pensamiento.

Y siendo esto así, ¿qué falta hacía decirselo?...

Había yo leído hacía poco el libro de Severo Catalina, *La Mujer*, que estaba muy de moda entonces, donde hay aquello de que «la mejor declaración de amor es la que no se hace»; y seducido por la gracia y la novedad del teorema, quise ponerle en práctica. ¡Me parecía tan hermoso amar á Luisa y estar seguro de que Luisa me amaba también, sin haber hablado de ello nunca!... ¿Qué necesidad había de decirselo, al menos por entonces?...

Después, sí: cuando fuera abogado la manifestaría verbalmente lo que ella ya sabía de sobra, y ella, con su encantadora sencillez, me lo dejaría conocer así, me haría entender que no estaba equivocado al creer de su parte perfecto conocimiento de mi intención y sincera y leal correspondencia.

Luego hablaba á sus tíos, que tampoco se harían de nuevas, pues bien conocían nuestras inclinaciones, se concertaba la boda y nos casábamos...

¡Qué felices íbamos á ser, congeniando tan perfectamente, conociéndonos tan á fondo y queriéndonos tanto!...

Tenia yo intención de hacer, con el primer dinero que ganara ejerciendo la abogacía, una casita de verano en mi pueblo; es decir, no en el pueblo precisamente, sino allí muy cerca, con más poesía, en la falda del monte. Y, ya se sabía, lo primero que

hacia yo todas las mañanas en cuanto despertaba era edificar en la cuesta de los Manzanos, que así se llamaba el sitio elegido, una casa blanca con tres balcones al Mediodía, dos al Oriente y otros dos al Poniente. Toda la ladera, desde la casa hasta lo llano, la plantaba de árboles frutales y de adorno, formando deliciosa huerta, cerrada por lo cimero y por los lados con cerca de mampostería cubierta de teja, y por abajo, frente al camino real, con zócalo de sillería y verja de hierro vestida de lozanas trepadoras... En un instante crecían los árboles y empezaban a florecer y á dar fruta; y al poco rato veía yo á Luisa, con una bata de color de paja listada de azul, pasar por debajo de las primeras cerezales cargadas de cerezas, y sentarse á hacer labor al lado de la fuente, en un banco rústico formado con ramas de roble, sombreado de gigantescos rosales y romeros floridos...

¡Qué hermosa estaba!

Porque no te he dicho todavía que Luisa era muy hermosa. De regular estatura, más bien algo pequeña, eso sí, y menudita de cuerpo, pero escultural. ¡Qué cabeza tan elegante y tan bien colocada! ¡Había que verla cuando se popía la mantilla!... ¡Qué pelo tan negro y tan lujoso, qué frente tan pura y tan noble, qué boca tan graciosa, qué hoyuelos aquéllos que se la hacían en las

méjillas al sonreír, y qué ojos, sobre todo, qué ojos!... A pesar de ser grandes y negros, no tenían ese matiz de dureza, ese aire de tiranía que suelen tener los ojos de las morenas, sino un atractivo y una dulzura irresistibles. No eran de esos ojos que exasperan y matan, sino de los que consuelan y animan. Sus brazos mórvidos al par que delicados, sus manos rosadas y finas y su apostura sencilla y al mismo tiempo majestuosa, completaban la belleza del conjunto... En fin, era un hacedito de primores, realzados y embellecidos todavía por la hermosura de su alma...

Sé lo que significa esa sonrisa, y sé lo que me vas á decir: que todos los enamorados dicen lo mismo de la mujer objeto de su amor... Así será; pero ninguno lo ha podido decir con tanta razón como yo lo digo; porque, créeme, como Luisa no han nacido tres mujeres en el mundo... ¡Si la hubieras conocido!

Para que puedas formar idea de los fundamentos en que se apoyaba la seguridad que yo tenía de su amor, te voy á referir algunas escenas que tengo muy presentes.

No con frecuencia, pero cuando había alguna obra que llamara la atención, llevaba el general á su mujer y á su sobrina al teatro. Lo hacía avisar á los asiduos del tre-sillo para que no fueran aquella noche; y

en cuanto á mí, si llegaba antes de que salieran, me llevaban con ellos; y si salían antes de que yo llegara, dejaban dicho dónde iban, para que pudiera ir al palco si quería, que solía querer siempre.

Recuerdo que una vez fuimos al antiguo teatro de la Plaza del Rey á ver la zarzuela de Narciso Serra, nueva entonces, titulada *Luz y sombra*, y cuando oí á la dueña Jesusa decir cantando á su marido:

«¡Alma de chopo!
¿No se te ocurre
Ningún piropo?»

—Eso mismo pensarás tu de mí—la dije á Luisa, —porque nunca se me ocurre echarte flores.

—Y haces bien en no echármelas—me contestó cariñosamente:—ya sabes que yo también soy formal como tú, y no me pago de esas cosas. Más me gusta tu sinceridad que todos los floreos del mundo.

Otra vez fuimos al teatro de Variedades, que estaba en la calle de la Magdalena, á ver *Los pavos reales*, una comedia francesa bastante bien arreglada á nuestra escena.

Aquella noche había convidado la generala á sus vecinas la señora y la hija del ingeniero que jugaba al tresillo, á las cua-

les conocía yo muy poco, pues aunque eran visita de casa del general, no solían bajar por las noches; y para no estar contrariado en el palco, me fui á una butaca.

Como la comedia está sembrada de chistes, y además la representaban admirablemente Luján y Tamayo y Vallés y la García, todo el mundo se reía á carcajadas. Y recuerdo que Luisa, á cada chiste, á cada explosión de risa en el público, miraba á donde estaba yo á ver la gracia que á mí me hacía, para reirse y celebrarlo conmigo. ¡Ah! me parece que estoy viendo aquellos ojos suaves, húmedos y amorosos buscando los míos, fundiendo con las mías sus miradas y sus sonrisas con mis sonrisas, y estableciendo una corriente constante de simpatía, de identidad de sentimiento, de verdadero amor, porque ahora bien sé que aquello era amor verdadero.

En otra ocasión, me había yo retratado, y llevé por la noche el retrato á enseñarle á casa del general. Fué pasando de mano en mano, fueron mirándole unos después de otros los concurrentes y fueron diciéndome esas inocentes frases de lisonja que se suelen decir en casos tales al fotografiado, cuando á quien únicamente pueden lisonjear es al fotógrafo: «Está bien», «está muy bien», «está muy parecido», etc.

Quando la llegó el turno á Luisa, des-

pués de mirar atentamente el retrato y decirme que estaba algo serio, lo cual era verdad, le retuvo en las manos como distraída, pero en realidad ideando un modo de quedarse con él; y luego que los demás hubieron reanudado la conversación, me dijo en un tono intermedio entre resolución y consulta:

—Le voy á poner en el álbum.

—Bueno, ponle—la contesté;—¿dónde ha de ir que más valga?

Trajo el álbum, comencé yo á hojearle, y después de ver al general cuando era teniente, á la generala cuando la sacaron del colegio y otras novedades así, encontré un retrato de Luisa y me quedé mirándole un buen rato.

—Yo no tengo álbum—la dije al levantar los ojos del retrato para fijarlos en ella;—pero en la cartera llevo el retrato de mi madre, y si me dieras éste...

—Cógele—me contestó:—yo pondré aquí otro; cógele... Pero, como ves, ya casi no soy la que aparece ahí: es de cuando me puse de largo... hace cinco años...

Y mientras ella decía estas palabras, me apoderaba yo de su retrato y le guardaba en la cartera... ¡con qué emoción tan intensa y tan pura, Dios de mi alma!...

Aquí Javier sacó el pañuelo disimuladamente y se le llevó á los ojos.

Al notar yo que se había enternecido, tuve miedo de que le produjera alguna alteración el refrescar aquellas memorias, y le dije:

—Si te cansas, suspende el relato; ya me lo acabarás de contar mañana ó pasado mañana; voy á estar aquí muchos días...

—No, no me canso; al contrario, descanso y me desahogo confiando mis tristezas á tu buena amistad. ¿No has oído decir que quien cuenta sus penas las divide?... Pues eso quiero yo hacer: dividir mis penas contigo para que no me opriman tanto... Ahora, si tú tienes prisa ó te aburre el escucharme, es otra cosa.

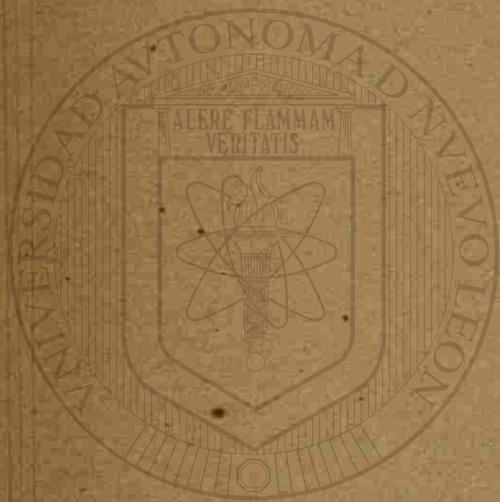
—No, Javier, eso no: yo te escucho con verdadero interés; pero temo que te haga daño el hablar mucho tiempo seguido.

—No me hace daño nada; estoy bueno; me ha dicho el médico que estoy completamente bueno... Lo mismo te habrá dicho á tí, si le has preguntado.

—Es verdad, eso mismo me ha dicho.

—De modo que, si no es más que por eso, continúo.

—Bien: haz lo que quieras.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

II
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTEREY, MEXICO

Como todo llega en el mundo—continuó Javier,—aun lo que más distante se divisa, llegó también el día 1.º de Junio del año último de mi carrera.

Había sido aquél un año de vita bona en comparación con los anteriores, pues no tenía más asignaturas que las de *Procedimientos* y *Práctica*. La primera se redujo á aprender de memoria, para olvidarlos en seguida, media docena de artículos de la ley de Enjuiciamiento civil y otros tantos del Reglamento provisional para la administración de justicia. Y en cuanto á la segunda, el profesor Vaquedano, que era hombre de mucho humor aunque de pocos conocimientos, se dió forma de amenizarla de manera que la cátedra estaba convertida en teatro, en uno de esos teatros en que se dan funciones por horas. Nos dividía en tandas y nos encargaba figurar un pleito, en que uno de nosotros era el

demandante, otro el demandado, otro el juez, etc., ó nos mandaba formar causa á alguno de los condiscípulos, ejerciendo otro de querellante, otro de juez, otro de fiscal, otros de testigos, á los cuales se les recibía allí mismo declaración, y se contradecían unos á otros, y había careos y reconocimientos en rueda, con todo lo cual nos divertíamos en grande.

Me examiné aquel mismo día 1.º de Junio de ambas asignaturas, por el privilegio establecido por la práctica en favor de la nota de sobresaliente, y me puse á repasar para el grado.

Entonces comenzó á sucederme una cosa especial. Me asombraba de mi felicidad; y por lo mismo que la veía cerca, me iba pareciendo imposible alcanzarla.

¡Infeliz corazón humano!... Padece la misma ilusión que los ojos, á los cuales, de lejos, se les figura muy baja la montaña y muy fácil subir á su cumbre; mas en llegando al pie, la ven altísima y la juzgan inaccesible.

Comencé á ver dificultades que nunca se me habían ocurrido. ¿Era tan llano casarme con Luisa?... ¿Me quería ella?... ¿No sería simple amistad lo que yo creía amor?... Y aun suponiendo que Luisa estuviera enamorada ó dispuesta á enamorarse de mí, á sus tíos, que la tenían como hija, ¿no les

parecería poco para ella un abogado novel, un estudiante, como quien dice?... Estaban siempre conmigo muy afectuosos, eso sí; me distinguían, me trataban con verdadero cariño; pero ¿no sería debido todo esto á la antigua amistad con mi familia?... Y eso que, por otra parte, bien conocían ellos que yo amaba á Luisa... debían de conocerlo... y si no les gustara... ¡Ah! Sí; pero aunque no les gustara, ¿con qué pretexto iban á prohibirme ir á su casa todas las noches ni á retirarme el perpetuo convite á comer los domingos, no dándoles yo motivo alguno de disgusto y no habiendo hablado nada de relaciones con Luisa?...

Como se agranda y se espesa la sombra de un objeto á medida que se le aproxima la luz, así yo agrandaba y oscurecía las dificultades queriendo resolverlas.

Por una coincidencia desgraciada, cuya razón entonces no entendí, pero que ahora me explico perfectamente, Luisa, sobreco-gida también por lo inmediato de una felicidad años y años esperada, estaba en aquellos días más silenciosa, más ensimismada, menos expansiva.

Solían preguntarme sus tíos todas las noches si sabía cuándo iba á ser el grado, y llegó una en que pude ya contestarles:

—Al día siguiente de San Juan, el veinticipo.

—¡Ay, qué gana tengo—dijo Luisa,—de que seas abogado!... para darte la enhorabuena.

Aquella noche crecieron mis temores hasta tocar las lindes de la certidumbre, de una certidumbre horrorosa. Luisa no me amaba... O no me había entendido todavía, ó rechazaba mi amor... Era mi amiga nada más... Bien claramente lo daba á entender con aquella salida, que, si no fuera intencionada, sería una simpleza...

Verdad es, pensaba yo en seguida queriendo consolarme; verdad es que, bien mirado, ¿qué iba á decir? ¿Que estaba deseando la conclusión de mi carrera para casarse?... Esto, no habiéndola yo hecho todavía declaración formal, hubiera sido una tontería... ¿Y no pudo haber empezado la frase inconscientemente, *ex abundantia cordis*, y luego, al comprender su indiscreción, volverse del camino?...

Todas estas cavilaciones me atormentaban sin descanso, privándome de saborear el placer del triunfo que acababa de obtener en las aulas, y privándome también de la necesaria tranquilidad para prepararme á poner un lucido remate á mi carrera con el ejercicio de la licenciatura.

Esto tiene que concluir, pensé resueltamente: lo mejor será hablarla claro, y saber la verdad, aunque sea amarga... No

hay más remedio... Esta misma noche se lo digo ..

Pero aquella noche no iban los demás tertulianos y teníamos que jugar al tresillo con el general y no había coloquio...

Y á la noche siguiente estaba indispuesta la generala y tenía Luisa que estarse haciéndola compañía en la alcoba, viéndome yo obligado á dar conversación á la coronela, ó mejor dicho, á oirla charlar y decir desatinos, hablándome de *Celipinas* y de la isla de *Mindanado*, en donde había moros que tenían muchas mujeres, porque la había dicho á ella Gorgonio (el coronel) que los moros todos eran *poligonos*.

Y á la otra noche de más adelante me encontraba allí con un joven bajito y regordete que, según me decían, era primo de Luisa y venía del Ferrol donde estudiaba para marino.

Por cierto que contaba muchas aventuras del colegio, que no tenían trazas de ser verdad; pero mantenía con ellas la atención de todos, y especialmente la de Luisa, á quien se dirigía muy á menudo con esta empalagosa muletilla: «¿Has visto, chica, has visto?»

Luisa no había visto nada de lo que decía aquel Gravina en capullo; pero tenía que hacerle á cada paso signos afirmativos y decirle *¡ya, ya!* de vez en cuando.

Al fin una noche, la de San Juan señaladamente, pude hablar con Luisa.

En cuanto acabé de saludar á los demás y me senté á su lado, me dijo:

—¿Cómo te ha ido estos días?... ¡Cuánto hace que no hablamos!...

—Así es: ya hace mucho... Cuando más deseo tenía yo de que pudiéramos hablar solos; cuando tenía cosas más importantes que decirte... parecía que lo enredaba el enemigo: todas las noches había estorbos...

Luisa, que tenía muy claro entendimiento, comprendió al oír este exordio de qué la iba á hablar, y por más que no la sorprendiera ni la desagradara, por más que lo estuviera esperando, se puso colorada como la grana y bajó los ojos. Yo aguardé á que los levantara y dijera alguna palabra que me animara á seguir; ella aguardó á que yo siguiera, y así estuvimos unos instantes que me parecieron siglos, hasta que, no sé si compadecida de mi situación, ó temerosa de que los señores de la tertulia se fijaran en nuestro desacostumbrado silencio, me dijo, como por decir algo:

—Con que mañana te encierran, ¿verdad?...

—Sí, mañana, si Dios quiere,—la contesté.

—Será muy pesado estar allí solo tantas horas... ¿Cuántas me has dicho?...

—Tres; para luego hablar media sobre el punto que me haya tocado en suerte...

Y luego... en vez de hablarla yo á ella de amor, ya que no la media hora reglamentaria, siquiera dos minutos, dí en pensar si la desagradaría la conversación y por eso se habría puesto tan encarnada; si para evitarla habría bajado los ojos, etc.; y haciendo un ovillo de conjeturas favorables y adversas, decidí, por último... no decidirme hasta ver si á la noche siguiente se presentaban mejor las cosas.

Seguí hablando con Luisa de asuntos indiferentes, tratando de disimular la contrariedad y el disgusto que sentía, pero sin conseguirlo; porque á lo mejor me quedaba callado sin saber qué contestar, por no haberme enterado de lo que Luisa estaba diciendo.

Se levantó la sesión de tresillo con una risada general en honor del coronel Domínguez, que acababa de sacar un solo algo arriesgado, y dijo muy contento:

—Tuve tragado el codillo, ó por lo menos, la puesta... ¡Reconde! ¡Si era un solo más difícil que el paso de las *Tres Mópilas!*...

—No son ya más que dos—le dijo el ingeniero con aparente formalidad:—ha desaparecido una el año pasado.

—Eso será—repuso el coronel;—porque

tres si eran: á lo menos yo siempre he oído que eran tres.

Me reí como los demás, aunque con pocas ganas, del disparate del coronel, ó de su graciosa comparación según él creía, me despedí y me fuí para casa.

Aquella noche la pasé lo mismo que me ves ahora: no prendí los ojos.

Y no creas que me preocupaba el ejercicio de la mañana siguiente; me preocupaba la empresa de por la noche, la de decir á Luisa lo que estaba ella cansada de saber, lo que había estado dándola á entender con toda claridad por espacio de seis años.

¡Ah! ¡De qué circunstancias tan pequeñas dependen á veces las cosas más trascendentales! Sin aquella ligera y fácil equivocación mía, sin aquel rubor de Luisa, que yo tomé por disgusto, hubiera yo dicho dos palabras más, y hubiérase abierto aquella noche para ambos una era de felicidad y de ventura imposible de describir y aun de imaginar, tranquila, hermosa, tan duradera como la vida. Y sólo por aquella mala inteligencia somos los dos tan desgraciados...

Advertí que Javier se iba excitando un poco al pronunciar estas últimas palabras, y resuelto á hacerle suspender la narración, le interrumpí diciéndole:

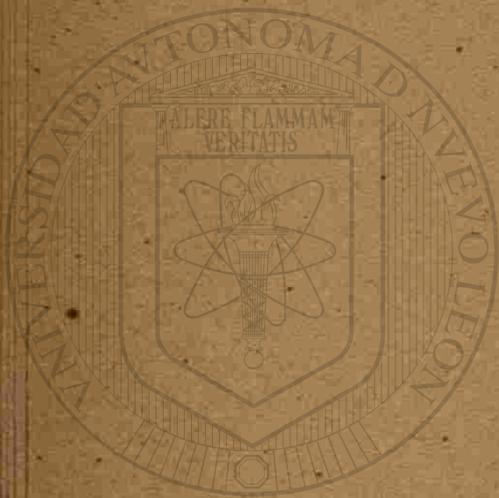
—¿Qué sabes tú lo que Dios te tiene todavía reservado en el mundo?

—¡Ah! nada — me contestó: — bueno, nada... tristeza, soledad, aburrimiento...

Quedóse callado un instante, y aprovechando yo este silencio le dije levantándose de la silla:

—Ahora no me tienes que decir que no te cansas: se te conoce bien que estás fatigado de tanto hablar. A más de que también yo tengo ya que irme, porque estoy citado con otro amigo para almorzar en otra fonda que no conozco, y tengo que ir á la mía á esperarle. Ya volveré y me lo contarás todo. Hasta después, ó hasta mañana... Descansa y no pienses mucho en esas cosas... Ya volveré...

Con estas palabras y otras semejantes, pude al cabo despedirme de Javier sin violencia y dejarle tranquilo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

III

No volví por la tarde á ver á Javier, ni á otro día tampoco.

Aunque había comenzado á interesarme su historia, y tenía curiosidad de saber cómo había llegado aquel excelente muchacho desde la casa de Luisa á la casa de Orates, quise mortificar mi curiosidad en bien de su salud, dando tiempo á que se le pasara por completo la excitación que se iba apoderando de él á última hora, y pudiera seguir la narración más sosegado.

Empleé aquella tarde en escribir cartas y aproveché el día siguiente para ver á Valladolid, población que apenas conocía, pues sólo había estado en ella unas horas interrumpiendo un viaje de vuelta de Madrid á mi casa cuando era estudiante.

Recordaba haber leído en la vida que D. Alonso Núñez de Castro escribió del Rey San Fernando, cómo la Reina su madre, que andaba hurtando las vueltas á su ma-

rido el Rey de León, «*dispuso pasar á Valladolid, pueblo aún en aquellos tiempos, rico, numeroso y abundante*».

Fuera de lo de rico, pues su riqueza andaba á la sazón bastante mermada con las famosas quiebras de los harineros, me pareció que era Valladolid entonces lo mismo que en tiempo de Doña Berenguela: un pueblo grande.

Pues aun cuando cerca de cuatro siglos más tarde, al fin del reinado de Felipe II, fué elevado á la categoría de ciudad, como quiera que, según el proverbio francés, *le nom ne fait pas la chose*, aun llamándose ciudad, siguió siendo pueblo.

Hoy está ya muy transformado y muy renovado, si bien es de lamentar que esta renovación no se haya hecho con el mejor gusto, y tenga, como tiene, cierto sello de quierro y no puedo irresistible. Empleo la frase antigua y castiza por no emplear la palabra moderna que la ha sustituido, la cual me parece demasiado dura.

Pero el caso es que se han construído edificios de formas y dimensiones desproporcionadas, queriendo imitar á los de la corte. Hay uno que tiene sosteniendo los balcones enormes cabezas de león, que traen á la memoria las de elefante de la Equitativa; pero con la diferencia de que éstas son de piedra y aquéllas son de pasta barniza-

da. Hay otro con balcones enormemente anchos en el entresuelo y en el principal, estos últimos de medio punto con columnas muy historiadas, y encima otro orden con dos huecos sobre cada uno de abajo, como en el Banco de España en Madrid; pero con la diferencia de que esto es de mármol y aquello de yeso. ¿No estarían mejor unas fachadas de piedra sencillas que aquellas molduras de yeso sucias y esgaratadas?

En una calle nueva dedicada á un hombre político monárquico que tiene que codearse con otro hombre político republicano, á quien está dedicada la contigua, separada de la primera por una casita estrecha á modo de cortamar, hay dos hotelitos á la suiza cubiertos de pizarra, que desde lejos parecen algo. Pero se acerca uno y se encuentra con que hasta las esquinas son de argamasa pintada, y la escalinata que uno de ellos tiene para bajar al jardín, ostenta un balaustre de color de mármol, que luego resulta de madera.

Además ha tenido Valladolid, como otras muchas poblaciones, la desgracia de estar casi siempre administrada y regida por ediles divorciados del sentir general, que han ido arrancando de sus calles y plazas casi todos los nombres que encerraban recuerdos de pasadas grandezas, para sustituirlos

con otros nombres oscuros ó antipáticos, con nombres progresistas, que si en cierta época de decadencia intelectual pudieron tener boga, hoy han llegado á ser hasta de mal gusto. Así se ven allí en plazas y calles los rótulos de *Riego, Mendizábal, Duque de la Victoria, Libertad, Constitución, Portugalete...* ¡hasta Portugalete! allí, en Valladolid, donde creo yo que la mayor parte de la gente ni siquiera sabe que existe aquel pueblín de Vizcaya...

Aparte de estas cosas, Valladolid tiene grandes monumentos artísticos: el edificio destinado á Museo y Escuela de Bellas Artes encierra una riqueza inmensa en pinturas y esculturas, recogidas casi todas de los conventos; y descartando los desaciertos oficiales, de que el pueblo no es responsable, su fisonomía moral es muy simpática: es un pueblo bueno, culto, profundamente cristiano. Las manifestaciones de piedad son allí siempre numerosas y edificantes. El carácter de sus naturales es franco y afectuoso, adornado del antiguo buen sentido proverbial en toda la comarca...

Cuando volví á ver á Javier le encontré un poco triste, como el día primero.

—Se me hacía duro de creer—dijo abrazándome;—pero ya iba creyendo que me habías engañado y que no volvías.

—Pues ya ves—le contesté,—cómo no tenías razón para creerlo. No vine ayer porque estuve ocupado; pero he venido hoy.

—Ya lo veo y te lo agradezco... Temía haberte fastidiado con mi pobre historia, la cual bien conozco que realmente á nadie puede interesar más que á mí...

—Te equivocas: me interesa mucho á mí también saber la causa de tus pasados males. Aunque ya, gracias á Dios, estás bueno del todo.

—¡Ah! ¿Te interesa de veras?—dijo Javier apretándose una mano y dejando asomar á sus ojos un rayo de alegría;—pues entonces voy á acabártela de contar. Llegábamos... sí, ya me acuerdo... iba yo á hacer el ejercicio del grado.

Por librarse del calor, que era ya insupportable en las horas del centro del día, madrugaban los catedráticos y me habían citado para las seis de la mañana.

Salí yo de casa á las cinco.

Vivía en la calle del Arco de Santa María, en el núm. 9, me acuerdo bien... una casa con un mirador... y tenía costumbre de rezar una Salve á la Virgen siempre que pasaba por junto á la capillita de la Soledad, con puerta de arco, que hay á la entrada, y que es de donde tomó el nombre la calle. Aquella mañana, no sé si porque

estaban todavía desiertos los alrededores y reinaba el silencio, ó por la especial disposición de mi ánimo, me parece que la recé con más fervor y con más devoción que nunca.

Al pasar después por la calle de la Puebla, miré á la casa del general y ví que estaban muy cerrados todos los balcones, incluso el del gabinete de Luisa, lo cual no dejó de apesadumbrarme, porque era prueba, ó á lo menos por tal lo tomaba yo, de que ni mi amor ni el éxito de mis estudios la quitaban el sueño...

Llegué á la Universidad, que aún estaba cerrada, y, esperando á que abrieran, me entretuve en contar desde la acera de enfrente aquellos grandes clavos que adornan las puertas del edificio. Por cierto que conté sesenta y ocho en cada una: ciento treinta y seis clavos enormes...

¡Ciento treinta y seis! El mismo número de las lecciones que tenían los del doctorado en el programa krausista de Filosofía del Derecho... ¿Las habría copiado de allí el profesor López-Brozás? No era cosa fácil de saber. Pero indudablemente las lecciones y los clavos se parecían, no sólo en el número, sino también en lo impenetrables; vamos, en que fijándose mucho, concentrando sobre éstos ó sobre aquéllas gran fuerza de atención, de unas y de otros se vendría á sacar la misma sustancia.

Tuve suerte en el grado. Me tocó precisamente el matrimonio, materia que había estudiado con afición, así en Derecho canónico como en Derecho civil, de manera que la dominaba perfectamente. Pasé las horas de encierro sin apuro ni angustia, coordinando con tranquilidad las ideas, y hablé luego todo el tiempo reglamentario; hice un ejercicio brillante, recibiendo allí mismo, al terminar, plácemes y felicitaciones de los jueces.

Parecía natural que esto me produjera gran satisfacción y que pasara siquiera aquel día alegre y contento. Pero no fué así, sino que sucedió precisamente lo contrario. Aquel día creo fué uno de los más tristes de mi vida.

A más de lo que me preocupaba la dificultad de declararme á Luisa por la noche, el hecho mismo de haber obtenido el grado de licenciado en Derecho me entristecía y me causaba pena.

El término de la carrera universitaria, tantas veces y con tanto afán deseado, me ponía pensativo y me daba miedo. Iba á dejar de ser muchacho para ser hombre; iba á comenzar á ser dueño de mí mismo y á entrar en posesión de la propia libertad, la carga más pesada que Dios ha dado al hombre en la tierra.

Fuí á paseo por la tarde al Salón del Pra-

do, que en aquella época no era, como ahora, patio de recreo de niños y rollas y diputados escarzaneros, sino punto de reunión de la más florida y elegante juventud de la corte, que paseaba allí oyendo la música. Pero como llevaba dentro de mí la preocupación y la tristeza, no logré distraerme.

Después de comer, ó mejor dicho, de no comer, porque estaba nervioso y no tenía gana, me encaminé como otras noches hacia la calle de la Puebla.

¡Con qué emoción!... Si al entrar en el comedor de casa del general hubiera tenido cascabeles en las pantorrillas, hubiera hecho más ruido que la silla de postas, porque estaba temblando. ¡Tanto me azoraba la idea de declararme á Luisa, y tanto me asustaba la posibilidad de un mal resultado!

—¿Se ha licenciado usted?—me preguntaron al mismo tiempo el general y la generala.

—Sí, esta mañana,—les contesté.

—¿Y qué tal?... Sobresaliente, ¿eh?—añadió el general.

—Sí, señor.

—Bien, bien... ¡Que sea enhorabuena, señor abogado!...

—Muchas gracias.

—Sí, que sea enhorabuena,—me dijo Luisa en un tono que á mí me pareció, no me atrevo á decir que lo fuera, probablemente

no lo sería, más ceremonioso, menos íntimo que el de costumbre.

No acudió nadie más aquella noche y jugamos con el general Luisa y yo, mientras la generala dormitaba en una mecedora.

No había posibilidad de hacer la declaración. Pero no era esto lo más malo, sino que Luisa estaba cariacontecida y grave, sin hablar apenas más que las palabras puramente precisas: «paso», «juego», «espadas, Javier», «¿oros, tío?»

Tan visible era su tristeza ó su mal humor, que se lo conoció el general y hubo de decirle:

—Chica, pero ¿qué tienes? ¿Qué mondiú estás haciendo?

—Me duelen un poco las muelas,—le contestó.

¿Era verdad?

Yo no lo creí entonces ni lo creo ahora tampoco. Lo que ahora creo es que estaba contrariada de haberse engañado la noche anterior cuando se figuró que iba yo á declararme; pero entonces creí precisamente lo contrario, á saber: que aquel preludio mío de declaración era lo que la había disgustado, y el deseo de evitarla lo que la obligaba á estar seria.

Este pensamiento, tenazmente sostenido, me produjo una desazón tan grande,

que ya, aunque hubiera tenido ocasión de hablar á solas con Luisa, no hubiera acertado á decirle una palabra del asunto.

Excuso decirte que toda la noche jugué muy mal... Nunca jugaba yo muy bien, porque te advierto que hasta aquel invierno no sabía, ni había tratado de aprender, y aprendí entonces para hacer la partida al general cuando no tenía otra, de modo que á menudo solía cometer desaciertos; pero aquella noche, con la preocupación y el disgusto que tenía conmigo, no daba pié con bola.

Al cabo el general, aunque tenía mucha afición y jugaba muy bien, no era de esos tresillistas rabiosos que sienten más una mala jugada que la muerte de una persona de su familia, sino que lo tomaba todo á broma, y sacaba partido de los disparates que hacíamos Luisa y yo para amenizar la sesión diciendo chistes, pues era persona de muy agradable conversación y de buen ingenio.

Aquella misma noche tuvo felices ocurrencias. Había yo referido unos días antes, con cierta extrañeza, que en la iglesia de San Ildefonso un sacerdote cuando acabó de celebrar se puso á confesarse. Al jugar esta noche de que hablo un solo de cinco triunfos de espada mala y dos reyes, siendo mano, comencé jugando los dos reyes,

que pasaron, por fortuna, y después de haberme pasado los reyes salí arrastrando.

—¡Hombre, hombre!—me dijo el general:—parece que sigue usted el mismo sistema de aquel cura que se confesaba después de decir misa...

No pude menos de reirme de veras, y también Luisa se rió mucho, pues debo advertirte que, después del rēspice de su tío, había procurado hablar algo más y ponerse amable.

Mas el daño ya estaba hecho. Para mí, aquellas sonrisas y aquella amabilidad de última hora no eran otra cosa que un sacrificio que hacía Luisa en aras del cariño cuasi filial que á su tío profesaba. Querer, no me quería. Desde el momento en que tras del amigo había descubierto al enamorado, mi presencia la era desagradable...

Dejamos el juego á las once y media. Me levanté; me despedí de la generala, del general y de su sobrina. Pero al dar la mano á ésta, en lugar de decirle á media voz, como otras noches: «Adiós, encanto», la dije con fría formalidad: «Adiós, Luisa».

Todo había concluido...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

33939



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

IV

Javier hizo un momento de pausa; después continuó:

—No hay duda—me decía yo al bajar la escalera desmadejado, distraído, sin mirar dónde ponía los pies, como si no me importara un comino rodar y descalabrarme;—no hay duda... esa mujer no me quiere... ¿No me habrá querido nunca, ó habrá mudado de pensamiento?... ¿Será por orgullo?... ¿Será por interés?... ¿Acaso el primo que me presentaron hace poco será el que la haya decidido á variar de afición?... ¡Si era tan pequeñaco y tan ridículo el pobre!... ¿Quién sabe?... ¿Quién sabe?...

Y apuradamente, ¿qué más me da saberlo?... El hecho es que no me quiere: su displicencia de esta neche me lo demuestra de un modo incontestable... Y teniendo la triste certeza del hecho, ¿para qué devanarme los sesos tratando de averiguar la causa?... ¡Pásese usted lo mejor de la vida

pensando en una mujer... para está!... ¡Ingratuela!...

Mas la verdad es—añadía en un momento de reacción,—que yo nada la he dicho, y que ella no ha de venir á decirme que está enamorada de mí...

No, no se lo he dicho—me interrumpía en seguida atajando el paso á la esperanza;—pero ¿cómo se lo había de decir, si una vez que me disponía á hablarla de ello, en cuanto lo conoció trató de evitarlo poniéndose seria?... Nada, yo me pondré serio también... Majo el compañero, majo el rabadán, como suele decirse... Hay que olvidarla; y como dice el otro refrán: ojos que no ven, corazón que no siente... Estoy resuelto... ¿Te molesta mi presencia, Luisita?... Pues yo te aseguro que cuando vuelva á tu casa... ya habrá llevido...—

A la noche siguiente el amor y el orgullo, ó hablando con más propiedad, el Angel de mi guarda y el enemigo tentador, inspiradores respectivamente de aquellos sentimientos, sostuvieron dentro de mí una verdadera batalla.

Al principio llevó la mejor parte el Angel: así es que salí á la calle casi decidido á ir á casa del general Sierra como otras noches. Pero el demonio seguía defendiéndose; esgrimía razones de apariencia tan brillante y argumentos tan bien hilados,

que me hacía detener, y por último, ya en la calle de la Puebla, hizo un supremo esfuerzo que le dejó dueño del campo.

En vez de entrar en el portal del núm. 4 y subir la escalera, seguí por la acera adelante, crucé la Corredera Baja, continué por la calle del Pez maquinalmente como si fuera á la Universidad, y al llegar á la Ancha de San Bernardo, advertido de que en la Universidad no tenía á aquellas horas nada que hacer, doblé sobre la izquierda, y, llegando á la de la Flor Baja, me metí en un teatrúcho, que me parece se llamaba del *Recreo*, construído en el solar de la iglesia del Rosario. ¡Dios me lo perdone!

Veinticuatro horas más tarde se repitió la lucha; pero con la ventaja de las posiciones ocupadas la noche anterior, venció mucho más fácilmente el orgullo, y tampoco fuí á casa de Luisa.

Al tercer día, ya que no al segundo, sus tíos habían de enviar á saber de mí seguramente; porque una noche dejaba yo de ir alguna vez, pero dos noches seguidas no había dejado nunca, no estando malo.

Pregunté al ama de casa si había venido algún recado para mí; el ama preguntó á la criada, y la contestación fué negativa. A la tarde siguiente repetí la pregunta y obtuve la misma respuesta.

¿Qué tal, eh? me decía yo. ¡Vaya un cariño que me tenía esa gente!... ¡Ni un mal recado de atención!... Podía estar malo... me podía haber muerto... y nada.

Esta consideración me consolaba un poco y me ayudaba á sofocar el sentimiento; pero iba pronto á desvanecerse.

Una noche, la del 3 de Julio, me había ido á comer con otros dos condiscípulos, licenciados nuevos como yo, á los Jardines del Buen Retiro; de modo que desde las dos de la tarde que había salido á tomar café, no volví á casa hasta las once y media de la noche.

—Tengo unas tarjetas para usted, señorito,—me dijo la portera al entrar.

—¿A ver?—la dije; y me quedé en medio del portal esperando, mientras ella entraba en la portería á buscarlas.

Serán de ellos, pensé; y comence á sentir una emoción y una ansiedad tan grande, que oía yo mismo y podía contar los latidos que el corazón me daba.

Salió la portera de su cuchitril y me entregó dos tarjetas, una grande y otra muy diminuta. La mayor decía en dos renglones: *Manuel Sierra y Fresnedo, Teresa Llanos de Sierra*. La pequeñita decía: *Luisa Mendoza*. Una y otra tenían en la esquina inferior de la izquierda estas iniciales puestas con lápiz: S. D.

—¿Quién las ha dejado?—pregunté á la portera.

—El señor general.

—¿A qué hora vino?

—Serían sobre las dos... Acababa usted de salir... Preguntó si estaba el señorito... ¡Ah! Y ahora que me acuerdo: el otro día también vinieron á preguntar de parte de los señores si el señorito estaba malo.

—¿Y qué dijo usted?

—Que no; que había salido.

—¿Se acuerda usted qué día fué?

—Pues... la primera vez debió de ser...

—¡Ah! ¿Vinieron más veces que una?

—Dos por lo menos. La primera me parece que fué aquel día que salió usted tan de mañanita, que...

—No: aquel día no pudo ser, porque á la noche estuve yo en su casa y no me lo dijeron...

—Entonces sería al día siguiente, ó á los dos días... Y luego no sé si otra vez ú otras dos.

—¡Y no me había usted dicho nada!...

—Pues verá usted, señorito: á lo primero se me pasó... Después... un día estuve para decírselo á usted; pero me dije: digo... ya habrá estado allá y se lo habrán dicho ellos... Y ahora, porque cayó la ocasión, que si no...

Hubo unos instantes en que extrangular

á la portera me parecía poco; pero en seguida sufrí un acceso de ternura que ahogó en mí todo movimiento de dureza, todo pensamiento de venganza.

¡Pobre Luisa!—dí en decir para mí.—
¡Pobre general! ¡Pobre generala! ¡Qué buenos son y qué injusto he sido con ellos!... Enviar nada menos que tres veces á preguntar por mí, habiéndoles dicho desde la primera que no estaba malo... y yo sin ir... y todavía venir el general en persona á despedirse... Es claro: se van, como otros años, á veranear á Asturias... ya me lo habían dicho... Pero ¿se marcharían esta tarde?... ¡Dios quiera que no!... El caso es que si fuera algo más temprano, iba ahora mismo á preguntar al portero... Pero ya habrá cerrado, y... llamarle para eso no más... Mañana iré... ¡Pobre general!... ¡Pobre generala!... ¡Pobre Luisa!...

Cuando á la mañana siguiente me dijo el portero de casa del general que los señores se habían marchado la tarde anterior, si hubiera habido un tren relámpago que alcanzara al de ellos antes de la estación de Busdongo, en donde moría la línea y habían de coger la diligencia, le hubiera tomado inmediatamente, aun con dos probabilidades contra una de descarrilar. Tal era el deseo que me entró de ver y hablar á Luisa y á sus tíos, de desagraviarles, de

resarcirles del disgusto que creía haberles causado con mi insensato retraimiento.

Mas á tales horas no había tren relámpago, ni siquiera tren carreta, para el Noroeste. Era necesario esperar hasta la tarde.

Y hasta la tarde, ¡ah!... ¡cuántas reformas había de sufrir el proyecto!

A la media hora comenzó á parecerme el viaje un poco romántico, y á la otra media ya le tuve por una verdadera calaverada... No, decididamente no iría á Asturias detrás de Luisa: lo que haría sería escribir al general disculpándome. Así lo había resuelto á eso de mediodía.

Pero... ¿qué iba yo á escribir al general?... ¿Le iba á decir que había dejado de ir á su casa por no sufrir los desdenes de su sobrina?... Y á él ¿qué le contaba?... No: á Luisa era á quien debía escribir, á Luisa... Tal era mi propósito á eso de las tres de la tarde...

Mas... ¿cómo la iba á escribir, no habiéndolo hecho nunca hasta entonces y no habiendo quedado de acuerdo con ella en que la escribiría? Si en la carta la declaraba mi amor, ¿no la parecería ridículo que, habiendo hablado tantas veces los dos solos, no se lo hubiera dicho, y saliera luego diciéndoselo en una carta? Y si me limitaba á disculparme de no haber ido por su

casa en los últimos días, ¿qué disculpa iba á darla?...

A más de que, bien mirada la cosa, ¿tenía realmente motivo para entregarme á aquellos entusiasmos?... ¿Qué habían hecho Luisa y sus tíos al preguntar por mí y al despedirse, sino cumplir simplemente los deberes de sociedad?... ¿Habían de marcharse á la francesa?...

En fin, que, á la hora del tren, ya ni me iba á Asturias ni escribía á nadie.

El pesimismo de los días anteriores había vuelto á sacar la cabeza y á enseñorearse de mí. Luisa no me quería: esto era lo cierto, y, por consiguiente, no había motivo para cambiar de conducta...

Sonó una campana pequeña dentro del establecimiento, y dije á Javier:

—Si te llaman á alguna parte, me marchó ahora mismo: no quiero interrumpir el régimen...

—No: ese toque — me contestó, — anuncia la llegada del médico. Aquí probablemente no vendrá: muchos días no viene.

Pero apenas había concluído de decir estas palabras, llamaron á la puerta de la habitación y entró el médico. Le habían dicho en la portería que estaba yo con Javier, y vino á saludarme.

—Tenemos ya al señor Villalba — me di-

jo — completamente bueno, como usted ve; en estado perfectamente normal, como si no tuviera nervios ni los hubiera tenido en su vida... Pero siéntese usted.

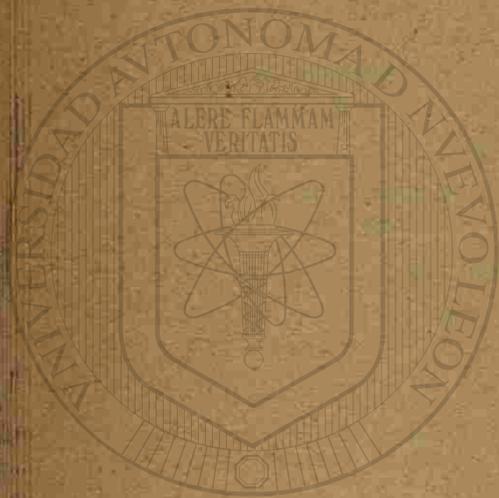
—No: si me iba ya á marchar, — contesté, aprovechando la presencia del médico para evitar toda resistencia por parte de Javier.

Y eso que éste no había sentido aquel día excitación alguna; pero bueno era que no se engolfara demasiado en su historia.

—¿Te marchas ya? — me dijo.

—Sí, me marchó; volveré á la tarde.

Y despidiéndome del médico y de Javier, salí bastante mejor impresionado que el primer día.



—Bueno... Y ¿qué iba yo á hacer de mi vida?—continuó Javier por la tarde reanudando su historia.—Por de pronto, podía irme á mi pueblo á pasar el verano. Pero ¿y al invierno siguiente?...

Podía estudiar el doctorado. Mas ¿cómo iba yo á volver á Madrid?... Volviendo, Luisa, que seguramente volvería, esto era un despropósito... Era buscar mi propio tormento.

Porque aun cuando no fuera á su casa, no podría menos de encontrarla alguna vez... y la encontraría tan hermosa... y á lo mejor acompañada de algún novio... lo cual me haría sufrir muchísimo...

Y luego, aunque por una casualidad Luisa no volviera al invierno á Madrid, ¿cómo me presentaba yo sin ella delante de mis amigos, que sabían mi proyecto de matrimonio para en cuanto me hiciera abogado?... Tendría que contar á cada uno la historia

de todo lo ocurrido, ó confesarles sencillamente que Luisa me había dado calabazas... No, no podía volver á Madrid, no volvería de ningún modo.

Había trabado yo amistad aquel año con Enrique Jiménez, hijo del director general de Gracia y Justicia en el Ministerio de Ultramar. Aquel amigo me había hablado varias veces de unas plazas que había en Filipinas, donde se podía hacer carrera rápida y brillante, pues iba uno de alcalde mayor, que venía á ser como juez de entrada, y á los seis ú ocho años volvía de magistrado á la Península. Decíame que si cuando concluyéramos la carrera continuaba su padre de director, él se iría á Filipinas, y me invitaba á acompañarle. Recordé aquellas noticias y aquel ofrecimiento y me fui á verle...

Al día siguiente fui con él al Ministerio á que me presentara á su padre, y ocho días después recibía el nombramiento de alcalde mayor de Ilocos Norte.

Aproveché el mes de que podía disponer antes de embarcarme, para ir á mi país á despedirme de mi familia.

Claro es que mis padres hicieron los imposibles por quitarme de la cabeza el viaje y la alcaldía y la magistratura; pero yo me escudaba con lo malo que estaba todo por acá, con la necesidad de hacer carrera

y con el compromiso contraído ya en el Ministerio...

El cariño á mis padres y á mis hermanas, y muy especialmente á mi madre, me hacía algunas veces vacilar; mas cuando salía al campo y veía el sitio en que había pensado edificar la casa de verano, que ya no se edificaría nunca, porque no había á quién aposentar en ella, me entraba una tristeza tan grande, que la estancia en aquel pueblo, antes tan querido, se me hacía insufrible.

Desaparecí de allí una noche sin despedirme, y á los cinco días me embarcaba en Barcelona, en el vapor *San Agustín*, de la flota del Marqués de Campo.

Suele decirse que en las separaciones, siempre dolorosas, de seres que se aman, de individuos de una misma familia, el que se marcha es menos desgraciado que el que se queda, porque el primero siempre se distrae algo con el cambio de escena, con las variaciones de perspectiva y con los accidentes del viaje, mientras el segundo, el que se queda en casa, como todo continúa lo mismo en su alrededor, no tiene distracción alguna y está solo con sus dolores.

Así lo expresa también un cantar popular de despedida, puesto en boca del que se queda, que dice:

¡Adiós! y diviértete
 Con las flores del camino;
 Que yo me divertiré
 Con lágrimas y suspiros.

Mas con permiso del cantar y de la general opinión, yo puedo decir que no me divertí nada en el viaje.

Los primeros días los pasé mareado, sufriendo angustias de muerte.

Después, aunque se me pasó el mareo físico, me quedó, por decirlo así, el mareo del alma, por efecto del cual me arrepentía tres ó cuatro veces cada día de haber emprendido el viaje, hasta con propósito de volverme de Port-Said ó de cualquier otro punto donde encontrara un correo de vuelta; y me desarrepentía otras tantas veces pensando que bien hecho estaba lo hecho, puesto que no tenía nada que esperar en España.

Pensaba algunas veces que era gran locura renunciar á Luisa para siempre. Pero en seguida yo mismo me reía amargamente de lo de *renunciar*, comparando mi renuncia con la del famoso D. Simplicio de la comedia.

Y en estas alternativas fui todo el camino.

El viaje, en lo material, fué próspero y

feliz. Y aun en lo demás, si yo hubiera ido en mejores condiciones anímicas, hubiera sido un viaje delicioso.

Iba entre los pasajeros un comandante de infantería, llamado D. Joaquín Belmonte, de más edad que la correspondiente á su empleo, pues se había retrasado el pobre en la carrera por haberse ido al campo carlista, donde había llegado á coronel.

Pero como aquello concluyó mal, y como él no tenía más patrimonio que su espada, tuvo que pasar por las horcas caudinas, volviéndose al ejército liberal con el empleo que tenía al marcharse, y á fuerza de fuerzas había conseguido que le destinaran al Archipiélago con el cargo de Gobernador militar de una de las islas de menos importancia.

Era viudo y tenía dos hijas, que llevaba consigo, Soledad y Esperanza: la mayor como de unos veinte años, y de dos ó tres menos la segunda. Esta era muy guapa, pero poco expresiva, de carácter apagado y tranquilo, mientras que su hermana, sin ser tan hermosa ni con mucho, era graciosa y muy animada.

Tocaba bastante bien el piano, y con esto y con su carácter comunicativo, pronto se hizo simpática á todo el pasaje; pero con especialidad á un joven teniente, andaluz, que volvía á Filipinas, de donde había ve-

nido hacía medio año con licencia por enfermo. La enfermedad, si existió, había desaparecido del todo, á juzgar por su excelente aspecto y su buen humor constante.

También nos resultó pianista, aunque no tan maestro como Soledad; pero quizá para perfeccionarse en aquel ejercicio, comenzó á andar mucho al redor de ella.

Luego dieron en tocar á cuatro manos, y el teniente revolvió un día toda la biblioteca musical del buque, buscando piezas en que las izquierdas se cruzaran alguna vez con las derechas, porque creía de buen agüero cruzar sobre el teclado sus muñecas con las de la niña.

En fin, el caso es que entre el teniente, que era blando de corazón, y Soledad, que no tenía bendita la afición á su nombre, á los veinte días de navegación había relaciones formales, con el beneplácito de Don Joaquín, y con la firme resolución por parte de ellos de casarse tan pronto como pisaran tierra.

La música, los amores del teniente y de Soledad, y los comentarios sobre una cosa y otra, nos hacían pasar bastante bien la velada, y por el día, como estuviera claro, era muy agradable ir sobre cubierta.

Ya habrás oído que el viaje á Filipinas, aunque más largo que el de América, es menos triste, porque siquiera en

los primeros días se va viendo tierra casi siempre.

Así es, en efecto. Primero se ve el Mediodía de Francia, después las costas de Italia, después las de Grecia, después se llega á Egipto. Desde antes de llegar á Port-Said y desde el Canal de Suez se ven el Carmelo y el Líbano, los montes de Tierra Santa que traen á la memoria los misterios de nuestra redención... Se navega sobre el Mar Rojo, que, obediente al mandato de Dios, apartó sus aguas para dar paso enjuto al pueblo escogido, y las juntó en seguida para envolver y ahogar en ellas al soberbio Faraón con todo su ejército. Aún parece que aquellas olas pesadas, al besar los costados del buque, murmuran palabras del cántico de Moisés: *Cantemus Domino... Equum et ascensorem dejecit in mare... Dominus regnabit in eternum et ultra... Equum et ascensorem dejecit in mare...* (1).

(1) Exod., XV, 1, 18...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

VI

Con la llegada á Manila—continuó Javier,—el tratar de conocer la población, los preparativos del viaje á Ilocos, el viaje mismo, la toma de posesión del empleo, el estudio indispensable para enterarme de los asuntos y ponerme al corriente en el despacho, la instalación y el arreglo de la casa, el nuevo método de vida, etc., tuve una temporada de relativa tranquilidad moral, un paréntesis en el sufrir, porque los cuidados y las atenciones urgentes siempre embotan un poco el sentido.

El alma humana, por más que sea grande y poderosa, como creada por Dios á imagen y semejanza suya, es finita, es limitada y no puede atender á todo á un tiempo. Ni sus potencias se desarrollan simultáneamente con igual extensión, ni se aplican con igual intensidad, sino cada una á expensas de las otras. Y del mismo modo que una pasión desapoderada oscurece el en-

tendimiento, así un ejercicio vigoroso y sostenido de la inteligencia amortigua los recuerdos y debilita las voluntades...

¡Era todo allí tan distinto de lo de acá... todo tan diferente!

Una de las cosas que me llamaban más poderosamente la atención era el profundo respeto que los indios tienen á los españoles, *castilas*, que dicen ellos considerándolos como seres superiores, y la dureza con que los españoles los tratan.

Verdad es que como tienen los pobres tan escasa inteligencia, apenas hay otro móvil que pueda hacerles cumplir la obligación más que el temor al castigo. Y ellos mismos parecen estar conformes con el sistema, hasta el punto increíble de echar de menos los latigazos.

¿Querrás creer que el primer cocinero que tuve se me marchó porque no le pegaba?... Me anunció un día, con mucha formalidad, que se iba de casa, y al preguntarle yo qué motivos tenía para tomar aquella determinación, me contestó:

—No me quiere el señor... no me pega... y yo no puedo estar con el señor...

Y nada, que no pude apearle de ahí, y tuve que dejarle marcharse. ¡Si vieras lo que me dió que pensar aquella rara interpretación del cariño!... «Quien bien te quiera, te hará llorar», dice nuestro refrán cas-

tellano; pero aquel infeliz, que no debía de conocer este refrán ni ningún otro, ¿de dónde había podido sacar tan filosófica manera de traducir los azotes?

¡Si estará arraigada en la humanidad la idea de la necesidad del castigo, de la necesidad de la pena, de la necesidad del dolor para la expiación de las faltas!

Que no sabría aquel indio el refrán he dicho... ¡qué había de saber! si no aprenden ni siquiera regularmente el castellano nunca... Allá se han formado ellos una jergonza, y con ella siguen. Así es que otro criado se me quiso marchar porque en una ocasión no acerté á entenderle.

Vino un día y me dijo:

—Yo quiero prestarte un duro, señor.

—¡Hombre, gracias!—le contesté:—no me hace falta.

—Es que yo quiero prestarte un duro,—insistió.

—Es que no quiero yo,—le repliqué con voz muy clara y muy despacio para que lo entendiera; y el hombre se dispuso á marchar, y se hubiera marchado, si no es que cuando se presentó á despedirse y recibir la cuenta, estaba conmigo el secretario, que, enterado del caso, deshizo el error y se arregló todo. El pobre cocinero me pedía un duro prestado; y como empleaba el verbo prestar en sentido de tomar prestado,

había yo entendido lo contrario de lo que quería decir.

Con éste mismo me pasó otro caso. Me hacía empezar siempre el almuerzo con un huevo frito. En los demás platos solía variar; pero el primero era invariable. Cansado yo de aquella uniformidad, le dije un día cuando vino con el consabido primer plato:

—Oye: desde mañana me suprimes el huevo.

—Está bien, señor,—me contestó.

Al día siguiente, á la hora de almorzar, vino con el huevo como otros días.

—¡Pero, hombre!—le dije yo un poco enfadado.—¿No te dije que me suprimieras el huevo?

—¡Señor!... Si viene suprimido...—contestó el pobre, muy asombrado de mi interpelación y de mi enojo.

Ya ves... Y luego no pude saber lo que entendía él por *suprimir* un huevo, porque como al oír la contestación suya me eché á reír, ya no quiso decirlo.

Entre estas cosas y lo mucho que al principio me ocupaba el desempeño de mi cargo...

¡Ah, mi cargo!... Bien me conoces, y mejor que yo conoces el mundo y sabes cómo están las cosas: puedes figurarte si me sería pesado y trabajoso. De la corrupción introducida por el liberalismo descris-

tianizador en todos los organismos sociales, no se ha librado la magistratura. Allí, como acá y como donde quiera que alcanza el dominio de España, de esta España desfigurada por la revolución, está ya todo el mundo acostumbrado á que la recomendación sea la sentencia de todo proceso. Figúrate la extrañeza y la irritación de aquella gente al ver que un joven como yo, casi un rapaz, fallaba los asuntos, no de conformidad con las recomendaciones, que solía recibir á centenares, sino de conformidad con mi conciencia...

Al principio, los chasqueados en sus pretensiones querían coger el cielo con las manos; los pudientes de allí escribían á los pudientes de acá queriendo mover contra mí cielo y tierra.

Después ya se fueron acostumbrando... ¡Costaría tan poco á un Gobierno legítimo volver á encauzar esta sociedad extraviada!...

Como te iba diciendo, solicitada vigorosamente mi atención por todas estas cosas, perdía intensidad el recuerdo de Luisa, y se adormecía un poco el dolor de haber perdido para siempre la felicidad soñada, más que soñada, vista de cerca, tocada casi.

Pero en cuanto fui entrando en caja, en cuanto las nuevas impresiones fueron dejando de ser nuevas y aun de ser impre-

siones, entonces, como dijo Salas y Quiroga,

Volvió la vida á latir,
Volvió el alma á delirar,
Volvió el ardor de sentir,
Y el infierno de vivir,
Y...

No puedo concluir la quintilla, porque el último verso ya no corresponde á mi situación. El poeta dijo: «Y el paraíso de amar». Mientras que para mí el amar á Luisa sin esperanza, lejos de ser paraíso, más bien era infierno.

La sola disminución de los quehaceres y de las graves atenciones iba, como te digo, recrudeciendo mis pesares; pero además vino á acelerar el recrudecimiento un suceso insignificante á primera vista.

Un día, al abrir las cartas que me había traído el correo, me encontré dentro de un sobre una esquela impresa que decía:

«D. EDUARDO ENRÍQUEZ Y GALINDO,

y
D.ª MARÍA DE LA SOLEDAD BELMONTE Y SÁNCHEZ,

*participan á usted su efectuado
entace y le ofrecen su casa en...*

Los compañeros de navegación, el teniente y la hija del comandante, se habían casado. A la cruz de las muñecas sobre el

teclado del piano había seguido la cruz del matrimonio.

¡Cuánta amargura me llevó aquella pobre esquela! ¡Qué reflexiones más tristes y más desconsoladas suscitó en mi mente!

Ese es el modo de hacer las cosas, pensaba yo. Así, pronto y sin andarse por las ramas... Se conocieron ayer, como quien dice, y ya están casados... Si yo hubiera hecho así... Si al mes de estar en Madrid, en cuanto empezó á gustarme Luisa, se lo hubiera dicho sin circunloquios, otro gallo me cantara... Probablemente, si me declaro entonces, su resolución hubiera sido favorable; y luego, una vez comprometida su palabra y comenzadas las relaciones formales, no es de creer que se hubiera vuelto atrás, no dando yo motivo, y á estas horas estaríamos casados. Pero aun en el supuesto de que me hubiera encontrado entonces con una negativa, como quiera que todavía el corazón no estaba apenas interesado, hubiera podido echar por otro camino y no me encontraría ahora en este callejón sin salida... He sido muy torpe... ¿De qué me ha servido estudiar tanto?... Un infeliz teniendo de infantería, que según su propia confesión no estudió nunca una palabra, ha resuelto con más facilidad que yo la cuestión más importante de la vida...

Por supuesto que ni con una horca de-

lante y otra detrás me hubiera yo casado en las condiciones del teniente; sin patrimonio, sin sueldo apenas ni esperanza de tenerle regular en un montón de años, y con una pobre muchacha que no tenía más que necesidades.

Pero, aunque no le envidiaba la boda, le envidiaba el procedimiento, le envidiaba la rapidez con que había salido del paso.

Estas cavilaciones sobre la rectificación ya imposible de los hechos pasados, me atormentaban continuamente. A no haber sido por ellas, no me hubiera ido del todo mal en el Archipiélago.

VII

Dos años hacía que estaba allá—continuó diciéndome Javier,—cuando me encontré una vez en Manila con el padre Flores, un dominico de muchas campanillas á quien tiempo atrás había conocido en Madrid, en casa del general Sierra precisamente.

Extrañose de verme allí, me preguntó la causa, y le expuse, poco más ó menos, las mismas razones que había expuesto á mis padres. Pero él, con su buena experiencia de la vida y su gran conocimiento del corazón, comprendió que le ocultaba la causa verdadera.

—Usted estaba enamorado de Luisa Mendoza,—me dijo de repente, con gran sorpresa mía, á la media hora de estar hablando.

—Sí, señor—le contesté como subyugado por su maravillosa perspicacia:—es verdad.

—Y lo está usted todavía...

—Si he de serle á usted franco... también es verdad: todavía lo estoy.

—Bien; y en ese caso ¿por qué se vino usted de allá? ¿qué pasó?... ¿Riñeron ustedes?... A ver, á ver, cuénteme usted...

Le referí con sinceridad lo sucedido, y cuando concluí la relación me dijo:

—¿No hubo más que lo que usted cuenta?

—Ni más, ni menos—le contesté;—ésta es la verdad pura.

—Pues merecería usted un estirón de orejas; porque hizo usted una chiquillada, ó hablando más propiamente, una tontería, y perdone la fuerza de la expresión... Es una lástima que no se haya hecho esa boda... Luisa es un ángel, y usted también es buen muchacho, no se envanezca usted; muy buen muchacho... Por más que en eso partiera usted tan de ligero...

¿No tenía usted alguna persona de quien aconsejarse?... Esas cosas no son para resueltas así por la primera impresión y de cualquier modo, porque de hacerse ó no hacerse un matrimonio depende á veces la felicidad ó la desgracia para toda la vida, y aun la salvación eterna... Afortunadamente, la cosa puede tener arreglo todavía. El general Sierra es mi amigo, como usted sabe; tengo mucha confianza con él, y por el primer correo voy á escribirle.—

Me opuse resueltamente á este proyecto del padre Flores, insistió él, me resistí; pero fué tal su habilidad dialéctica, que logró convencerme, y fundándose en los hechos mismos por mí referidos, me hizo ver, no ya como posible, sino como seguro mi casamiento.

Estaba yo deseando que llegara el día de salir el correo para España, que la carta del padre Flores llegara á Madrid, que volviera la contestación... favorable seguramente... Hasta tenía ya pensada la carta que había de escribir al Ministro de Ultramar, pidiéndole licencia para venir á España á casarme... cuando ¡ay! otro encuentro inopinado vino á tronchar el fresco y lozano retoño de mi esperanza.

Mi amigo Enrique Jiménez, que había emperezado de ir á Filipinas cuando yo, era nombrado alcalde mayor de Cebú dos años después, en el testamento del Ministro con quien era director su padre, y llegaba de la Península.

—¿Sabes á quién he visto en Barcelona, ahora, al embarcar?—me dijo á poco de estar hablando conmigo.—Pues á tu novia, á Luisa, recién casada. ¡Si vieras qué guapa está! Había venido allí con su marido haciendo el viaje de boda, y vivían en la fonda donde yo paré... ¡Te digo que estaba guapísima!...

—¿Y con quién se ha casado?—le pregunté, tratando de disimular el dolor que la noticia me produjo.

—Según me dijeron en la fonda, con un mayorazgo allá de su tierra... Parecía buen hombre, muy corriente y muy campechano...—

Corté la conversación lo primero que pude, y me despedí de mi amigo hasta luego, pretextando un quehacer urgente.

Puedes figurarte cómo me quedaría...

Todas las frases de Enrique, á contar desde la de «recién casada», me habian ido cayendo sobre el corazón como gotas de plomo derretido...

Inmediatamente fui á ver al padre Flores para que no escribiera al general, y para proclamar delante de su ciencia y de su experiencia mi doloroso triunfo en la cuestión del desamor de Luisa, diciéndole con la amargura propia de un vencedor que mil veces más quisiera haber sido derrotado:

—¿Ve usted cómo tenía yo razón?...

—No lo veo—me dijo el padre Flores;—pero es lo mismo. Ahora ya la cosa no tiene remedio. No hay más que bajar la cabeza y conformarse... Le convendría á usted así, porque todo lo dispone Dios para nuestro bien... Al cabo esta vida no es más que un rato que debemos emplear en prepararnos para la venidera... Regularmente

no habrá querido Dios que sea usted muy feliz en este mundo, para tener más que pagarle á usted en el otro...

Unos días después, algo consolado con las reflexiones del buen dominico, me volví á locos, rompí el retrato de Luisa en pedazos muy pequeños é hice firme propósito, aunque con temor y no sé si diga con esperanza de quebrantarle, de no volver á acordarme de ella.

¿No habíamos quedado hace ya dos años, —me argüía yo á mí mismo tratando de convencerme,—no habíamos quedado en que no me quería?... ¿Por qué me vine á Filipinas sino porque tenía eso como cosa clara é indudable?... Y no queriéndome á mí, ¿hay nada más natural que el que se haya casado con otro?... Es una inocentada sentirlo...

Con estos discursos, y principalmente con otro harto más eficaz para estos casos, con el discurso del tiempo, no fué tan pronto como yo hubiera querido; pero llegué á olvidarla...

—Bueno, pues ahora que la has olvidado—le interrumpí,—vamos á dejar la historia para mañana.

—Ya falta poco—me contestó Javier;—pero es lo más triste.

—Me lo figuro—le repliqué,—y por eso mismo es mejor dejarlo. No vayas á creer

que es porque no tengo interés en oírlo: es que no quiero que te canses. Hay más días que longanizas, dice un refrán, y también hay más días que historias. Con que basta por hoy, y hasta mañana...—

Y salí de la celda de Javier con más curiosidad que ningún día por saber el desenlace de su historia, ó por mejor decir, el enlace de lo que me había contado con la desgracia de su estado presente.

Dice que llegó á olvidar á Luisa—pensaba yo;—de modo que no pudo venir por ahí la locura... Ya me extrañaba á mí que hubiera en estos tiempos quien se volviera loco de amor... Pero entonces ¿para qué me ha contado la historia de su amor á Luisa?... Alguna relación debe de haber... Ya veremos...

VIII

Al cumplirse el plazo de mi permanencia obligatoria en el Archipiélago—continuó Javier al día siguiente—habían ya muerto mis padres, se habían casado mis dos hermanas... No quedaba acá nada que me atrajera, ni había allá nada que me impulsara á venir, y por asegurar otro ascenso, me estuve otro par de años.

Presencié entonces un cambio completo en el personal administrativo, como consecuencia de un cambio de Gobierno en la Metrópoli.

Por cierto que poco después fué cuando se armó aquel escándalo en las Cortes, sobre si ciertos prohombres de la política recibían dinero de los empleados de Ultramar nombrados por ellos ó por sus recomendaciones. El hecho era cierto, desgraciadamente. Había personajes políticos que vivían con lujo deslumbrador, y que, en lugar de tener, como medios de sostener este lujo, fincas

rústicas ó urbanas que les produjeran renta, tenían empleados en las Aduanas de Filipinas ó de Cuba obligados á remitirles determinada cantidad cada mes ó cada trimestre... Supongo que seguirá sucediendo lo mismo. Los primeros liberales se enriquecieron desamortizando los bienes de la Iglesia y de las universidades y de los hospitales y de los pueblos; los de ahora, que ya no tienen nada que *desamortizar*, se enriquecen *amortizando* á su favor los destinos públicos...

Al terminar este último bienio, durante el cual estuve en la Audiencia de Manila; me aburría ya mucho todo aquello; y aunque no tenía esperanza de pasarlo acá mucho mejor, quise, como los enfermos, cambiar de postura.

Pedi mi vuelta á la Península, que no tardó en serme concedida, por la favorable coincidencia de que el Director que había hecho mi primer nombramiento, el padre de mi amigo Enrique, era entonces Ministro de Gracia y Justicia. De modo que no necesité más que indicar mi deseo á su hijo, para verle satisfecho en una de las primeras combinaciones.

Llegué á Madrid á últimos de Mayo, y me encontré en el Hotel de Roma con Vicente Parra... ¿Te acuerdas?... Le debiste de conocer cuando yo... Aquel asturiano

lujoso que capitaneaba á los de los Cabeceeros en la romería de Santiago, cuando apalearon á la Guardia civil...

Mi tío Eugenio, que era juez de paz y estaba ejerciendo de juez de primera instancia, encarriló el asunto, por intercesión mía lo más benignamente que le fué posible.

En realidad, la Guardia civil, que ya no era entonces lo que había sido, según decían, en sus primeros tiempos, era la que había provocado el conflicto, por meterse en lo que no la importaba ni era de su incumbencia; por querer dirigir y arreglar á su capricho las diversiones, entremetiéndose á hacer corro en el *aluche* y á dar su opinión con pretensiones de fallo en las caídas dudosas; en fin, por no tener presente que su misión en aquellos sitios no es otra más que la de prestar auxilio á la autoridad cuando se le pida...

Y luego, como quiera que los asturianos tienen la sangre caliente, ó por lo menos se les calienta muy pronto con el vino, en cuanto comenzó la disputa sobre si un luchador debía ó no debía salirse del corro, enarbolaron los palos y ya no respetaron á nadie...

Yo intercedí por ellos, y conmigo los demás muchachos de aquende el Puerto; porque en principio tenían razón, aunque después, en el acaloramiento de la disputa, se

excedieran. El caso es que quedamos muy amigos. En el verano siguiente pasó él ocho días en mi pueblo cazando codornices, y yo también estuve unos días en su casa de Sobrefoz. Dos ó tres años más repetimos las visitas... Después habíamos dejado de vernos...

Charlamos largo y tendido al encontrarnos. Me dijo que estaba casado, que tenía tres hijos, que ya no vivía en Sobrefoz, sino abajo, á la orilla del Sella, en Ceneya... Le conté yo mi viaje á Filipinas, los destinos que allí había desempeñado, lo distinto de aquel clima y de aquellas costumbres, mi vuelta... y aun creo haberle dado á entender que el motivo de mi resolución de irme allá tan lejos habían sido unos amores desgraciados, aunque sin puntualizar nada en este asunto, sobre el cual pasé como sobre asevas...

—¿Y ahora qué vas á hacer?—me dijo cuando concluí.

—Lo primero descansar del viaje, que bien lo necesito.

—¿Y después?

—Después pasar el verano por ahí, donde caiga, y allá contra el otoño irme á Sevilla, á cuya Audiencia estoy destinado.

—Lo que vas á hacer es venirte conmigo á pasar allí una temporada... todo el verano, si no te aburres...

—Te lo agradezco, pero no puede ser. Estoy muy cansado para emprender otro viaje ahora.

—No, si no digo ahora: dentro de quince días ó de veinte; cuando yo despache el asunto que me ha traído aquí... Nos vamos... verás... El viaje es ya bastante cómodo... Veinte horas á Oviedo en ferrocarril... Allí descansamos un día ó dos, y luego nos vamos á Cangas de Onís en el coche de los Orgas... De Cangas á Geneya es un paseo... Allí, en una casita solitaria entre unos castaños, cerca de la carretera, á la orilla del río... lo pasaremos regularmente... Mi mujer está delicada; pero cuando no se siente bien, se mete en su cuarto y allí reza ó llora, y no incomoda á nadie. Haremos expediciones á Cangas, y á Ribadesella, y á Covadonga, y á los lagos de Enol, hasta donde va á hacer Pidal, á costa del Estado, una carretera para su recreo particular y el de un amigo suyo, canónigo de la Colegiata, que ha edificado una casita en aquella altura... Verás el Beyo, la hoz más estrecha y más larga del mundo por donde se ha abierto un camino... Si te sientes con fuerzas, subiremos á cazar rebecos á los Picos de Europa, á Peña Santa... Yo paso la mayor parte del tiempo cazando, y á tí también te vendrá bien, después de tantos años de inacción, una tem-

porada de vida montaraz... Verás las romerías de por allí: ya sabes que son muy animadas en Asturias... En fin, cuando te canses te marchas.

A esta proposición, por más que fuera tentadora, no hubiera yo accedido si se me hubiera hecho una sola vez y de cumplimiento; pero repetida dos ó tres veces cada día durante una semana, con verdadero empeño, con indudable sinceridad, no pude menos de aceptarla.

Emprendimos el viaje á los quince días, conforme á lo planeado, y el 18 de Junio, después de almorzar en Cangas de Onís, montábamos en una cesta que había de conducirnos á la morada de mi amigo.

Llegamos á Ceneya á media tarde.

Poco antes de pararse el coche, me decía Vicente:

—Mira: aquélla es nuestra casa,—señalando una que se veía, ó más bien se adivinaba, á la derecha de la carretera entre unos árboles.

El sitio me pareció bastante delicioso. El río Sella, después de salir muy apurado de las estrecheces del Beyo echando espuma por todas partes, se sosiega un poco, va corriendo cada vez menos de prisa, hasta acabar por deslizarse tranquilo bajo un túnel de copas de nogales, sobre espacioso lecho de cantos rodados blancos y grises que

se ven como caprichoso mosaico á través de sus cristalinas aguas. A la derecha y á la izquierda, rocas altísimas de caliza moteadas de tilos y de enebros. En los rellanos de la orilla del río, verdes maizales cercados de pared seca revestida de hiedras y de zarzas...

Nos bajamos del coche y nos dirigimos á la casa.

En un poyo á la derecha de la puerta jugaban unos niños.

—¿Estos son tus hijos?—dije á Vicente, dirigiéndome al mismo tiempo hacia ellos para besarlos.

—Sí: ahí los tienes todos tres—me contestó.—La niña y el niño más pequeños ya ves qué parecidos son á mí: rubios, como yo, con ojos garzos... La mayorcina es el retrato de su madre.

La niña mayor, que tendría de cinco á seis años, al oír que se hablaba de ella, volvió la cabeza y fijó en mí unos ojos negros vivísimos é inteligentes, artísticamente acomodados en un rostro paliducho, pero de facciones muy correctas. Su fisonomía tenía un sello tan especial que me produjo emoción extraña...

¡Qué niña más hermosa!... ¿A quién se parece?... ¿Dónde he visto yo esta cara?... ¡Calla! Si es la cara de... ¡Dios mío, qué sospecha!...

Todas estas ideas cruzaron en un instante por mi mente, atropellándose unas á otras...

A todo esto, Vicente había vuelto á la carretera, reclamado por el cochero, que esperaba órdenes...

—¿Cómo te llamas, monina?—pregunté yo á la niña mayor al darla un beso en la frente.

—Luisa,—me contestó ella.

—¡Y no, que te *yamaz Luicina!*—balbució el niño.

—Me llaman Luisina—repuso ella,—porque Luisa es mamá, y para distinguirnos...

Mi sobresalto creció hasta lo indecible...

—¿Qué estáis haciendo?—pregunté á la niña maquinalmente, como queriendo huir de nuevas revelaciones...

—Hacemos una ermita para entretener á Vicentín,—me contestó.

—Y tiene espadaña,—dijo la otra niña.

En esto, Vicentín, el niño pequeño, removi6 sin querer el fundamento de la ermita que con piedras y tucos de pancjas tenían hecha sobre el poyo, y se vino abajo todo el edificio.

La niña Luisa acudió presurosa á recoger de entre las ruínas una fotografía.

—¡Mi retrato!—dije para mí con creciente asombro, al ver que, en efecto, era la

estampa de este pobre amigo tuyo, hecha por Alviach en sus buenos tiempos... y en los míos.

—¿Quién te dió ese retrato?—la pregunté.

—Se le quitó yo á mamá—me contestó, bajando los ojos,—porque cuando le veía lloraba, y yo no quiero que lllore... Verá usted—añadió, volviendo á mirarme:—le tenía mamá guardado en una escusabarrera, y cuando disputaba con ella papá... porque papá algunas veces bebe mucho vino... cuando la decia papá cosas feas, se iba al gabinete, y sacaba este retrato, y le miraba, y lloraba tanto...

—¡Ah! ¡Me quería!...—exclamé interiormente con inmensa amargura.—¡Me quería!... ¡A buen tiempo lo he sabido! ¡A buen tiempo!

En un instante edificué una vez más la casa de la Cuesta de los Manzanos y llené la huerta de árboles y flores, y en otro instante lo destruí todo, viendo que ya para nada podía servirme...

Me quería... y estaba allí... á cuatro pasos...

El pensamiento del bien perdido, el dolor del desacierto pasado y la dificultad de la situación presente se apoderaron de mí con violencia como para destrozarme... Sentí frío en el corazón, calor en la cabe-

za... Una ola de fuego me subía por la faz; se me quitó la vista, y caí redondo...

Al volver en acuerdo me encontré en esta celda...

—¡Pobre Javier!—hube de decir al mismo tiempo que él se levantaba tímidamente de su silla como por vía de ensayo, y añadía palideciendo:

—¡Ay!... ¡Dios mío!... Me parece que me voy á volver á caer... ¡Sostenme... sostenme!...

Estas fueron sus últimas palabras.

EPÍLOGO

Tres años después murió Luisa de una lesión en el corazón.

Unas horas antes de espirar, decía á la mujer del médico de Sames, su amiga íntima, que había ido á Ceneya á cuidarla:

—Escucha, Rosa... en el cajón bajero de mi armario hay una escusabaraña de mimbrés chiquitina que tiene dentro unos papeles... Me harás el favor de recogerlos... Tú los puedes leer... quiero yo que los leas para que te acuerdes más de tu pobre amiga y no se te olvide ningún día rezar por ella... Pero después que los leas échalos en la lumbre... Allí verás una carta que escribí y no envié á su destino... Si la hubiera enviado... no hubiera sido yo tan desgraciada...

—No llores—la dijo la médica, posándola con cariño la mano en la frente,—no llores: ya sabes que te hace daño.

—¿Qué más da?...—replicó Luisa.—

za... Una ola de fuego me subía por la faz; se me quitó la vista, y caí redondo...

Al volver en acuerdo me encontré en esta celda...

—¡Pobre Javier!—hube de decir al mismo tiempo que él se levantaba tímidamente de su silla como por vía de ensayo, y añadía palideciendo:

—¡Ay!... ¡Dios mío!... Me parece que me voy á volver á caer... ¡Sostenme... sostenme!...

Estas fueron sus últimas palabras.

EPÍLOGO

Tres años después murió Luisa de una lesión en el corazón.

Unas horas antes de espirar, decía á la mujer del médico de Sames, su amiga íntima, que había ido á Ceneya á cuidarla:

—Escucha, Rosa... en el cajón bajero de mi armario hay una escusabaraja de mimbres chiquitina que tiene dentro unos papeles... Me harás el favor de recogerlos... Tú los puedes leer... quiero yo que los leas para que te acuerdes más de tu pobre amiga y no se te olvide ningún día rezar por ella... Pero después que los leas échalos en la lumbre... Allí verás una carta que escribí y no envié á su destino... Si la hubiera enviado... no hubiera sido yo tan desgraciada...

—No llores—la dijo la médica, posándola con cariño la mano en la frente,—no llores: ya sabes que te hace daño.

—¿Qué más da?...—replicó Luisa.—

Todo el daño que me puede sobrevenir es la muerte, y eso de todos modos me parece que será cuestión de horas... Apenas puedo respirar... ¿No te ha dicho tu marido que me voy á morir esta noche?... Dímelo, bobina: no creas que me asusto... Ya ves, tengo hechos todos los preparativos para el viaje, y estoy tranquila... Especialmente desde que he recibido al Señor me he quedado tan á gusto... ¡Ah!... no se te olvide... si me muero antes de que Vicente vuelva de Cangas, le has de decir que me muero queriéndole mucho y pidiéndole perdón por lo que involuntariamente le haya mortificado... Yo también le perdono á él todo lo que me ha hecho sufrir... El pobre tiene esa debilidad de la bebida; pero tiene buen corazón... Dale buenos consejos... Dile que cuide mucho de nuestros hijos... Y tú también, Rosina de mi alma... ¿Verdad que has de seguir queriendo mucho á esos pobrecines que se quedan sin madre?...

La mujer del médico recogió los papeles que encontró en la cestita de mimbres, como Luisa la había indicado, en los cuales había ido apuntando esta infeliz las fechas del nacimiento de sus hijos, promesas hechas á la Virgen y á los santos para obtener la enmienda de su marido en lo de la bebida y otros determinados favores, má-

ximas que había oído á su tío en ocasiones diferentes, consejos que él mismo la había dado cuando se iba á casar, algunas impresiones del viaje de recién casada, etc.

La carta de que había hecho mención especial era la siguiente:

«Madrid, 26 de Noviembre de 186...

»Querido Javier: Te extrañará recibir esta carta mía sin haberme escrito tú; pero creo que cesará tu extrañeza cuando la hayas leído.

»La otra noche fui con mi tía á casa de unas amigas, las de Renedo, me parece que las conoces, y me encontré allí con aquel condiscípulo tuyo, Pedro Borrego, de quien me hablabas tantas veces, el cual, tan indiscreto como tú le pintabas, en cuanto me le presentaron, se sentó á mi lado y comenzó á darme broma contigo, llamándome de buenas á primeras *asesino*, diciéndome que era la responsable de tu muerte civil ó de tu destierró, pues por causa de mi cruel desdén te habías marchado, acaso para no volver nunca.

»Dijele que estaba muy equivocado, que tú y yo éramos amigos desde la infancia y que nunca había habido entre ambos otra cosa que buena amistad; pero me contestó

que á él no le fuera con esas, que él sabía lo contrario de buena tinta, que estaba enterado de todo por tí precisamente, pues muchas veces le habías dicho que nos íbamos á casar en cuanto concluyeras la carrera, cosa que sabían como él todos tus amigos, pues lo decías con frecuencia sin hacer ningún misterio de ello, y, por consiguiente, era claro que la súbita determinación de marcharte á Filipinas no podía reconocer otra causa que mi desvío. «A» más de que, añadía, y te copio sus propias palabras, el mismo Javier, aunque no estuvo muy hablador el último día que le ví aquí, cuando salió para Barcelona, me dió á entender con bastante claridad que se marchaba porque usted le había plan-tado.»

»Conociéndote, como te conozco, no puedo creer que dijeras á tus amigos todas esas cosas por divertirte á costa mía, jugando con mi nombre: esto es imposible en tu formalidad. Y si las decías pensándolas y sintiéndolas, pues el que las dijeras tampoco creo que se puede dudar, ha tenido que haber á última hora alguna mala inteligencia por parte tuya, dado que por la mía no ha habido tales desvíos ni tales desdenes, á lo menos con conocimiento.

»Te voy á ser franca, porque tratándose de tí no tengo miedo á una deslealtad; ni si-

quiera me ocurre la sospecha de que puedas hacer mal uso de esta carta para darte tono y ponerme en ridículo: me parece imposible que tú hagas nunca ninguna bajeza. Te voy á ser franca. Había llegado á creer que me querías, y en esta creencia correspondía en mi interior á tu cariño. Cuando supe que te habías embarcado sin decir nada, creí sencillamente que me había equivocado.

»Pero la revelación de tu amigo ha venido á meterme en un mar de confusiones, del que no acierto á salir. Por eso te escribo.

»De todos modos, ten por cierto que no ha sido mi ánimo contrariar ese pensamiento que manifestabas á tus amigos, más favorecidos que yo en esta parte, y ten por cierto que mis desvíos fueron puras imaginaciones, no existieron nunca.

»Ahora, sabiendo esto, tú harás lo que creas más conveniente, lo que sea mejor para tí, sin tenerme á mí en cuenta, seguro de que de tu bienestar, aunque sea sin mí, me alegraré siempre.

»Que Dios te proteja y te haga feliz, como lo desea y se lo pide tu afectísima

LUISA.»

Por bajo de la firma se leía esta nota:

«No he enviado esta carta á Javier, porque mi tía, á quien se la enseñé, me ha puesto algunos reparos, diciéndome que no es corriente esto de que una mujer se dirija á un hombre en esta clase de asuntos, y que aun cuando en el caso presente pudieran autorizar esta conducta lo raro de las circunstancias y la gran confianza con que nos tratábamos Javier y yo, con todo, las cosas son según los ojos con que se las mira, y no es seguro que á estas horas esté ya Javier en condiciones de poder apreciar mi sinceridad y agradecerla como merece ser agradecida...»

Todavía más abajo había estas otras dos líneas de tinta mucho más fresca, que contrastaban con lo amarillento del papel y con lo desvahido de los escritos anteriores:

«¡Dios mío! ¿Por qué no enviaría yo á Javier esta carta?...»

¡A buen tiempo, mangas verdes!

LA CONDESA DE PALENZUELA

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

«No he enviado esta carta á Javier, porque mi tía, á quien se la enseñé, me ha puesto algunos reparos, diciéndome que no es corriente esto de que una mujer se dirija á un hombre en esta clase de asuntos, y que aun cuando en el caso presente pudieran autorizar esta conducta lo raro de las circunstancias y la gran confianza con que nos tratábamos Javier y yo, con todo, las cosas son según los ojos con que se las mira, y no es seguro que á estas horas esté ya Javier en condiciones de poder apreciar mi sinceridad y agradecerla como merece ser agradecida...»

Todavía más abajo había estas otras dos líneas de tinta mucho más fresca, que contrastaban con lo amarillento del papel y con lo desvahido de los escritos anteriores:

«¡Dios mío! ¿Por qué no enviaría yo á Javier esta carta?...»

¡A buen tiempo, mangas verdes!

LA CONDESA DE PALENZUELA.

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO



LA CONDESA DE PALENZUELA

I

Uno... dos... tres... cuatro... sí, cuatro bultos, que parecen cuatro personas á caballo, son los que pasan por junto al puerto de Villaescusa y entran en las Conjas.

¿Que quiénes son?... No se puede saber á punto fijo... ni aun casi aproximadamente.

Está la noche muy oscura, no hay luna ni se divisa una estrella siquiera á través de los nublados, que son muy negros y muy espesos, y dejan caer bastante agua.

En semejantes condiciones, ¡vayan ustedes á averiguar quiénes son los viajeros! ¡Imposible!... Pues aun cuando quisiéramos encender un fósforo, en primer lugar no los hay todavía, porque les advierto á ustedes que estamos á diez y nueve de Enero del año mil setecientos veinticinco; y en segundo lugar, aunque los hubiera y le

encendiéramos, nos lo apagaría el aire inmediatamente...

Gracias á que por el número y por el tamaño de las caballerías, de las cuales una es más pequeña que las otras tres, y hasta por el orden en que caminan, me parece que han de ser los mismos que yo he visto por la tarde, casi al oscurecer, atravesar en esta misma dirección que traen ahora el monte de Río-Camba.

Sí... deben de ser ellos; y si son los mismos, entonces... yo les diré á ustedes.

El jinete que va delante me pareció por su vestimenta un montero, un guarda de una dehesa, ó algo así.

El caballito pequeño que sigue, siempre en el supuesto de que los viajeros sean los mismos de esta tarde, no lleva silla, sino jamúas forradas de terciopelo verde con clavos dorados; y con eso comprenderán ustedes que no va montado por un hombre, sino por una mujer. Por cierto que es una mujer como de treinta años, de aire distinguido y muy hermosa, con unos ojos negros y grandes en un rostro ovalado ligeramente pálido y orlado de sedosos rizos, negros como los ojos y como las cejas y como las pestañas; nariz fina y recta, labios delgados de color de rosa á medio marchitar, cuello esbelto y gracioso... en fin, lo que se llama una belleza. Y por cierto

que, á pesar de ser tan hermosa, no debe de ir demasiado satisfecha de su hermosura, pues cuando la he visto esta tarde lloraba.

El jinete que sigue, el que va en tercer lugar, no acabé de comprender lo que era: me pareció así, entre merced y señoría, un caballero venido á menos, ó un escudero muy encopetado; para marido de la dama me pareció poco, y para criado me pareció mucho.

El que va detrás cerrando el grupo tiene la misma traza que el primero.

No puedo dar más señas, y bien conozco que éstas no son muchas: ni siquiera las necesarias para sacar á ustedes de dudas sobre la filiación y procedencia de nuestros nocturnos expedicionarios.

Lo que desde luego no cabe dudar es que son valientes, porque se necesita serlo de verdad para meterse por las Conjas tan á deshora y en noche tan oscura.

¿Saben ustedes lo que son las Conjas? Una hoz muy estrecha que parece abierta poco á poco entre las peñas por la corriente del agua. Una garganta retorcida que sólo da paso al río y al camino; y eso teniendo que apretarse, ceñirse y montarse á cada paso el uno sobre el otro. Negras y elevadas rocas de conglomerado amenazan de un lado y de otro desplomarse sobre el transeunte, ú obsequiarle, cuando menos, con

alguna de sus almendras, de las que, como prueba de su frecuente generosidad, tienen alfombrado el camino... ¡Y qué camino! Robado al río por medio de un tosco paredón en muchos parajes, y abierto á pico en otros, donde el roce secular del calzado de los caminantes, de las herraduras de las caballerías y de las ruedas de los carros le ha puesto liso como un cristal, de suerte que aun de día es peligroso el paso, cuanto más de noche y lloviendo. El río Cea, que allí no es todavía más que un riachuelo de mala muerte, pues apenas trae una legua de curso, baja por la estrechura murmurando, ó más bien gruñendo, contra las repentinas curvas de su forzado cauce; y cuando se encuentra de frente con alguna masa de roca recién desgajada de las alturas, se detiene para tomar aliento, reúne sus fuerzas y salta por cima, produciendo al caer un ruido como el de la mayor catarata del mundo. Aunque la elevación del camino sobre el río nunca es muy grande, con las proporciones que da la oscuridad de la noche á lo desconocido, se figura uno caminar al borde de un abismo sin fondo. Y para hacer más tremendo y más pavoroso el cuadro, los arroyos que bajan de ambas laderas parecen torrentes, y los pocos robles viejos que han logrado vivir colgados de las grietas de las rocas, cuando mueve

y esparce sus colosales ramas el viento, parecen gigantes dispuestos á una mala fazaña.

—¿Vamos bien, Lorenzo?—preguntó el que iba en tercer lugar, que indudablemente era el jefe de la expedición.

—Bien vamos, —contestó el de adelante.

—Pues nadie lo creería, —repuso el jefe.

Poco después de pasar el arroyo de Cerrredo divisaron una luz, y aunque parecía natural que se alegraran con ella, y acaso se alegraría alguién de la comitiva, el jefe, sin embargo, dejó escapar una interjección, y añadió luego: «Algún encuentro desagradable».

Siguieron andando y acercándose á la luz, que no avanzaba. Llegaron á un puente, y vieron que en el cabecero opuesto había una ermita muy pequeña con una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, ante la cual ardía en una taza desasada una lucécita de aceite (1).

—¡Ay! ¡Una capilla de la Virgen! —dijo agradablemente sorprendida la dama, y tiró del fresno al caballo en ademán de detenerse á rezar.

(1) Hoy subsiste el puente; pero de la ermita de Nuestra Señora de las Conjas sólo quedan las ruínas.

Pero el jinete que iba inmediatamente detrás de ella la dijo con tono entre impetuoso y suplicante:

—Andad, señora.

Y siguieron andando, no sin que la dama, contrariada en su deseo, dirigiera desde el fondo de su corazón á la que es consuelo de afligidos una ferviente súplica rociada con lágrimas, que son el mejor aderezo de las oraciones.

II

Diez minutos después salían de lo estrecho.

Los nublados habían comenzado á ralearse, dejando ver por entre las raladas alguna estrella que otra, á cuya escasa luz podían los viajeros darse cuenta de que se hallaban dentro de una especie de recinto amurallado, sensiblemente circular, de un diámetro como de legua y media, sin más entrada ni salida perceptible que la hoz por donde salía el río y habían entrado ellos. Y como á las almenas de aquellas colosales murallas, ó dígase á los picos de las montañas que cierran el contorno, estaban agarradas las nubes, el recinto, á más de amurallado, parecía abovedado también, cada vez que las nubes volvían á espesarse y apretarse unas contra otras como enormes bloques de toba, interceptando toda comunicación con el azul del cielo.

Realmente, la alta cuenca del Cea, don-

de está Prioro, debió de ser durante muchos siglos un gran lago, cuyas aguas fueron abriéndose paso por entre las peñas, hasta formar la garganta de las Conjas tal como hoy existe.

Los nocturnos viajeros á quienes venimos siguiendo pasaron el agua de *Rebuscay* ó *Río de Buscay*, y continuaron por el camino de la Vega Chica, cerca de la orilla del río, cuyo curso tortuoso marcan dos cordones de salgueras, que crecen con la humedad en ambas orillas.

Al llegar al pie del Castriello pasaron uno de los dos arroyos que confluyen allí para formar el río, el de la izquierda, y echando á la calle arriba, llegaron á la iglesia de Prioro, que está sobre una loma entre los dos barrios que forman el pueblo.

Se apearon todos, ataron las caballerías á los fresnos que dan sombra á la procesión, y el jefe, mandando á uno de los monteros que se quedara allí con la señora, dijo imperiosamente al otro:

—A casa del señor cura.

Echaron á andar los dos cuesta abajo por el mismo camino por donde habían subido, y dejándose luego caer hacia la izquierda, pronto estuvieron junto á la casa Rectoral de Prioro, que es un medio palacio.

—Esta es—dijo el criado,—y aquí en esta habitación de abajo solía dormir.

Tocaron ligeramente en la madera de la ventana, y al punto contestó de adentro una voz simpática y débil:

—¿Quién llama?

—¿Señor cura!

—¿Quién me llama? ¿Qué hay?

—Que haga su merced el favor de levantarse y venir á auxiliar á un moribundo.

—Voy ahora mismo,—dijo el venerable sacerdote; y como no conociera la voz que le llamaba, ni tuviera motivos para presumir quién de sus feligreses podía ser el que se hallaba en tan terrible trance, añadió en seguida:

—¿Pero quién es el moribundo?

—Un forastero,—le contestaron.

Y sin preguntar más se vistió muy aprisa, cogió la llave de la iglesia para sacar la caja de los Santos Oleos y salió á la calle.

—Venga su merced con nosotros,—le dijo uno de los que le esperaban, y se encaminaron todos tres á la iglesia.

Hasta entonces, acostumbrado como estaba el anciano ministro del Señor á ser llamado á deshora para auxiliar á los enfermos, no se le había ocurrido que pudiera ser víctima de un engaño; mas al llegar á la iglesia y ver las cuatro caballerías atadas á los árboles y dos personas sentadas á la puerta, pensó que de lo que se trataba era de perpetrar un robo de vasos sa-

grados, y resuelto á estorbarlo á toda costa se abalanzó á coger una cadena que caía sobre el pórtico para tocar la campana y alborotar al pueblo. Pero uno de sus acompañantes le conoció la intención, se le adelantó como más ágil, y cogiendo la cadena le dijo:

—No toque vuesa merced; no es necesario... No venimos á robar, se lo aseguro... créame vuesa merced... Y también le aseguro—añadió mostrando dos pistolas que llevaba al cinto,—que cualquier conato de resistencia ó de alboroto sería sofocado en el acto.

—Cuando me ordenaron de sacerdote—contestó el señor cura, dándose por enterado de la amenaza,—ofrecí á Dios mi vida, y desde entonces he estado siempre dispuesto á perderla en su santo servicio; de modo que podéis estar seguro de que, por temor á la muerte, no he de hacer nada que no deba, ni he de dejar de hacer nada de aquello á que me crea obligado.

—Está bien—replicó el otro sin soltar la cadena;—pero le repito á vuesa merced que no venimos á robar: lo que queremos de vuesa merced es que abra la iglesia y oiga en confesión á esa señora.

—Pero ved que es de noche—objetó el señor cura;—y para confesar mujeres, no siendo en caso de necesidad...

—En ese caso estamos—le interrumpió su interlocutor,—porque va á morir antes que amanezca.

El párroco abrió la puerta y entró en el templo, débilmente alumbrado por una lámpara; y después de orar breves momentos ante el altar mayor, se metió en un confesonario. La dama se arrodilló á una rejilla, y se puso á confesarse. Los dos criados, que habían sacado de las alforjas un azadón y una pala, comenzaron á cavar una sepultura en medio de la iglesia. Y el que los mandaba se colocó á pie derecho junto á la puerta de la sacristía, enfrente del confesonario.

Concluída la confesión, que fué bastante larga, el sacerdote, que había observado con asombro la maniobra de cavar la sepultura, se levantó, dirigiéndose á la sacristía, y haciendo entrar en pos de sí al que estaba á la puerta, le dijo:

—¿Para quién es esa sepultura?

—Para esa señora que vuesa merced acaba de confesar,—le contestó.

—¿La vais á enterrar viva?

—La daré muerte antes,—replicó impasible.

—¡Ah! ¡No, por Dios! Vais á cometer un sacrilegio horrible... Me vais á dejar profanada la iglesia...

—La sacaré fuera á morir. Si es por eso...

—No, no es sólo por eso—continuó el señor cura, asustado de aquella frialdad:— es que ni adentro ni afuera; yo no puedo consentirlo... eso no puede ser... Tenéis fe cristiana... Creéis en la eficacia de los Sacramentos, por cuanto la habéis traído á confesar... Creéis que las almas se salvan ó se condenan eternamente, según sus obras, ¿y vais á cometer á sangre fría un pecado terrible?... No, no, hijo mío, no; no la mataréis...

Y diciendo esto, abrazaba cariñosamente á su interlocutor y le rodaban gruesas lágrimas por el rostro.

—No puedo menos—le contestaba éste desasiéndose de sus brazos:—me va en ello mi vida, y primero soy yo. He recibido esa orden, y no puedo menos de cumplirla.

—Aun cuando así fuera; aun cuando os fuera la vida en ello, no podíais obrar de ese modo, hijo de mi alma—continuaba el señor cura.—Habréis oído que para defender la vida propia es lícito dar muerte al injusto agresor; pero esa pobre señora indefensa no es vuestro agresor injusto, ni ella por sí pone vuestra vida en peligro. El peligro, en todo caso, ó más bien la amenaza, pues peligro presente no le hay, os vendrá de otra parte. Mas habéis de saber que, para que sea lícito matar á otro por conservar la propia vida, es condición

precisa que no haya otro medio de conservarla, que sea necesaria una de las dos muertes, y aquí no estáis en ese caso, pues aun cuando realmente os amenace un peligro, podéis huir de él perfectamente sin matar á nadie. Y en cuanto á la orden que decís haber recibido, desde luego os aseguro que no tenéis obligación de cumplirla, sino que, por el contrario, estáis obligado á no obedecerla. Pero ¿quién ha podido daros semejante orden?... No lo entiendo...

—Os lo contaré todo—dijo el desconocido; y al decir estas palabras, miró hacia atrás como buscando dónde sentarse.

El señor cura, mostrando en su semblante el gran interés con que le iba á escuchar, le presentó un taburete de roble y se sentó él en otro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

El desconocido empezó su relación diciendo:

—Me llamo Rodrigo Cañizal, y soy mayordomo del Conde de Palenzuela. Esa señora es la Condesa, su mujer. El Conde, mi señor, en la pasada Guerra de Sucesión tuvo el mal acuerdo de seguir el partido del Archiduque Carlos, quizá por no encontrarse en el campo del de Borbón con el señor de Tariago, su eterno enemigo. Cuando vió terminada la guerra en contra de su bando, quebrantados sus intereses y anulada su influencia en el país, abandonó su palacio y se retiró á una casería que tiene en la única dehesa que le quedaba, por cima de Villada, arriba en la Cueza, cerca de San Llorente.

Allí vivía con su mujer y escasa servidumbre, muy feliz, en apariencia al menos, hasta que hace dos meses hubo de hacer un viaje á la corte para tratar de que le devolvieran algunos de los bienes que, como re-

belde al Rey D. Felipe V, le habían sido confiscados.

Quedóse la Condesa en la casería, á donde una tarde llegó un caballero en traje de caza, diciendo que se había extraviado, que había perdido á sus compañeros en el monte y deseaba se le diera algún alimento. Avisada la señora Condesa, dió orden de que se le sirviera de comer; y como el cazador alegara luego que una mancadura de un borcegui le estorbaba de andar, y estando lejos de poblado, desearía quedarse allí hasta la mañana, la señora Condesa accedió también á este deseo, mandando prepararle cena y lecho, con lo cual pasó la noche en la casería, saliendo al día siguiente un criado á conducirle á caballo hasta Villalumbroso.

Aquel cazador no era otro que el señor de Tariego, que tiene otra dehesa cerca de Abastas, contigua á la del Conde.

Este, que volvió antes de ayer de Madrid, trayendo favorablemente despachados sus asuntos, aprendió en el camino el lance, contado de buena fe (pues la señora Condesa á nadie había encargado reserva), por el criado que bajó á esperarle á Villada, hasta donde vino con el ordinario.

Llegó á la casería hecho un león, y al ir la Condesa á echarle los brazos al cuello, la rechazó con ferocidad diciéndola:

—¿Qué habéis hecho, infame? ¡Habéis trabado amistad con mi eterno enemigo, con ese lobo insaciable que, no contento con verme despojado de mi hacienda, ha querido también despojarme de mi honra!...

—Soy inocente,—replicó la Condesa con dignidad, reponiéndose del primer abatimiento al sentirse herida en su honor de dama.

—No queráis añadir á la liviandad la hipocresía,—repuso el Conde cada vez más encolerizado.

Os juro que soy inocente y tan honrada como me dejásteis,—insistió la Condesa.

—Aunque lo fuérais—la replicó el Conde,—aunque lo fuérais... ¿Qué adelantaría con serlo, si no lo parecéis, desgraciada? ¿No se publicará por todas partes que D. Gonzalo de Tariego pasó una noche en vuestra casa estando yo ausente?... ¡Al cabo tiene buena fama ese ladrón de haciendas, de vidas y de honras!...

—Habré cometido una inadvertencia... perdóname,—dijo la Condesa, creyendo que su marido empezaba á humanizarse un poco, y trató de cogerle una mano para besársela.

Pero el Conde la rechazó de nuevo diciendo:

—Inadvertencia que pagaréis con la vida.

—¡Ah! no: por Dios, Fernando mío, por Dios, perdóname,—insistía poniéndose de rodillas la Condesa.

No, no, quitaos—respondía con desdén el Conde:—hay errores que no tienen remedio...

Después que oscureció me llamó el Conde y me dijo:

—¡Rodrigo! Coge dos monteros de á caballo y lleva esta misma noche á mi mujer á los confines de la dehesa: allí la enterráis en lo más espeso del monte, de modo que no quede rastro de ella en el mundo. Ya sabe que tiene que seguirte... La he dicho que la llevas á León á casa de unos parientes.

—¡Señor!...—comencé á decir queriendo poner alguna objeción al mandato. Pero el Conde me miró con una mirada que me cuajó la sangre, y no pude continuar. Cuando mira así, no hay medio de resistirle: ejerce con sus ojos sobre la gente que le rodea el mismo poder que las culebras sobre los pajaritos: se le obedece maquinalmente.

Salimos, pues, como el Conde lo había ordenado, y después de andar como unas dos horas, al pasar por una clarada del monte, la Condesa, que iba delante de mí, se detuvo hasta colocar su caballo al lado del mío, y en voz muy baja me dijo llorando:

—Rodrigo, perdóname todo lo que te haya ofendido en mi vida... Algunas veces te he tratado con dureza... perdóname.

—¡Señora!—la dije, haciendo esfuerzos por aparentar serenidad.—No me habéis ofendido nunca.

—Sé que voy á morir—añadió;—pero no te pido la vida, no: te pido que no me mates sin confesión; te lo pido por la memoria de tu madre... por la salvación de tu alma... Llévame donde me confiese... ¿Me das palabra?...

—Os la doy, señora,—la contesté casi sin saber lo que decía.

—Gracias, Rodrigo, gracias...

Entonces comencé á pensar dónde iba yo á buscar un confesor... Se oían cantar muy lejos unos gallos, y se me vinieron á la memoria aquellos versos del antiguo romance:

Donde aquellos gallos cantan
Algún confesor habrá...

Pero ¿cómo iba yo á aquellas horas á entrar en un pueblo desconocido á preguntar por el señor cura, sin que la gente se enterara?... Llamé á los monteros y les dije:

—¿Conocéis por aquí algún pueblo en donde hayáis estado muchas veces y sepáis

cuál es la casa del señor cura, de suerte que se pueda llegar á ella sin necesidad de llamar en ninguna otra?

—Sí—me contestó uno de ellos:—yo conozco uno que se llama Prioro, donde estuve guardando ganado antes de venir á la dehesa; pero está muy lejos, allá en la montaña...

—¿Cómo estará de lejos?—le dije.

—Andando sin parar... ya es algo más de la media noche... llegaríamos á medio día.

—De modo que andando hasta el alba, estando parados durante el día y volviendo á echar á andar al oscurecer, ¿llegaríamos mañana á la media noche?

—Por ahí, por ahí...

—¿Y hay cura en aquel pueblo?

—Sí, es un anciano: se llama D. Miguel de Neira.

—¿Acertarás á su casa?

—A ojos cerrados.

—¿Y el camino hasta el pueblo?

—Lo mismo.

—Pues guíanos hacia allá.

Y aquí nos tiene vuesa merced, y sabe ya todo lo necesario para comprender mi situación tremenda.

—Verdaderamente—dijo el señor cura, que había oído con gran atención el extraordinario relato del mayordomo;—pero

no, eso no puede ser, hijo mío; no podéis cometer ese crimen: la obediencia al Conde no os excusa de pecado, y pecado gravísimo, porque eso no lo ha podido mandar... Es un homicidio voluntario, uno de los pecados que claman al cielo...

—Sí, sí, es una iniquidad lo que voy á hacer, lo conozco; pero... no hay remedio, señor cura.

—¿No le ha de haber, hijo mío? Dejad en libertad á la Condesa; y si no tenéis valor para volver á presentaros delante del Conde, no volvéis: yo me encargo de ayudaros á ganar la vida...

—Me buscaría el Conde hasta debajo de tierra, y...

—Pues otra cosa. Encerrad á la Condesa en un convento, de modo que no vuelva á saber de ella el Conde, y...

—No puedo: me descubrirían esos criados... imposible... imposible.

Y diciendo Rodrigo estas últimas palabras, desasíó sus manos de las del señor cura, se lanzó á la puerta de la sacristía, la abrió, salió á la iglesia, todo en menos tiempo del que se emplea en contarlo, y se dirigió hacia la Condesa, que estaba arrodillada junto á las gradas, con el velo echado y la cabeza inclinada, como presentando el cuello al golpe del verdugo.

Pero el anciano sacerdote, que había le-

vantado al cielo los ojos como buscando una inspiración, corrió detrás de él, y alcanzándole cuando estaba ya cerca de la Condesa, le habló unas palabras al oído. El mayordomo se detuvo, y pareció dudar; el sacerdote continuó hablándole unos momentos, y, por fin, Rodrigo, tocando en un hombro á la Condesa, la dijo en voz baja:

—Salid con el señor cura.

Y encarándose luego con los monteros, que estaban como dos estatuas, uno á cada lado de la fosa recién abierta, les dijo:

—Este buen D. Miguel no quiere que la señora muera dentro del templo, porque dice que quedaría profanado, y hay que sacarla á morir á la calle: no os mováis de aquí.

Inmediatamente salió de la iglesia tras del párroco y la Condesa, y los tres bajaron la pendiente hacia la izquierda y entraron en la casa rectoral.

Un cuarto de hora después, á la escasa luz de la lámpara, que se estaba ya medio apagando, vieron los monteros volver á entrar en la iglesia al mayordomo, llevando en brazos á la Condesa, que parecía desmayada ó difunta.

Llegó con ella hasta la sepultura, y arrancándola de la cabeza una de las agujas de oro con que llevaba prendido el manto, se

la hundió en el costado izquierdo, como buscando el corazón, y dijo al ver que no hacía ningún movimiento:

—No tiene vida.

Y dejándola caer suavemente en el hoyo, mandó con una seña á los monteros echar tierra encima, obedeciendo ellos con tal presteza y disposición, que á los cinco minutos estaba el suelo llano.

Salieron los tres de la iglesia, y después de atar el caballo en que había venido la Condesa á la cola de otro, montaron en los suyos respectivos el mayordomo y los monteros, y echaron á la loma abajo á buscar el camino real en la unión de las dos barriadas.

El señor cura que se había quedado en el pórtico, trancó la puerta de la iglesia, y empezando á bajar hacia su casa, sintió pasos detrás de sí y luego una voz que le llamaba muy callando: «¡Señor! ¡Señor!...»

Entonces volvió la cabeza, y dijo al que llegaba á su lado:

—¿Qué es eso, Manolín? ¿Cómo andas por aquí á estas horas?

—Pues verá su merced, ...—decía Manolín muy asustado.—Lo he visto todo... Me eché con el cuidado de madrugar, porque me toca la vecería de las vacas, y desperté allá á qué sé yo qué hora... Me asomé á la ventana á ver por dónde iban *ya las tres*

Marias (1), cuando vi luz en la iglesia... Bueno, dije para mí: es la lámpara que no se ha apagado... Pero en seguida noté que unas veces lucía y otras no, como si pasara alguno por delante de ella, y dije: ¡Calla! Hay gente en la iglesia... ¡Si serán ladrones!... Me vesti y vine corriendo. Vi los caballos á la puerta y dije: Ciertos son los toros. En la duda de si tocaría las campanas ó iría á llamar gente, se me ocurrió asomarme por la ventanina baja del bautisterio... Cuando ¡yo que veo dos hombres haciendo una sepultura! ¡Virgen de las Conjas, cómo me quedé!... Ni me atrevía á estar allí quieto, ni á echar á correr, ni á nada... Hasta que le vi salir á su merced de un confesonario, y me animé un poco. Entonces ya no me quise marchar, porque dije: Pues lo que sea del señor cura, será de mí... Y lo he visto todo...

—Bueno, pues calla, ¿eh? No digas de esto una palabra á nadie.

—No señor, no: descuide su merced que no diré nada... Pero ¿quién era esa señora que enterraron?

(1) Poético nombre con que son designadas en la Montaña de León tres estrellas de la constelación de Orión, que están en línea recta y equidistantes, por cuya situación en el cielo, teniendo en cuenta la época del año, conocen los pastores aproximadamente la hora.

—¿Qué te importa á tí saber quién era, si no la conoces?... Una señora de lejas tierras.

—Y ¿por qué la enterraron?

—No te lo puedo decir, Manuel. Vaya, buenas noches—dijo el señor cura cortando la conversación para meterse en su casa, —y cuidado que no digas nada á nadie.

—No, no: descuide su merced,—dijo Manolín, sin duda con la mejor intención de cumplirlo.

Mas á la tarde siguiente ya llegó á oídos del señor cura, después de haber dado vuelta por todo el lugar, la noticia de que la noche antes habían llegado unos caballeros, habían abierto la iglesia y habían enterrado viva á una señora.

El señor cura se sonrió al oírlo sin tratar de negarlo. ¿Cómo lo había de negar, si aseguraba Manolín que lo había visto él con sus propios ojos?

Con los mismos con que vió luego al dar el sol bajar por el Castriello, montada en la mula del señor cura y con el motril por paje, una mujer vestida al estilo del país, con basquiña de estameña negra, jubón de lo mismo y dengue de pana, arrebujándose el cuello y la cabeza con un regociño de paño de Prádanos; pero aquella mujer no le llamó la atención á Manolín, porque creyó que era el ama del señor cura que iría al mercado de Almanza.

Si la hubiera seguido, hubiera visto que no iba á Almanza, sino que, al llegar al Puente Almuey, torcía á la derecha, y dirigiéndose á Cerezal, Santa Olaja, Corcos, Llamas, Sabechores, y pasando el Esla por el puente de la Magdalena, del que hoy no quedan más que los esqueletos de algunos pilares, entraba al oscurecer en el *Compás* (1) del monasterio de Santa María de Gradefes.

(1) Patio del monasterio, así llamado por su forma.

III

Ocho meses después recibía el señor cura de Prioro la siguiente carta, que el que le sucedió en la parroquia halló entre sus papeles:

+

«Del monasterio de San Benito de Sahagún á 20 de Setiembre del año de gracia de 1725.

Al Sr. D. Miguel de Neira

Muy estimado señor y padre en Jesucristo: Debo á vuesa merced, después de Dios, la felicidad de que ya gozo en esta vida y la que espero alcanzar en la otra. Vuesa merced ha sido, como instrumento de la divina misericordia, quien me ha li-

brado de un infierno que ya en vida tenía dentro de mí, y del otro más cruel que me esperaba. Desde el día siguiente de haber dado á mi mayordomo Rodrigo, en un arrebato de furor, el criminal encargo que vuesa merced supo é impidió ejecutar, comencé á sentir un insufrible desasosiego y una tristeza que del todo me oscurecía la razón y oprimía el alma. Veía de continuo á mi mujer de rodillas delante de mí pidiéndome perdón de una falta que no era falta; veía con toda claridad, libre ya de la venda que me pusiera el enojo, su inocencia; veía la crueldad con que la rechacé y la mandé dar muerte, y se apoderaba de mí tal y tan desesperado remordimiento, que no se puede expresar con palabras. Halagué alguna vez la esperanza de que, pasando los días, iríanse aquella terrible representación borrando y el escozor de la conciencia amortiguando; pero bien pronto hube de conocer que sucedía lo contrario precisamente, pues, cuantos más días pasaban, más clara se me presentaba la terrible visión y más daño me hacía el mordedor gusano. Sin poder comer, ni dormir, ni parar un momento en ningún sitio, cuando empezaba á pensar en ahorcarme, porque no podía soportar aquella vida, Rodrigo, á quien ni me había ocurrido preguntar una palabra acerca de la inicua comisión que le diera,

porque sabía que era quién para cumplirla (como la hubiera cumplido á no haberlo estorbado vuesa merced), conociendo sin duda por las muestras exteriores algo de mi lastimoso estado, me preguntó:

—Señor, ¿qué tiene vuecelencia?

—¿Que qué tengo?—le respondí.—¿Y tú me lo preguntas?... ¡Tú, cómplice de mi bárbara crueldad y ejecutor de mi injusticia! ¿Qué tengo de tener?... ¡Mírala!... Mírala ahí de rodillas...

—¡Señor! serenaos,—me dijo Rodrigo al ver mi exaltación.

—Que me serene—le repliqué.—¡Ah! es imposible... ¿Tú no la ves?... ¡Mírala! ¡Mírala!...

—Y si la señora Condesa no hubiera muerto,—se aventuró á decirme temblando...

—¡Oh! ¿qué dices?—le pregunté devorándole con los ojos y saltando sobre él y abrazándole con tanta fuerza que hube de ahogarle.—Habla, habla por Dios; pero no me engañes...

—La señora Condesa vive—respondió;—y desenvolviéndose de entre mis brazos como pudo, me contó la extraña aventura de su viaje, el encuentro con vuesa merced y todo lo demás acaecido, hasta decirme que mi mujer debía de estar seguramente en el monasterio de Gradefes sana y salva.

Al principio sospeché que todo era una leyenda discurrida por él para consolarme; pero me dió tanta seguridad y tales pormenores me contó, que no pude menos de darle crédito, y deseando convencerme por mis ojos, me encaminé á Gradefes apenas amaneció otro día.

Allí estaba efectivamente la Condesa, y renunció á contar á vuesamerced la entrevista, pues mejor que contársela yo, podrá vuesamerced figurársela. Pedíla mil veces perdón, que ella me aseguró con lágrimas haberme otorgado ya de lo íntimo de su alma desde el primer momento. Propúselas que se volviera conmigo á la casería ó al palacio de las orillas del Arlanza, pues ya le había recobrado como todos mis bienes, por bondad del Rey, y me suplicó que la dejara en aquel santo retiro, al que iba ya cogiendo afición, y en el cual esperaba labrar su felicidad eterna. Aseguróme que por obediencia saldría si yo pusiera en ello empeño y terminantemente se lo mandara; pero que prefería quedarse, insinuándome al mismo tiempo la idea de que yo mismo podía tomar una resolución parecida encerrándome en otro monasterio para mejor santificar mi alma, supuesto que Dios Nuestro Señor, en doce años de matrimonio, no se había servido concedernos sucesión, y, por lo tanto, no teníamos ninguna

obligación que nos retuviera en el mundo.

—Bien mirado—dije para mí,—no la falta razón. Y aquí me tiene vuesamerced que, después de haber hecho testamento de cuanto tenía en Palenzuela y en la Gueza, la mitad en favor de los pobres de ambas comarcas y la otra mitad en favor de este santo Monasterio, me he encerrado en él para pedir á Dios perdón de mis culpas y tratar de servirle hasta la muerte.

Ayúdeme vuesamerced con sus oraciones á seguir sin desfallecimientos el camino emprendido, ya que ha sido en realidad quien me ha puesto en él, y téngame siempre por su amigo y servidor q. l. b. l. m.

FRAY FERNANDO DE VALORIA.

EN EL SIGLO, EL CONDE DE PALENZUELA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

V

CONCLUSIÓN

Habrían pasado como dos años cuando una tarde, á puestas del sol, llegaba á Gradedes un sacerdote montado en corpulenta mula y precedido de ágil espolista con la chaqueta al hombro.

Al salir del puente de la Magdalena, bajaron por la orilla izquierda del río, bordeando un buen rato la alta cerca de antigua mampostería de morrillo con elevados contrafuertes cónicos que cierra y ennoblece á la vez, dándola aspecto señorial, la extensa huerta del Monasterio, llamada por las monjas *el Retiro*; y después de pasar el desagüe de la presa que riega dicha huerta y mueve un molino, entraron en la villa y se dirigieron á una posada, donde

se quedó el espolista con la mula, encaminándose hacia el convento el sacerdote.

Era éste el párroco de Prioro, que teniendo que hacer un viaje á León y habiendo de pasar por Gradefes, desde su casa traía el propósito de detenerse allí para hacer á la Condesa una visita.

En cuanto dijo á la demandadera su nombre y su deseo, y la demandadera los transmitió á las monjas, acudieron todas al amplio locutorio á saludar á aquél á quien la Condesa solía llamar su salvador, y á quien todas, sin conocerle, profesaban estimación sincera.

Preparóse inmediatamente para obsequiar al señor cura y solemnizar el acontecimiento ún refresco sencillo, comenzando con el dulce casero de cerezas, después del cual vino el espeso chocolate con blanquísimo bollo amasado con leche de Garfín, y, por último, varias frutas al natural, entre ellas la delicada frambuesa recién cogida en *el Retiro*, donde se desarrollaba la planta casi espontáneamente, poblando toda la orilla interior de la cerca...

Para quien haya visitado monjas, no es menester decir que hubo larga y animada conversación, y que fué para ellas aún más sabrosa que el refresco la plática, y que especialmente el señor cura tuvo que hablar mucho, contando y volviendo á contar lo

principal del suceso y todos los detalles más de media docena de veces.

—Dios se lo pague á vuesa merced—le decía la Condesa después que las demás señoras hubieron satisfecho su curiosidad de preguntar.—Dios le pague el haberme salvado la vida... Y eso que desde aquella noche casi no la he vuelto á tomar el gusto. Siempre me parece que estoy oyendo los golpes del azadón que me cavaba la sepultura...

—No sé cómo fué—decía con sencilla modestia el señor cura,—ni cómo pude discurrir nada porque estaba muy aturdido. Aun la señora Condesa—añadía dirigiéndose á las otras monjas,—aun la señora Condesa, con ser la amenazada, mostraba mayor serenidad que yo y más presencia de ánimo; de suerte que no sé cómo se me pudo ocurrir nada de provecho.

—La Virgen de las Conjas, á quien muy de veras me había encomendado poco antes, al pasar por su ermita—repuso la Condesa,—fué, sin duda, quien inspiró á vuesa merced la ingeniosa traza.

—Ella sería—dijo el señor cura,—porque lo que es yo no sabía por dónde andaba... La tranquila ferocidad de aquel Rodrigo me desconcertaba de una manera...

—Pues he tenido de él muy buenas noticias—dijo la Condesa.—Se ha casado con

una de mis doncellas, y vive en Villada muy cristianamente... Otro favor que la pedí á la Virgen.

La plática se prolongó hasta que fué faltando la luz natural y no hubo más remedio que suspenderla. Pues aunque la regla de aquel monasterio de la orden de San Bernardo, lo mismo que el de las Huelgas de Burgos, no es demasiado estricta, con todo, no era costumbre tener de noche el locutorio abierto.

Así es que, á los últimos resplandores del día, se despidió el señor cura de la Condesa y de las demás monjas y salió del convento bajo una verdadera lluvia de bendiciones y de buenos deseos de que tuviera muy feliz viaje.

Como la historia de la Condesa se había ido ya divulgando por el contorno, Manolín, pues no era otro el espolista del señor cura, tuvo ocasión de hablar algo del asunto con la demandadera de las monjas cuando fué al oscurecer á esperar á su amo á la puerta del convento.

Por eso á la mañana siguiente, al subir la cuesta de Casasola, iba el pobre devanándose los sesos por descifrar el enigma y moliendo al señor cura con preguntas,

dando lugar á un extenso diálogo que, ya cerca del alto, terminó en esta forma:

—¿Dice su merced que aquella señora que estaba allá en la iglesia aquella noche era la Condesa de Palenzuela?

—Sí, hombre, sí; lo digo.

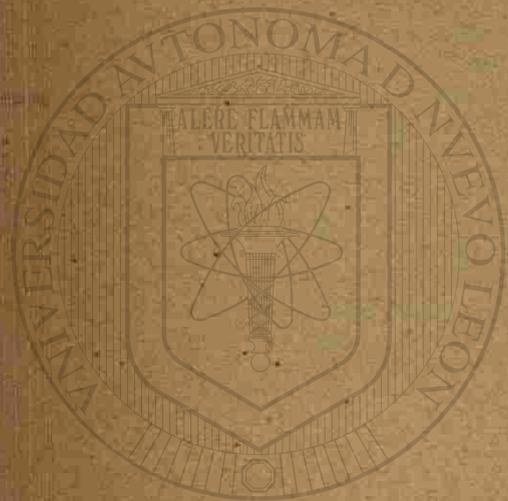
—¿Y dice su merced también que la Condesa de Palenzuela vive ahí en el convento de Gradefes?

—También digo eso.

—Pero entonces, ¿quién fué la que yo con mis propios ojos vi enterrar en medio de la iglesia?

—Nadie. Tú viste enterrar los vestidos de la Condesa rellenos de tascos.

FIN



INCONSECUENCIA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

INCONSECUENCIA

I

Mucho antes de saber lo que era casarse, y aun antes de hablar claro del todo, ya decía yo que me había de casar con mi prima Rosa.

—¿Con quién te has de casar, Juanín?— me preguntaba casi todos los días la tía Feliciano, la mujer del vaquero, sabedora de mis aficiones.

—Ton Dosina, —la respondía yo invariablemente.

Tras de lo cual, aquella pobre mujer, que era nuestra vecina más próxima, me daba tres ó cuatro besos y otras tantas manzanas del monte, y yo me marchaba muy contento á enredar con los otros niños, para volver al día siguiente á oír la misma pregunta y á recibir los mismos besos y las mismas

manzanas... digo, las mismas no, pero otras iguales, en pago de la misma respuesta.

Ya he dicho que yo no sabía lo que era casarse; pero veía que los que estaban casados, como mi padre y mi madre, sin ir más lejos, vivían en la misma casa, comían juntos, iban juntos á misa y al rosario...; y como á mí me gustaba tanto ir con Rosina á todas partes y comer con ella en su casa ó que ella comiera conmigo en la mía, y como siempre me costaba un lloro salir de casa de mi tía Inés, la madre de Rosina, cuando la criada de mi casa iba al oscurecer á buscarme, y otro lloro ver marchar á Rosina cuando la criada de mi tía iba á mi casa á buscarla á ella, discurría yo que lo mejor sería casarnos para no tener que separarnos nunca.

Rosa tenía dos años más que yo; de modo que, teniendo yo de cinco á seis cuando sucedía lo que voy contando, ella tenía de siete á ocho, y era una niña despabilada y algo más seria de lo que pedía su edad, sin dejar por eso de ser afable y cariñosa.

En nuestros entretenimientos infantiles, en vez de imponerme su gusto y hacerse obedecer prevalida de su superioridad moral y física, acataba de ordinario sin réplica mis disposiciones; y si alguna vez las ponía reparos, como yo insistiera, también

transigía casi siempre con mi voluntad imperiosa y voluble.

Cambiarme sus juguetes por los míos cuando á mí me gustaban más los suyos, sin perjuicio de descambiarlos cuando ya me gustaban menos; dejar á lo mejor el juego comenzado para empezar otro, porque á mí se me antojaba; desvestir una moña y tener el trabajo de volver á vestirla, porque yo me empeñaba en saber lo que tenía dentro, eran cosas que hacía mi prima con harta frecuencia sin manifestar el menor disgusto.

No era esto en ella docilidad natural ni blandura de carácter, sino reflexión y talento, advertencia clara de que yo, como más niño, era menos capaz de atender á razones. Pero, de todos modos, yo la agradecía aquella amabilidad y se la pagaba con un cariño entrañable, que siempre fué creciendo.

La quería mucho. Todo lo bueno lo codiciaba yo para Rosa, y sentía en el alma, como si fueran mías, sus contrariedades y mortificaciones. En cuanto su madre la reprendía delante de mí con algo de severidad, porque se la olvidaba hacer un menzugo en la media, ó porque dejaba caer muchas veces el huso, ya se me estaban á mí saltando las lágrimas.

Cuando, algo mayores, jugábamos en

las eras con los otros rapaces al *Gaviluche*, ó á *Cocer madejas*, ó á *Mariquita-baila*, ó á *Las cuatro esquinas*, ó á *Cierros*, ó al *Picalbo*, me entristecía que perdiera Rosa, y no podía sufrir que la durara un oficio penoso ó desairado. Si jugando á *Las cuatro esquinas* la tocaba estar en medio y no cógia sitio á las dos ó tres primeras mudanzas, abandonaba yo el mío, tratando de mudarme fuera de sazón, para que le ocupara ella y no fuera objeto de la risa del corro. Si jugando á *Cierros* ó á la *Gallina ciega*, que viene á ser lo mismo, la tocaba venderse, por no verla yo andar á tientas y llevar palmadas en las espaldas, me ponía delante de ella como al descuido, pero en realidad adrede, para dejarme coger y ocupar su puesto.

Algunas veces lo conocían los otros, y me decían:

—Te cogió porque tú quisiste.

—¡Sí, lo que es eso! ¡Porque yo quise! ¡Buena verdad!—contestaba yo disculpándome como podía.—Me cogió porque me descuidé, y cuando quise escapar, ya estaba preso.

Me acuerdo que una vez, jugando al *Picalbo*, pequeño trípode rústico que varios jugadores proctran afanosos derribar tirándole palos desde lejos, y otro, el *picalbero*, procura mantener en pie, y cuando

coge ó *cepa* dentro de su terreno á alguno de los tiradores que van á recobrar sus palos para tirar de nuevo, le traspasa el oficio, yéndose él á tirar con los otros; jugando una vez al *Picalbo*, y siendo Rosa la encargada de pinarle, detuve maliciosamente en el terreno coto á una rapazona de las mayores para que Rosa la pudiera cepar, con lo cual aquella grandullona se enojó y no quiso seguir jugando.

—¡No vale, no vale!—decía muy irritada;—que me cepó porque me detuvo Juan, que si no, no me cepaba... y no quiero jugar para eso.

—Anda, niña, coge el cepo; ¿qué más te da?—la decían las otras.

—No quiero, hijas, no quiero ni me da la gana,—contestaba ella;—para andar en trampas no quiero... Porque Juan y Rosa se ayudan... Como son novios...

Rosa se puso al oír esto muy encarnada, y yo me debí de poner mucho más, porque me acuerdo que me entró un calor por las orejas...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

II

Un año, cuando ya tenía yo nueve lo menos, el último domingo de Abril, me dijo Silvano al salir de misa:

—¿Quieres venir á nidos al soto?

—No sé si me dejará mi madre, —le contesté.

—No se lo digas. De camino cogeremos violetas...

—Sí, hombre; decir, sí se lo tengo que decir. ¿No ves que si no después lo tengo que confesar y es peor?...

—Bueno, pues díselo, corre.

Pedí licencia y afortunadamente la obtuve bastante amplia, sin más cortapisas que la de volver á tiempo á comer y la de no arrimarnos á la orilla del río, que venía crecido porque se estaba deshaciendo la nieve en los puertos.

Echamos á andar á la Cañada abajo, y no habríamos andado trescientos pasos cuando nos alcanzaron otros dos rapaces,

Simón y Faustino. Por señas que este último llevaba unos zapatos nuevos, y corría levantando mucho los pies para enseñarlos.

—¿Vais á nidos?—nos preguntaron.

—Sí,—les contestó mi compañero.

—Pues nosotros también.

—¿Sabéis ya alguno?

—No, no hemos venido ningún día hasta ahora.

Antes de llegar al soto nos entretuvimos efectivamente cogiendo violetas bajo los espinos de la cerradura de las *Entimas*. Al principio no me atrevía yo á meterme por entre la sebe, porque tenía miedo á las culebras; pero luego, al ver cómo se metían los otros sin cuidado alguno, y eso que Silvano y Simón iban descalzos de pie y pierna, me fui determinando y cogí violetas como ellos, hasta reunir una buena manada, que até con una monda de salguera gatuña, con ánimo de regalárselas á mi prima.

—Estas se las podemos llevar al señor boticario—dijo Simón,—que las compra para hacer cocimientos.

—Yo no—dijo Faustino;—yo las mías se las llevo á mi madre que las echa al sol, y, después que se desmostean, las guarda en un bote de hojalata para cuando alguno está constipado.

Yo callé; mas para mis adentros reiteré

el propósito de dárselas á Rosa en cuanto volviéramos.

Entramos en el soto, y Silvano, que era el mayor y el más inteligente en buscar nidos, iba dando varadas en las salgueras y en los andrinales, encargándonos al mismo tiempo:

—Si veis salir alguna pájara según yo vareo, avisadme, porque entonces es cuando hay que mirar bien por abajo á ver si encontramos el nido.

Corrimos por caminos y veredas; cruzamos espinadales y brosquiles, todo inútilmente, y llegamos á una campera grande que se llama el *Arca del Soto*, sin duda por haber habido allí antiguamente algún mojón divisorio de términos.

El que más y el que menos desconfiaba ya del éxito de la jornada.

Yo me acerqué á una marnia á cortar unos ramos de nabiello florido con sus hermosas flores azules, cuando oí una voz que me decía:

—No cojas esas flores, rapacín, que son venenosas.

Volví la cabeza hacia donde había sonado la voz, y ví á una mujer forastera que estaba sentada á la sombra de un majuelar mondando mimbres para hacer cestos.

—¿Qué han de ser venenosas!—la dije yo.

—Sí, hijo, sí—insistió la mujer.—Es

muy venenoso ese hierbato... Como que he visto yo morirse las cabras por comer una sola hoja. ¿No has oído decir: «Tú que coges el berro, guárdate del nabiello?» Pues eso es nabiello (1); y si andas con las flores y las estrujas y después llevas los dedos á la boca, te mueres. Con que así...

Yo me quedé parado, agradeciendo interiormente á la pobre mujer su advertencia, mientras que el mayor de mis compañeros, encarándose con ella, la dijo:

—¿Y para qué viene usted por mimbres al nuestro soto?...

—¡Ay, hijo! porque me hacen falta, y á vosotros para nada os sirven,—le dijo ella.

—Ahora lo que habíamos de hacer—continuó Silvano,—era quitárselas, mondas y todo, y además llevarla la prenda.

—Anda, que bien te ha de gustar después tener un buen cesto para coger arándanos, y luego bellotas...

—También se le cobrará usted á mi madre bien caro.

—Eso sí, hijo, sí; todo lo que pueda...

—¡Chachos! ¡Chachos!—gritó muy apurado Simón, que no había tomado parte en el espelique con la cestera.—Venid acá, que de entre este barrosinal salió ahora mismo una pajarina de *siete colores*.

(1) Acónito, *aconitum napellus*...

Todos acudimos á la voz de Simón, poniéndonos á registrar con cuidado, no solamente el espino que él señalaba, sino también las salgueras y cerezuelas más próximas, y á los dos minutos exclamé yo, más alborozado que el que dió el grito de ¡Tierral desde la carabela Pinta:—¡Miradle!—señalando con el dedo hacia donde acababa de ver el nido.

En seguida fui á echarle el guante; pero me detuve, porque dijo Silvano que si le tocábamos le aborrecía la pájara, y nos hubimos de contentar con ir asomando unos tras de otros la cabeza por entre las ramas para ver lo que contenía, no sin sacar en las orejas algún rasguño.

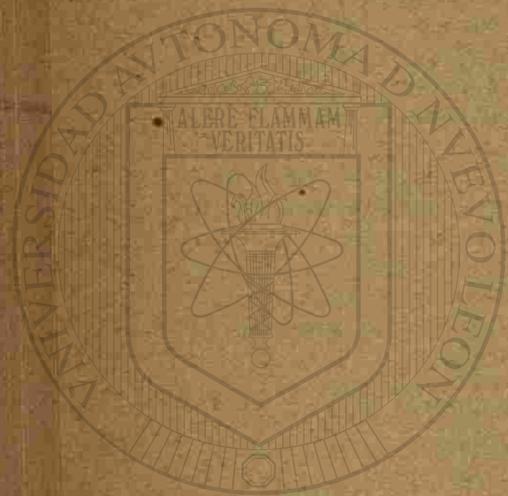
El nido tenía cuatro huevos.

Para calcular lo que tardaría en tener pájaros, era necesario saber si la pájara estaba ya apollando ó estaba poniendo todavía.

—Vamos á escondernos y acecharla un poco—dijo Silvano,—porque, si está apollando, vuelve al instante.

Nos escondimos efectivamente, y al poco rato vimos á la pájara que, dando saltitos y vuelos cortos, como para cerciorarse de si había desaparecido el peligro, acabó por meterse en el nido confiada y tranquila.

—Está apollando—dijo Silvano con tono de gran seguridad:—puede ser que de hoy en ocho días ya tenga pájaros.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

III

Con tan dulce y halagüeña esperanza emprendimos la vuelta.

Llegamos á la villa antes de mediodía, y después de comprometernos formalmente y obligarnos poco menos que con juramento á no decir á nadie lo del nido, no fuera que algún otro rapaz llegara á saberlo y nos le cogiera, nos despedimos para irnos cada uno á nuestra casa.

Yo, sin embargo, no fui á la mía, sino á la de mi tía Inés, á llevar á Rosa el ramo de violetas y á decirla al oído, encargándola mucho, eso sí, que no se lo dijera á nadie, cómo habíamos visto en el soto un nido de *siete colores* con cuatro huevines.

Rosa preguntó en seguida á su madre cómo eran los pájaros de *siete colores*, y ella la dijo que eran unos pájaros muy hermosos que cantaban muy bien, y que en otras partes les llamaban jilgueros. La vol-

ví yo á hablar al oído diciéndola que así era la pájara que habíamos visto salir del nido y volver á entrar, muy hermosa, y que cuando el nido tuviera pájaros se los traería para ella.

Preguntó ella entonces á su madre cuántos días tardaban en salir los pájaros de los huevos, y no recuerdo los que la dijo... Lo que recuerdo es que, á pesar de la reserva que quería guardar, y á pesar del cuidado que tuve de dar á Rosa la noticia en voz baja, con la falta de disimulo de ella al hacer las preguntas, todos se enteraron de que yo había visto en el soto un nido de jilgueros.

Aquella semana se me hizo un año. El lunes y el martes y todos los demás días hasta el sábado inclusive, mis compañeros de descubrimiento y yo cambiábamos en la escuela á cada instante miradas de inteligencia que querían decir:—«¡Aquél bien nuestro es!» (refiriéndonos al nido). «¡Y qué ajenos están de ello estos infelices!» (pensando en los otros muchachos). Tan pronto como salimos de misa el domingo, y Dios nos perdone el haberla oído con poca devoción, echamos á andar los cuatro asociados para el soto.

En el camino se nos quisieron agregar otros dos rapaces, y ¡qué apuros para ver de deshacernos de ellos!... Viendo que no daba

resultado ninguna de las estratagemas que sucesivamente se nos ocurrían para justificar nuestra separación, tuvimos que decir que ya no íbamos al soto, que nos volvíamos para casa, porque Faustino tenía que llevar la comida á sus hermanos, que estaban guardando la vecera de los corderos, y le estaría ya esperando su madre, y Simón se acordaba en aquel momento de que su padre le había mandado volver desde misa derecho á casa... En fin, que todos cuatro teníamos que volvernos... y empezamos á deshacer las pisadas con verdadera angustia.

¿Renunciábamos á enterarnos del estado del nido, á averiguar si tenía ya pájaros ó no, después de haber estado esperando al domingo con tanto afán toda la semana? Esto era atroz... pero era preferible á lo otro: á que los dos advenedizos, que eran Pericuco y su primo el Pavarro, vieran el nido y quisieran tener parte en él, si es que no determinaban quitárnosle á traición, lo cual era peor todavía... No había más remedio que volvernos.

Los dos recién llegados, cuando nos vieron poner en práctica nuestra rara y algo misteriosa resolución, nos dejaron y se fueron hacia el soto. Al verlos alejarse y desaparecer entre las primeras filas de salgueiras, dijo Simón que ya no había motivo

para dejar de ir á ver el nido; que lo que debíamos hacer era entrar en el soto por la orilla de los prados, y luego por un sendero muy escondido que sabía él, podíamos llegar á donde estaba el nido sin encontrarnos con los otros.

Aprobado por unanimidad el proyecto, le pusimos en práctica y le llevamos á cabo con felicidad completa. Llegamos cerca del nido y oímos en seguida débiles chillidos de pájaros pequeños.

—¿No os lo dije yo el otro día?—exclamó Silvano con aire de triunfo.—Ya han salido los pájaros, y chillan porque su madre se habrá marchado al sentirnos.

Nos acercamos unos después de otros como el primer día á ver el nido, y vimos que tenía cuatro pajarines en carnes. Después nos escondimos á ver si volvía la pájara, que en efecto volvió al poco rato, trayendo un gusano en el pico y una moruca entre las uñas. Cuando la sintieron sus hijos comenzaron á chillar, no ya como antes, sino desafortadamente, sacando las cabezas por cima del nido y abriendo unas bocas descomunales para que la madre les dejara caer en ellas el cebo.

—¿Los podremos coger el domingo que viene?—pregunté yo.

—No, todavía no—me contestó Silvano:—de hoy en ocho días todavía estarán

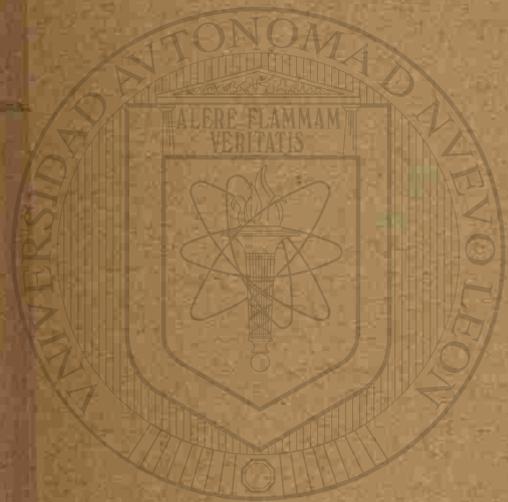
en cañones: el otro domingo de más allá será cuando estarán del todo emplumecidos.

Pasaron las dos semanas, porque todo pasa en el mundo. Simón y yo hicimos con mucha reserva otra visita al nido el domingo intermedio, y vimos que los pájaros estaban ya á medio emplumecer, entrándonos un poco de temor de que volaran antes del domingo siguiente; pero Silvano, á quien manifestamos este temor al darle noticia de la visita, nos tranquilizó diciéndonos que no volaban tan pronto y que no tuviéramos cuidado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"®

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

IV

Mas también los inteligentes se equivocan.

Lo digo porque cuando llegamos el tercer domingo de Mayo al Arca del Soto, los pájaros, aunque no habían volado todavía, estaban ya en disposición de volar, y volaron en cuaitto Faustino, que iba el delantero, echó mano al nido para sacarle de entre las ramas.

No pudieron sostener el vuelo, es verdad, y bien pronto se dejaron caer: les faltaban ensayos y fuerzas; mas para el caso era lo mismo, porque se escondieron entre unos espinos, ¿y quién los veía, ni quién los sacaba?...

Por fortuna, mientras lamentábamos consternados el triste suceso, llegó la pajarita, y, alarmada al encontrarse sin nido, comenzó á dar gritos de dolor y á piar reclamando á sus hijuelos.

Conocieron ellos la voz de su madre y empezaron á salir de sus escondites; pero salían de uno para entrar en otro, y sin dejarse ver apenas, se iban corriendo hacia donde ella, alejándose de nosotros, los llamaba.

Al fin uno de ellos, al salir de entre una escoba, se quedó parado un momento en la campera, como haciendo oído, y Silvano, con gran agilidad, logró ponerle la gorra encima.

—Este ya no se va,—dijo muy contento cuando, habiendo metido con cuidado los dedos por debajo de la gorra, le tuvo cogido por una pata.

Pero en cambio á los otros tres no los volvimos á ver más. Creíamos tener un pájaro cada uno, y no teníamos más que uno entre los cuatro.

¿Para quién iba á ser?

Había que echar suertes.

Simón arrancó una paja, y cortándola con las uñas, hizo de ella cuatro porciones desiguales; se volvió de espaldas para que no viéramos la maniobra, y luego nos presentó una mano cerrada, dejando asomar por entre los dedos pulgar é índice las cuatro pajitas, y nos dijo:

—El que saque la larga le lleva.

Cada uno de los tres fuimos tirando sucesivamente de una paja, dejándole la cuar-

ta para él, y luego... ¡qué emoción al ir á medirlas!...

Resultó la más larga la de Silvano, quien al verlo, y como quiera que ya antes de las suertes se creía con más derecho al pájaro por ser el que le había cogido, dijo muy orgulloso:

—La ley de Dios no quiere trampas.

Yo me puse triste, pensando que había ofrecido los pájaros á Rosa y no la llevaba ni uno siquiera.

—¡Qué guapín es!—dije al despedirnos, atusando al mismo tiempo la cabeza al jilguero, tras del cual se me iban los ojos.

—¿Tienes mucha gana de él?—me dijo Silvano conociéndolo.

—Mucha,—le contesté sin el menor disimulo.

—Pues tómale, hombre: otra cosa me darás tú á mí.

Llegué á casa loco de contento.

Mis hermanas mayores comenzaron á hacer fiestas al pájaro, cosa que no me agradaba del todo, pues temía que, si las gustaba á ellas, iba á encontrar dificultades para dárselo á mi prima.

Pero al cabo, cuando con cierta timidez insinué mi deseo de regalar el jilguero á Rosa, nadie se opuso.

Recordaba haber visto colgada en el desván una jaula de mimbres que había

sido habitada en el anterior verano por un tordo. Tenía la forma de una casita rústica. Las mimbres de las paredes eran blancas y las del techo negras. Adornábanla unos salientes á manera de balcones, utilizables para proveer al morador de comida y bebida, los cuales, así como la puerta y las simuladas ventanas, eran de mimbres encarnadas y verdes.

La descolgué, y metí el jilguero en ella.

—Se te va á escapar—me dijo mi hermana mayor:—como es tan diminuto, se va á salir por entre dos mimbres... ó por la puerta, si se la abres y no andas listo para cerrarla... Yo te le aseguraré, deja.

Y diciendo esto, sacó de su almohadilla de costura una gorgota de seda azul, é hizo en un instante una primorosa cadenilla, que ató por un extremo á una pata del pájaro y por otro á una mimbres de la jaula, añadiendo:

—¿Ves?... Ahora, aunque se llegue á salir, ya no se escapa. Llévasele á Rosina, llévasele.

V

No quise más oír, y aprovechando aquella autorización antes que acaso fuera revocada, me puse en camino con la jaula y el pájaro.

—¡Ay, qué monín!—dijo Rosa en cuanto le vió; y comenzó á acariciarle.

—¿Comerá?—preguntó en seguida.

—Pues claro—la respondí yo, muy satisfecho de que el regalo la hiciera gracia.—¡Si vieras cómo abría la boca el otro día para que la pájara le diera el cebo!

Rosa quiso darle en seguida un poco de bizcocho mojado en agua; pero el pájaro estaba asustado ó malhumorado, y ni á bien ni á mal quiso abrir el pico, ni aun abriéndosele ella quiso engullir el sabroso manjar, sino que, retirándose hacia un rincón de la jaula, encogió el cuello y cerró los ojos.

—¡Pobrecín!—dijo Rosa muy compade-

cida.—Parece que va á hacer testamento...

Quedóse pensativa mirando al pájaro, y un instante después le abrió con resolución la puerta de la jaula, y le espantó para que saliera.

El jilguero quiso volar, pero quedó colgado.

Entonces Rosa echó mano rápidamente á unas tijerillas de costura que llevaba en el bolso del delantal, y le cortó la cadernilla de seda, tras de lo cual pudo volar el pájaro, y fué á posarse en uno de los manzanales del huerto.

—¡Ponta!—la dije yo con extraño acento, mezela de ira, de cariño y de dolor.—¿Para qué le soltaste?

—Pero, hombre, ¿no me le habías traído para mí?

—¡Yo lo creí!—dije.—¡Y bien que me espiné por cogerle!—añadí llorando. ¡Y bien de paseos que he dado al soto!...

—Bueno; pues si me le trajiste para mí, yo más quiero dejarle en libertad que tenerle en la jaula. Con que siendo mío, y estando yo contenta con eso, ¿por qué lloras?...

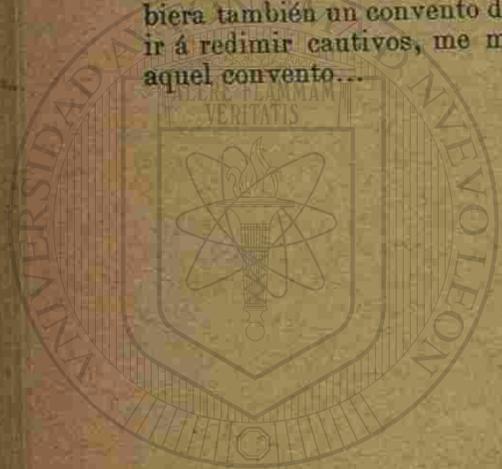
El argumento no tenía vuelta; pero á mí no me dejó satisfecho del todo, y seguí llorando, mientras el jilguero, que continuaba posado en el manzano, comenzó á encogollarse y á piar con dulzura.

—¿Le oyes cómo pía?—me dijo Rosa.—Estará llamando á su madre... ¡És tan hermoso y tan dulce soltar al que está prisionero y dar libertad al que está cautivo!... ¿No te alegraste tú bien aquel día que te encerró tu padre en el cuarto oscuro porque tiraste una piedra á la hija del Cojo y la hiciste un chichón en la frente, no te alegraste bien cuando tu madre, porque yo no la dejaba en paz, te abrió la puerta?

—¡Anda!... ¿Y quieres comparar á un pajarín con una persona?—la dije yo sin dejar de llorar, pero recalcando mucho lo de la *persona*, entre dos sollozos.

—No le comparo—repuso mi prima.—Pero hasta los pájaros sienten estar presos... ¿No se lo conocías á éste? ¿No veías lo triste que estaba en la jaula?... Y si fuera una persona, me alegraría mucho más de darla libertad si en mí estaba el dársela... Mira, este invierno leía yo las vidas de los santos á mamá, y me acuerdo que una noche la leí la de San Pedro Nolasco, que no hacía otra cosa más que redimir cautivos en tierra de moros, y fundó una religión sólo para eso, para redimir cautivos. Y una vez había redimido ya muchos, pero le faltaba uno y no tenía más dinero, y por no dejar allá solo á aquel pobre cautivo, le soltó las cadenas, se las puso á sí mismo el santo, y se quedó por él en la

mazmorra. ¿No te gusta mucho?... ¡Ab! Lo que es yo ¡te digo que me da una envidia!... No se lo que haría por soltar á un cautivo de sus cadenas y darle libertad... Si hubiera también un convento de mujeres para ir á redimir cautivos, me metía monja en aquel convento...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

VI

.....
Han pasado quince años, y se está repitiendo la misma escena, salvo el desenlace.

La jaula de ahora es de la misma forma que la de entonces, sólo que es más grande: es la casa de mi prima.

El prisionero ¡ay de mí!... el prisionero de hoy es también bastante mayor que aquel pajarillo, pero igualmente cándido.

Quien ha variado por completo es la cárcelera, y eso que es personalmente la misma...

La misma, sí; aquella misma Rosa... ¡para que uno se fie!... aquella misma Rosa en otro tiempo tan blanda de corazón que, enternecida y apiadada ponía en libertad al pájaro, es la que hoy tiene preso al hombre.

Aquella misma Rosa á quien parecía tan

dulce y tan hermoso dar libertad á los encarcelados; la que se entusiasmaba hasta lo sublime ante la idea de llegar á redimir un cautivo, tiene hoy en su mano esa facultad y no quiere ejercer de redentora.

Al contrario: se goza en mi cautividad, y me tiene años y años esperando un *sí*, que todos los días parece que va á pronunciar, y que no acaba de pronunciar nunca...

¿Que es voluntario mi cautiverio?... No, no lo creas... —Y al decirme Juan estas palabras, para terminar ya la narración de su infortunio, abría desmesuradamente aquellos ojos habituados á la melancolía:—no, no lo creas, no es voluntario.

Y la prueba es que todos los días salgo de casa de mi prima resuelto á no volver, pero siempre tengo que volver al día siguiente.

Porque Rosa me deja abierta, como al pájaro, la puerta de la jaula, pero no me corta la cadena.

FIN

LA PRUEBA DE INDICIOS

dulce y tan hermoso dar libertad á los encarcelados; la que se entusiasmaba hasta lo sublime ante la idea de llegar á redimir un cautivo, tiene hoy en su mano esa facultad y no quiere ejercer de redentora.

Al contrario: se goza en mi cautividad, y me tiene años y años esperando un *sí*, que todos los días parece que va á pronunciar, y que no acaba de pronunciar nunca...

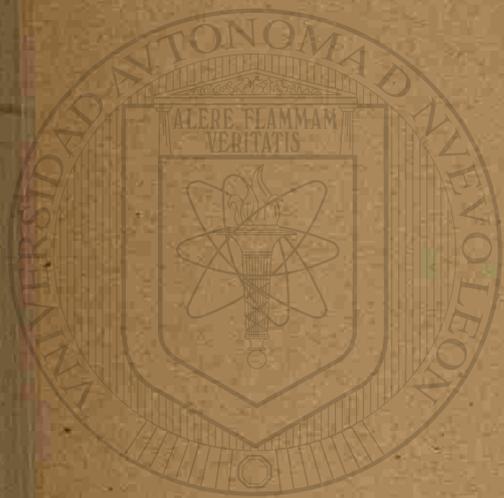
¿Que es voluntario mi cautiverio?... No, no lo creas... —Y al decirme Juan estas palabras, para terminar ya la narración de su infortunio, abría desmesuradamente aquellos ojos habituados á la melancolía:—no, no lo creas, no es voluntario.

Y la prueba es que todos los días salgo de casa de mi prima resuelto á no volver, pero siempre tengo que volver al día siguiente.

Porque Rosa me deja abierta, como al pájaro, la puerta de la jaula, pero no me corta la cadena.

FIN

LA PRUEBA DE INDICIOS



LA PRUEBA DE INDICIOS

I

—Bien me acuerdo de cuando se casó,— decía la otra noche en el Suizo el coronel Robles al ver en *La Correspondencia* una esquela fúnebre que anunciaba el primer aniversario de la muerte del general Moreno.

Por cierto que no opinábamos todos lo mismo acerca de su boda.

Para unos el general hacía lo que se llama un negocio redondo casándose con Magdalena. Para otros hacía lisa y llanamente un disparate.

Yo fui siempre de los de la primera opinión, y recuerdo haber sostenido con otros oficiales largas discusiones sobre el asunto.

Hay que advertir que casi todos conocíamos a Magdalena, porque ¿quién de nosotros no había estado alguna vez en Miranda durante la guerra carlista? Y el que hu-

biera estado en Miranda tenía casi por necesidad que haber parado en la fonda de Aizmendi, de cuyos dueños era Magdalena hija única.

Conociendo, como digo, á la novia, y queriendo al general como le queríamos todos, bien se explica que su proyecto de matrimonio nos interesara en cuanto nos fué conocido, que habláramos de él todos los días y que discutiéramos con verdadero calor sobre sus ventajas y sus inconvenientes.

Por la ocasión solemne en que había yo conocido al general y por la consideración con que me había tratado en circunstancias especiales, creo haber sido uno de los que le profesaban mayor afecto. Había recibido el bautismo de fuego á sus órdenes, formando parte de su brigada en la guerra de Africa, á donde fuí de teniente, recién salido de Segovia. Nadie me había recomendado á él, y sin embargo creo que no hubiera tenido más atenciones con un hijo suyo.

Verdad es que á nadie solía tratar mal, pues á pesar de su carácter algo brusco, y á pesar de haberse elevado desde la clase más humilde, porque había comenzado de quinto, siempre fué atento y considerado con los inferiores. De lo cual no se dan muchos casos.

Valiente... no hay que decir si era valiente... ¡Le habian de haber ustedes visto en la acción de Wad-Ras, que fué la última, el día 23 de Marzo!... Formábamos parte de la reserva: veíamos muy comprometidas en un arroyo cerca del Fondac algunas fuerzas del segundo cuerpo, especialmente un batallón de cazadores, el de Ciudad-Rodrigo, sobre el que venía un verdadero nublado de moros por cada ladera acribillándole á balazos. Podíamos socorrer á aquellos valientes, pero no teníamos orden de avanzar. Estábamos viendo que aquel batallón iba á ser deshecho, como sucedió efectivamente, pues no quedó de él más que un montón de muertos y de heridos alrededor de la bandera, y teníamos que presenciar inmóviles el sangriento espectáculo... Era de ver la impaciencia, la desesperación de aquel hombre... ¡Qué gestos! ¡Qué ademanes instantáneamente reprimidos! ¡Qué mudársele los colores del rostro, pasando en un segundo desde la palidez del dolor al enrojecimiento de la ira...

Y cuando al cabo recibió la orden de entrar en fuego con la brigada, ¡qué satisfacción la suya! ¡Qué miradas tan expresivas las que cambió en el acto con cada uno de nosotros como diciendo: ¡Ahora verán lo que es bueno esos bárbaros!... Me parece que le estoy viendo al dar á sus fuerzas

la orden de avanzar.... Aquello no era hombre, era un león, que nos hizo á todos caer como leones sobre los enemigos y arrollarlos, cobrándoles bien caras las vidas de aquellos cazadores torpemente sacrificados.

Recuerdo que se murmuró entonces mucho del general en jefe, suponiendo que había preparado mal y dirigido peor aquella batalla, porque quería perderla; porque para firmar la paz, que ya tenía tratada, le hacía falta una derrota.

Sucedía entonces lo mismo que ha sucedido recientemente cuando la cuestión de Melilla. El ejército que estaba allá, avezado á vencer y sediento de nuevas glorias, deseaba ir más adelante. El pueblo desde acá abundaba en los mismos deseos del ejército: su antiguo espíritu cristiano, algo adormecido con las nuevas ideas políticas, había despertado vigoroso y fuerte: quería que fuéramos á Tánger y á Fez y hasta al mismo Marruecos, no para volvernos, como nos volvimos, con las manos vacías y con la promesa de unos ochavos, sino para quedarnos con lo conquistado, destruir el imperio y acabar con la dominación musulmana. La guerra *al moro* era popularísima, y, por consiguiente, la paz era lo más impopular del mundo. Nadie podía oír hablar de ella.

La primera vez que, después de la toma de Tetuán, se habló de paz, hubo acá en las principales ciudades manifestaciones en contra, con estandartes en que se leían las aspiraciones de los manifestantes. Una de ellas, por cierto de las más modestas, era la siguiente:

Tomados Tánger,
Fez y Rabaz...
La paz.

Cuando, entabladas ya negociaciones, se supo que los moros se negaban á cedernos á Tetuán y pedían su evacuación inmediata, la opinión popular se pronunció contra la paz con más energía, exigiendo que marcháramos sobre Tánger inmediatamente.

Pero el general O'Donnell quería la paz á todo trance, ya porque se la *recomendaba* Inglaterra, según decían algunos, ya porque él deseaba, según decían otros, volver cuanto antes á Madrid, temiendo que, si no lo hacía pronto, le echara Narváez la zancadilla y le sustituyera en el Gobierno. Por eso decían que al emprender el 23 de Marzo, obligado por la opinión, el movimiento sobre Tánger, lo había hecho en las condiciones más á propósito para ser rechazado, ó por lo menos para sufrir en el avance tan grandes pérdidas, que modificaran

la general opinión y la convencieran de que el ir á Tánger y á Fez y á Marruecos no era tan llano ni tan fácil como se creía.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que, aun después de la costosísima jornada de Wad-Ras, la paz fué muy mal recibida, y fué calificada por la prensa de inoportuna y hasta de deshonrosa.

Y perdónenme ustedes que, por hablar de mi primera campaña, me haya apartado un poco de lo que estaba refiriendo. Pero hasta cierto punto eran necesarios algunos antecedentes sobre mi conocimiento con el general para comprender por qué tomaba yo parte tan activa en la discusión de su boda.

—Hace bien en casarse—recuerdo haberle dicho una tarde aquí arriba en la Peña á mi compañero Rogelio Mora;—yo creo que hace bien y que está muy cuerdo el general en casarse, y le alabo el gusto.

—Pues yo no:—me replicaba el capitán Mora, poco partidario del matrimonio,—yo creo que hace muy mal, que hace un desatino, una verdadera locura.

—Pero ¿por qué? vamos á ver—decía yo.—¿Qué iba á hacer el general así solo, rodando de fonda en fonda toda la vida?

—De una fonda se puede marchar á otra cuando no esté á gusto—decía Mora;—pero de con su mujer, por mal á gusto que

esté, ya no podrá marcharse. Á más de que no está tan solo: ahí tiene á su hermano.

—Sí, es verdad;—decía yo—y además, no poniéndose en condiciones de que el cielo le dé hijos, le dará sobrinos el demonio... ó su cuñada, que viene á ser lo mismo... Porque ¡cuidado que es fea la pobre!

—En cambio,—decía Mora—Magdalena es demasiado guapa.

—En la hermosura,—decía yo—como en el bien, no puede haber demasia.

—Y demasiado joven...

—Tampoco en eso estamos de acuerdo. Debe de tener lo menos veinticinco años... Y luego el general está todavía en buena edad... Hay que contar también con lo formal que es ella.

—Antes de casarse todas parecen muy formales, aunque no lo sean.

—No, no; eso... poco á poco. También las hay que ni lo son ni lo parecen. Pero ésta lo parece y lo es. Y además está acostumbrada á una vida modesta...

—Tanto peor, chico. Por lo mismo que se ha criado con modestia, luego de que se case pedirá gollerías á su marido.

—Ó no se las pedirá, porque te repito que es una muchacha buena y poco dada á frivolidades. Pero, en último caso, que se las pida... ¿Quién mejor que el general para satisfacer antojos caros? Tiene buen

sueldo, y además tiene los dos mil duros de la cruz laureada que le dieron por lo de Treviño... En fin, una friolera.

—Bueno, tú dirás lo que quieras, pero no me convences: sigo creyendo que el general se equivoca, que hace mal en casarse—concluyó Mora levantándose para ir á sentarse en otra mesa á jugar al tresillo; —creo que de todos modos no haría bien, cualquiera que fuese la novia; pero que hace muy mal especialmente en casarse con esa muchacha.

—Pues yo sigo creyendo que hace bien, —le contesté apretándole la mano, —y allá veremos quién acierta...

—Y ¿quién acertó?—preguntamos al coronel todos los contertulios á un tiempo.

—Casi no se sabe...—contestó el coronel atusándose el bigote con los dos primeros dedos de la mano izquierda.

—¡Hombre!—exclamó uno.

—¿Cómo puede ser eso?...—dijo otro.

—¡Malo, malo!—murmuró al mismo tiempo un tercero.

—Eso es que acertó Mora...—afirmó llanamente el de más allá.

—Sea usted franco...—le dijo el que tenía más cerca.

—Yo lo soy siempre—dijo Robles, fijándose en estas últimas palabras de aquel chaparrón de interrupciones;—y en prue-

ba de ello, comenzaré diciendo á ustedes que, tanto el general como su mujer, han sido muy desgraciados...

—¡Ah!

—¿Entonces?...

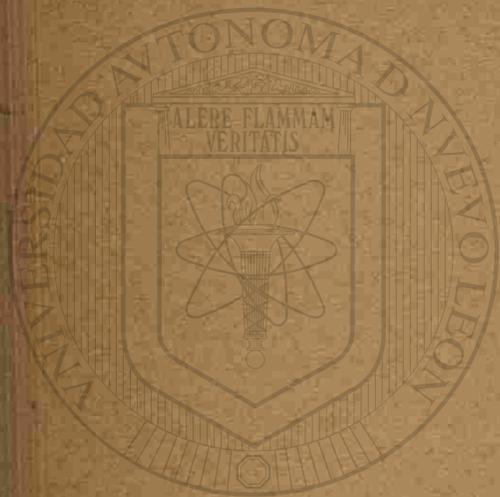
—¿Qué necesidad hay de saber más?

—Es que acertó Mora,—volvieron á decir, unos tras otros, los oyentes.

—Poco á poco, señores—continuó el coronel:—no hay que adelantar el discurso. He dicho y repito que el matrimonio fué desgraciado; pero es posible... es más que posible, es probable... y aun es más que probable, es casi seguro, que Magdalena no tuvo la culpa... Ni el general tampoco, ¿eh? ni el general tampoco. Ha sido una de esas desgracias de la vida de que nadie está libre. Castigos acaso de faltas anteriores; pruebas quizás á que Dios somete la virtud de las almas... Sólo Él conoce sus propios juicios, justísimos é inescrutables.

—Se va usted poniendo serio,—dijo uno de los circunstantes.

—¡Ah!—repuso el coronel,—es que es una historia muy seria y muy triste. Ya verán ustedes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

II

Ante la promesa del coronel, se animó la tertulia. Uno pidió cerveza, otro un cigarro, otro coñac, y todos nos removimos en nuestras sillas respectivas, tratando de achicar el corro y de colocarnos lo más cerca y lo más á gusto posible para escuchar la historia.

El coronel Robles continuó diciendo:

—Magdalena Aizmendi, ó *la señorita de la fonda*, como la llamaban en Miranda, era una mujer encantadora, una rubia delicada, de fisonomía dulce, de cuerpo esbelto, fina y elegante en su apostura, en el andar, en el vestir y en todas sus maneras, con esa elegancia natural emparentada con la sencillez, que tan rara es y tan inverosímil parece en las mujeres de su clase. ®

No se puede decir que fuera una hermosura de esas que resisten al análisis más escrupuloso. Al contrario: si se iban á exa-

minar una por una sus facciones, no todas presentaban irreprochable corrección; mas, á pesar de eso, y no sé si diga que precisamente por eso, Magdalena era intensamente simpática.

Ya saben ustedes que yo he sido muy observador desde joven...

—Especialmente en ese ramo de la estética,—dijo á media voz uno de los oyentes.

—No, y en todos—replicó el coronel.—Pues bueno: yo he observado que las mujeres hermosas, talmente hermosas, son las que despiertan en los hombres menos cariño; he observado que por cada mujer hermosa que logra inspirar amor á un hombre y casarse, hay lo menos cuatro de las de aspecto no más que regular, y dos de las que pican en feas, que consiguen igual resultado ó que alcanzan la misma fortuna.

Sin embargo, es indudable que al corazón le atrae, le seduce la belleza; pero la belleza de las mujeres no consiste sólo en la perfección plástica, sino que entran por mucho en ella la animación, el gesto, la expresión, la vida. Y da la casualidad... ó lo que sea: yo no creo que es casualidad, sino providencia de Dios que reparte sus dones equitativamente... Da la casualidad, decía, siguiendo esa manera común de hablar, que las mujeres, materialmente hermosas, son las que menos abundancia sue-

len poseer de esos otros primores de expresión, gesto, mirada, sonrisa, garbo, etc., cuyo conjunto se llama gracia, y también sal, metafóricamente...

Y perdonen ustedes la digresión. Iba diciendo que Magdalena, sin ser lo que se llama una hermosura, por su elegancia, por su delicadeza y por su talento, era una mujer adorable.

Estaba siempre amable con todos como una fondista; pero formal y digna siempre como una señorita bien educada.

Los que la veíamos todos los días ocupada, si no en los oficios más bajos, por lo menos en quehaceres bastante humildes, como asentar en el libro la entrada y salida de los huéspedes, cobrarles la cuenta, plancharles las camisas, y aun ayudar á las criadas á servir á la mesa cuando había mucha gente, encontrábamos ya todo esto natural y llano, pues la costumbre de verlo hacía que no nos extrañara. Pero el que, sin conocerla, la hubiera encontrado á la puerta de la fonda cualquier mañana cuando volvía de misa con la mantilla puesta con elegancia, el rosario arregucido á la muñeca y el devocionario en la mano, la hubiera tomado por alguna condesa llegada de Madrid en el expreso del día antes.

No necesito decir á ustedes, pues, tratándose de una mujer de tal atractivo, des-

de luego han debido figurárselo, que la mitad lo menos de los oficiales á quienes tocó por aquel tiempo estar algunos días en Miranda y conocer á Magdalena, se entusiasmaron y la hicieron declaraciones.

Pero ella, ó porque ninguno la llenara el ojo, ó acaso más bien porque entendiera que aquellos entusiasmos no habían de durar mucho más de lo que durara el acantonamiento de la división ó de la brigada respectiva, no hizo caso á ninguno.

En lo cual me parece que dió pruebas de talento, porque ya se sabe lo que suelen ser los amores de los oficiales en tiempo de campaña. Así como también las dió más tarde haciendo caso al general, por aquello de que, cuando pasan rábanos... Y eso que todavía los rábanos pasan con más frecuencia que los generales casables.

El general Moreno había estado varias veces en Miranda de pasó, al principio de la guerra, y había salido tan incólume como de las escaramuzas que había tenido con las primeras partidas carlistas en la montaña de Navarra.

Pero en la segunda mitad de la campaña fué destinado á mandar una división de observación en la orilla del Ebro. Los carlistas habían prohibido el servicio de ferrocarril entre Miranda y Logroño, amenazando con hacer fuego sobre los trenes en

las Conchas de Haro. Había que proteger el paso, para lo cual no teníamos por allí más fuerzas que la partida del *Hereje*, y ésta hubiera sido mucho mejor no tenerla, para que no hubiera caído sobre el ejército la responsabilidad de sus *herejías*. Por otra parte se decía también que los carlistas iban á hacer una expedición á Castilla, á ejemplo de la que en la primera guerra inmortalizó á Gómez, añadiase que ya tenían nombrado comandante general, que era Mogrovejo, y que ya estaban designadas las fuerzas, las cuales se reunirían en Alava, en la meseta de Murguía, y saldrían por hacia Salinas de Añana. La división del Ebro debía asimismo tratar de impedir que se realizara esta expedición. Para conseguir los dos fines ó poder atender á los dos servicios, el general creyó que debía situarse en un punto intermedio, y se situó en Miranda. Con este motivo vivió unos cuatro meses en la fonda.

Desde los primeros días comenzó á gustarle Magdalena, y es claro, la chica lo conoció pronto; y... lo que hubiera hecho cualquier otra mujer en su caso, comprendiendo que un pez así no se la volvería á presentar en toda la vida, procuró poner cuanto estaba de su parte para no dejarle escapar sin que tragara el anzuelo; redobló su amabilidad y fué haciéndose querer más

cada día, de manera que el general salió de allí con el corazón muy mal herido.

Poco después, como para que el amor pudiera más fácilmente acabar su obra, fué herido de verdad el general no lejos de Miranda, en el Condado de Treviño, donde una bala carlista, del cuarto batallón de Castilla, le atrevesó el muslo derecho...

Por cierto que aquel día, que era el 7 de Julio del 75, creo que se hubiera concluido la guerra si no es por aquel batallón castellano que, cuando ya los navarros iban en desbandada delante de nuestra caballería, resistió valerosamente, formando grupos, la carga del regimiento del Rey, haciéndole retroceder, desorganizándole y matándonos al capitán del primer escuadrón. Aquella resistencia nos obligó á suspender el impetuoso movimiento de avance, que hubiera sido decisivo, encontrándose los carlistas sin dirección, como se encontraban, porque Pérula, que acababa de ser nombrado general en jefe en sustitución de Mendiry, no conocía las posiciones ni sabía dónde tenía las fuerzas.

El general Moreno, en cuanto le hicieron de prisa y corriendo la primera cura, volvió á montar á caballo como si no le hubiera pasado nada, reorganizó bajo el fuego del enemigo las fuerzas desorganizadas, y continuó mandando nuestra ala izquierda.

Pero ya contra la tarde dió en sentirse muy mal: la pierna se le había engarrotado, tenía dolores muy agudos y bastante fiebre, de modo que no tuvo más remedio que abandonar el campo, y acompañado de uno de sus ayudantes y del médico del Estado Mayor, se vino á Miranda.

Unas tres semanas duró esta vez su estancia en la fonda, pues no necesitó más para restablecerse del todo, porque, según él solía decir, tenía encarnadura de perro. Mas en esta corta temporada fué objeto por parte de Magdalena de tantos cuidados, de tan delicada solicitud y de tan cariñosas atenciones, que mientras la reciente herida del muslo cicatrizaba, la otra, la del corazón, se fué agravando, agravando hasta hacerse incurable. El general salió de Miranda esta vez perdidamente enamorado y resuelto á llevar á las gradas del altar á su linda enfermera tan pronto como terminara la campaña.

La última época de ella le tocó pasarla en Vizcaya, á las órdenes de Quesada, en el Ejército de la Izquierda. Era de creer que con lo accidentado de aquella vida de los últimos meses, con aquel incesante movimiento ondulatorio, que no nos dejaba almorzar ningún día donde habíamos dormido, ni comer donde habíamos almorzado, se le iría pasando la impresión; pero no

sucedió así. Los cuidados de la guerra, entonces más vivos que nunca, no pudieron ahogar el amor que brotaba tardío, pero vigoroso, en aquel pecho inculto.

El día que, tras de mil azares, llegamos á coronar los altos de Urquiola, el día mismo en que se trabó la sangrienta batalla de Elgueta, último y desesperado esfuerzo de los carlistas, digno de mejor suerte, llegaba la noche y el general escribía tranquilamente su cartita á Miranda...

Se acabó aquello mucho más pronto de lo que creíamos, no por un *convenio* general, como la primera vez, sino por contratos parciales de compra-venta, según es sabido, y á los pocos días de la entrada triunfal del Ejército en Madrid, se fué el general á Miranda, trató seriamente el asunto con los padres de la novia, y á la vuelta, anunció á los amigos con toda solemnidad su proyectado casamiento.

Entonces era cuando teníamos ahí arriba aquellas discusiones de que hablé antes, celebrando unos la resolución del general y considerándola otros como una chifladura.

En fin, el hecho es que á los dos meses, en Mayo del 76, se casaba el general Moreno con su Magdalenita, y la instalaba lujosamente en el palacio de la Capitanía general de X..., para donde acababa de

nombrarle el Gobierno al darle el segundo entorchado...

—¡Bueno!—exclamó uno interrumpiendo al coronel.—Nunca mejor que aquí se ha podido decir aquello de

Se casó Pedro Moreno...

¡Bueno!

y quiera Dios que no se pueda añadir aquello otro que sigue:

Mató la mujer de un palo...

¡Malo!

—No, eso no—dijo otro:—no es creíble que el general anduviera á palos con su mujer; pero algo habria. El salto de Magdalenita desde la fonda á la Capitanía general es tan enorme, que no podía menos de desvanecerla.

—La modesta y dulce Magdalenita sacaría las uñas...

—Y empezarían á notarse en seguida las diferencias de edad, de gustos y de costumbres...

—Y acabarían los nuevos consortes por tirarse los platos en el almuerzo.

—O, á lo menos, por no almorzar juntos...

El coronel, que embebido en la narra-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1925 MONTERREY, MEXICO

ción había dejado apagar el cigarro y le estaba encendiendo mientras hacía estos comentarios la tertulia, suspendió de pronto la operación y sacó el cigarro de la boca para decir solemnemente:

—No hubo nada de eso.



III

Cuando el coronel Robles acabó de encender bien su cigarro, continuó diciendo:

—El general y la generala... porque ya hay que llamarla así; el general y la generala comenzaron siendo muy dichosos, disfrutando realmente una felicidad inverosímil en la tierra.

Los primeros cinco años de su matrimonio fueron un verdadero idilio.

El general y su mujer, á pesar de las diferencias de edad, de costumbres, etc., que decía alguno de ustedes hace pocos instantes, como lo decía también alguno de mis compañeros hace muchos años, parecían haber sido criados expresamente por Dios el uno para el otro.

Él estaba encantado de la cariñosa sencillez de su mujer, de lo muy de veras que le quería, sin parajismos ni exageraciones, de la poca importancia que concedía á las

rituarias frivolidades del mundo; y ella se encontraba satisfecha y hasta orgullosa de la sincera estimación, del respetuoso y verdadero amor que la profesaba su marido.

Este puede decirse que era ya otro hombre, pues sin haber perdido nada de su entereza y rectitud en el cumplimiento de los deberes militares, en el trato social se había hecho más comunicativo, más agradable, más corriente.

En ella, los rasgos señoriles que ya de soltera se dibujaban, sin que fuera cosa fácil adivinar de dónde podían venir, destacábanse ahora más claramente, con más vigor, y al mismo tiempo con más tranquilidad, como en quien tiene de ellos pleno dominio, notándose entre su persona y su posición una armonía maravillosa.

—Me parece que idealiza usted un poco esa pintura, —dijo alguno de los que escuchábamos.

—No lo crean ustedes —repuso el coronel. —Ya saben ustedes que he sido aficionado á la fotografía... por cierto que esa afición me ha costado bastante dinero... Pues bien: en este momento estaba ejerciendo de fotógrafo.

—¡Adelante, adelante! —dijimos casi todos á un tiempo.

—Repito á ustedes —continuó Robles, — que eran un matrimonio excelente el gene-

ral y Magdalena; un matrimonio modelo, como acaso no se habrá visto otro, pues el general no veía más que por los ojos de su mujer, y ella no encontraba nada mejor pensado ni más puesto en razón que lo que hacía su marido.

—Vamos, que sabían cubrir las apariencias —tornó á interrumpir el mismo de antes — y presentarse en público decorosamente.

—No, no era apariencia —replicó el coronel: —era realidad, se lo aseguro á ustedes. Cuando no es sincera la amabilidad entre dos personas, se conoce en seguida á poco que se profundice en sus relaciones, y aun sin necesidad de profundizar, con sólo verlas con alguna frecuencia, porque la ficción es un estado violento que no puede sostenerse mucho.

Yo estuve en X... una temporada cuando el general y Magdalena llevaban ya lo menos tres años de casados: los veía á menudo, me convidaron á comer algunos días, y conocí perfectamente qué se querían de verdad, que la armonía entre ellos no era sólo aparente, sino real y verdadera.

Una vez, cuando yo era muchacho, estuve en una boda en un pueblecín de la Montaña, y recuerdo que en el baile que se hizo por la tarde á la puerta de casa de la novia, la mujer que tocaba la paudereta

cantaba cantares alusivos á la festividad, algunos de los cuales se me quedaron muy impresos.

Uno era éste:

«La cruz del matrimonio
Diz que es pesada,
Y por eso se juntan
Dos á llevarla».

Pero poco después, rectificándose á sí misma la tocadora, cantaba este otro:

«La cruz del matrimonio
No pesa mucho,
Y los dos que la llevan
Andan á gusto».

Siempre que veía yo al general y á Magdalena, me acordaba de este cantar, porque se conocía que vivían á gusto efectivamente. En fin, que era un matrimonio de esos que hacen á cualquiera caer en tentación de casarse.

—Pues tú no caíste,—dijo interrumpiendo al coronel un ingeniero de montes, su amigo inseparable, que no había hablado hasta entonces una palabra.

—Hombre... es verdad—dijo el coronel.—Yo no caí... por mi desgracia acaso... Pero eso no tiene que ver. Tú sabes que no

he caído en esa tentación porque lo ves; pero no ves ni sabes el trabajo que me habrá costado resistirla...

Volviendo á nuestra historia, el general y Magdalena habían tenido en el segundo año de su matrimonio una niña; después tuvieron un niño, que se les murió, lo cual puede asegurarse que constituyó la primera pena y aun la única que habían sufrido después de casados. Y cuando iban consolándose con la esperanza de que Dios les concediera otro...

El coronel Robles se detuvo un momento, y del auditorio salieron estas palabras:

—¿Qué sucedió?

—Una cosa—dijo el coronel,—que yo no sé como calificar... Una niñería... una catástrofe...

Una tarde del mes de Junio, á eso de las cinco, estaba Magdalena sentada en el sofá de su cuarto de labor haciendo encaje; su hija Magdalenina, que tendría poco más de cuatro años y era una criatura preciosa, jugaba con los bolinches del aparato haciéndolos chocar unos contra otros. El general, que había venido de la calle poco antes, se había sentado al lado de su mujer y la contaba la manera como acababa de terminar un poco de motín iniciado por la mañana contra el Ayuntamiento por causa de los consumos... Magdalena separó de los bo-

linches la mano de la niña para que no la enredará los hilos, y la niña fué á colocarse entre las rodillas de su padre. El cual, por no interrumpir la relación, en lugar de darle un beso como otras veces, encorvó suavemente la mano izquierda y se la pasó por debajo de la barba.

—¡Ay!... ¿Me haces así?...—dijo la niña sonriéndose con dulzura.—Así la hace también á mamá el ayudante Leiva...

...Por el efecto que les ha producido á ustedes la simple referencia de la revelación de la niña, pueden ustedes calcular el efecto que la revelación original produciría á los interesados.

Una bomba que hubiera estallado en la habitación, no les hubiera aterrado tanto seguramente, ni les hubiera de igual modo cuajado la sangre.

La generala, en el primer momento, no hubiera sentido que se hundiera la casa y la sepultura entre los escombros. En el segundo momento, temió que su marido la estrangulara allí mismo. En el tercer momento, deseó que la pidiera explicaciones...

Pero no sucedió ninguna de estas cosas.

El general se limitó á coger á la niña por la mano y salirse de la habitación y luego de casa, dirigiéndose á la fonda más próxima.

—¡Guarda! ¡escucha!—quiso decir

Magdalena cuando su marido cerró tras de sí la puerta del cuarto; pero la faltó la voz, no acertó á hablar, y se quedó en el sofá como petrificada.

Al cabo de un rato rompió á llorar amargamente.

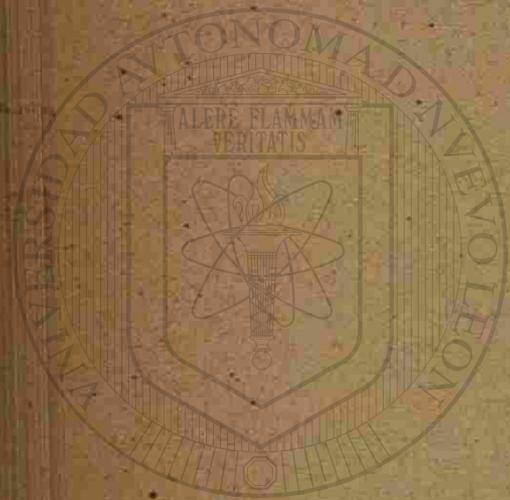
A otro día por la mañana trató de ver á su marido, pero él no quiso recibirla.

Lo que hizo fué salir por la tarde para la corte con su hija, después de haber pedido por telégrafo licencia al Gobierno para entregar el mando al segundo cabo.

Pocos días después metió á la niña en las Ursulinas; y habiéndole el Gobierno relevado del mando á su instancia, concediéndole el cuartel para Madrid, continuó viviendo en una fonda.

—¿Y Magdalena?—preguntó uno.

—Ahora les diré á ustedes—contestó el coronel.—Déjenme ustedes beber un poco de agua.



Aprovechando el intervalo, nos removimos de nuevo en las sillas, tosimos casi todos un poco, y quedamos otra vez dispuestos á escuchar atentamente el relato.

El coronel Robles, después de beber el agua y de enjugarse el bigote con un pañuelo blanco con ancho jaretón de lunares azules, continuó diciendo:

—Magdalena se vino también á Madrid...

—Acompañada del ayudante Leiva, por supuesto, —insinuó maliciosamente un contertulio que había sido promotor fiscal allá de joven.

—Nunca tuvo nada que ver con el ayudante —replicó enérgicamente Robles: —él mismo me lo dijo. Y aun cuando su declaración pudiera parecer dictada por la generosidad y la hidalguía, yo sé que es verdad, porque también ella lo declaró así en esos momentos de la vida en que nadie miente.

Decía á ustedes que Magdalena se vino también á Madrid. Aquí su primer cuidado fué tratar de ver á su marido para sincerarse y volver á su gracia. Mas aunque lo procuró con grande empeño, no pudo conseguirlo nunca. El general se negó constantemente á recibirla.

Le escribió muchas cartas; pero en vano, porque no las leía, ni las abría siquiera las más de las veces. En cuanto sospechaba que eran de su mujer, todas iban á Ardón, como se dice allá por mi tierra de las cosas que se echan al fuego.

Hizo más todavía Magdalena: acudió á varios amigos del general, de los de más confianza, suplicándoles que la obtuvieran de él una entrevista de un cuarto de hora, de cinco minutos.

¡Pobre mujer! Como no se sentía culpada, la repugnaba en gran manera dar estos pasos, mendigando como quien dice lo que era suyo, lo que en buena ley la correspondía por derecho propio. Pero el verdadero amor que profesaba á su marido y el inmenso cariño que tenía á su hija, la hacían saltar por cima de todas las demás consideraciones. Porque «si yo logro—se decía ella,—volver á vivir con mi marido en la dulce paz en que vivíamos hasta hace poco, y poder abrazar á todas horas y comerme á besos á mi hija, ¿qué me importa—

rán luego el trabajo y la desazón que me haya costado conseguirlo?»

Pero todo fué en balde. El general no hizo caso de sus amigos: se cerró á la banda.

—Sus motivos tendría,—dijo el ex-promotor en voz baja.

—Ya saben ustedes el motivo que tenía—dijo el coronel, haciéndose cargo de la insinuación que había dejado escapar el fiscal sin ánimo de que la oyera.—Pero ese motivo no era más que aparente. A más de que, ni aparente ni real, para negarse á oír los descargos de una persona no hay motivo nunca...

Pero aquello fué una cobardía del general...

—¿Cobardía?—objetó uno.

—Sí, señor, y bien grande—replicó Robles,—y bien extraña en un hombre de valor tan probado. Pero también la pagó bien cara. El general estaba enamorado de su mujer. Había podido abandonarla en los momentos de estupefacción, de verdadera inconsciencia que le produjo la revelación de su hija; pero temía que viéndola de nuevo y oyéndola hablar le faltara valor para rechazarla, y sin que le convenciera de su inocencia, porque esto no lo creía él posible, tuviera que transigir con ella en perjuicio de la dignidad de esposo ofendido. Este miedo fué el que mantuvo su resistencia injusta.

Después de fracasados todos aquellos intentos, hubo todavía una ocasión en que Magdalena tuvo esperanza de volver á obtener el cariño de su marido ó de que éste la oyera, pues para ella ambas cosas eran correlativas, y logrado esto último, lo otro había de seguirse como consecuencia necesaria.

Había oído hablar á su marido varias veces de su amistad con un Padre jesuita muy nombrado. «El Padre Manuel Beneítez—recordaba haberle oído decir,—es muy amigo mío, es de mi mismo pueblo y fuimos juntos á la escuela. Cuando yo salí quinto, estudiaba él en el Seminario. Después entró en la Compañía, y ha ocupado ya los más altos puestos; ha sido rector de varias casas y luego Provincial. Ahora está en América... Es un hombre muy despejado y de trato muy corriente»...

Un día leyó Magdalena en un periódico la noticia de que el Reverendo Padre Manuel Beneítez, de la Compañía de Jesús, que acababa de regresar de América, predicaría la novena del Alumbrado en la iglesia del Carmen. En seguida se fué á la residencia de los jesuitas á ver al Padre Beneítez. El cual, en cuanto se enteró del asunto, se puso tan de su parte, la ofreció tan de plano hacer lo posible por sacar de su error al general, ponderándola al mis-

mo tiempo su amistad y su influencia con él, que Magdalena tuvo mucha confianza de ver satisfecho su anhelo.

—Le he hecho muchas recomendaciones—la decía el Padre Beneítez,—y por lo regular siempre me ha atendido. Una sola vez se me ha rebelado, que yo recuerde. Antes de comenzar la última guerra, pero cuando ya se la estaba viendo venir, le aconsejé que abandonara la revolución poniéndose al servicio del Rey legítimo, y no siguió mi consejo. Me dió buenas palabras, me dijo que si llegaba el caso lo pensaría, etc.; pero no se decidió. En todo lo demás me ha complacido, y ahora creo que también me complacerá, siendo mi petición tan justa.

Desgraciadamente no fué así. El general se resistió también al consejo, ó si se quiere, al mandato del Padre Beneítez.

—No me hables de eso, por Dios—le contestó en cuanto empezó á tratar del asunto,—no me hables de eso.

—Pero ¿por qué?—decía el jesuita.—¿Por qué no he de hablarte de eso? ¿Por qué no has de volver á vivir con tu mujer como Dios manda?

—Es imposible—respondió el general.—Después de lo que ha sucedido, no lo graríamos con eso más que hacer creer á todo el mundo que ni ella ni yo teníamos vergüenza.

—¿Pero qué es lo que ha sucedido?... vamos á ver,—insistía el sacerdote.

—No te molestes—replicaba el general.
—Eso sería ya hablar del asunto, y estoy resuelto á no hablar más de ello ni contigo ni con nadie. Háblame de lo que quieras menos de eso. Fídemelo que quieras menos eso. Si insistes, me marcho y te dejo aquí; y si no me das palabra de no volverme á hablar del caso, daré orden de que, aunque vuelvas á verme, no te reciban...

No había remedio.

Magdalena determinó quedarse á vivir en Madrid para poder ver á su hija con alguna frecuencia y porque no renunciaba del todo á la esperanza de hacerse oír de su marido, porque, como suelen decir, la esperanza es lo último que se pierde.

Para apartar de su situación toda apariencia sospechosa, pidió á sus padres que traspasaran la fonda y se vinieran á Madrid. Lo hicieron así y vivió con ellos.

Pero vivió muy poco. La tristeza la fué consumiendo. No comía apenas, y el refrán lo dice: «El que no come tiene pena de la vida». Se fué la anemia apoderando de ella, y tras de la anemia vino á acabar la obra de destrucción la tisis, que la llevó al sepulcro á los cuatro años.

El general estaba en aquellos días en los

baños de Alhama de Aragón y allí supo la noticia.

Cuando volvió á Madrid se encontró en la fonda con una carta de Magdalena, que empezaba de este modo:

«Mi querido Pedro: Próxima á comparecer ante el Tribunal de Dios, por el cual habré pasado ya cuando leas ésta, porque dejo dispuesto que no te la den hasta después que me hayan enterrado»...

—¿Y en esa carta afirmaba ella su fidelidad?—interrumpió el ingeniero de montes.

—Sí—contestó Robles;—y la afirmaba de una manera que no dejaba lugar á duda.

—¿Es decir que la niña había inventado aquello del ayudante?...

—No; y en eso desgraciadamente discurría bien el general: la niña no podía inventarlo.

—Entonces...

—Lo que dijo la niña había sucedido. Magdalena lo declaraba en la carta y lo explicaba...

—¿Tú leíste la carta?

—Sí: me la hizo leer el general el año pasado, pocos días antes de morirse... ¡Pobre general! Lloraba como un niño... Verdad es que á mí mismo se me querían saltar las lágrimas...

La carta era tiernísima... Magdalena afirmaba allí resueltamente su inocencia y

explicaba el suceso... Leiva había venido aquella tarde á la Capitania á la hora ordinaria, buscando al general, y Magdalena, deseosa de saber noticias del motín, había mandado que entrara para preguntarle. De pie estuvo un momento contándole lo que pasaba, y al marcharse hizo aquella tontería, que Magdalena se limitó á rechazar con un gesto de asombro, sin decir una palabra, por creer que la niña no lo había visto y para que no se enterase; pero con el propósito de afearle severamente aquella imprudencia la primera vez que le viera solo. Dos horas después volvía á casa el general, y la niña, que había visto el ademán de Leiva, aunque su madre creía lo contrario, lo revelaba inocentemente...

Hay que tener en cuenta, y esto no lo decía Magdalena en la carta, porque lo sabía el general, que Leiva se había criado en Miranda, donde había sido administrador de rentas estancadas su padre, y, por consiguiente, conocía á Magdalena desde niña; que durante la guerra fué cajero de un regimiento, motivo por el cual hacía frecuentes viajes á Miranda, y parando en la fonda, siguió tratando con mucha confianza á Magdalena; y, por último, que ésta, después de casada, procuraba estar con él aún más amable que antes para que no la creyera enorgullecida con su posición nue-

va. Pero todas estas circunstancias, que sirven para explicar el hecho, contribuían en el ánimo del general á darle más claras apariencias criminales.

La carta concluía lamentando Magdalena la obstinación de su marido en no oír, cuando con cuatro palabras hubiera podido deshacer aquellos visos de infidelidad y hubieran continuado siendo tan felices...

El general Moreno quedó convencido por la carta de que su mujer había sido buena siempre, no pudiendo consolarse nunca de su terquedad de no haber querido escucharla.

—La verdad es—dijo el antiguo promotor fiscal,—que no se puede prescindir de la prueba de indicios; pero hay que utilizarla con mucho pulso.

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECAS

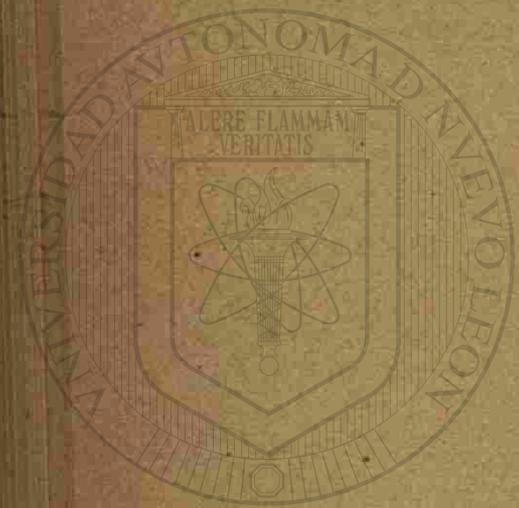


METAMORFOSIS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



METAMORFOSIS

I

El día no había estado del todo malo, y la caza tampoco había pintado de lo peor ciertamente. Se habían matado veintidós piezas menores y un corzo; de manera que, por este lado, teníamos motivos para estar satisfechos.

Pero nos había pasado un percance que, aunque no era del género trágico, de esos que suelen ocurrir con harta frecuencia en las partidas de caza, no dejaba de mermar algo nuestra satisfacción, ni de aguararnos un poco el vino de la alegría.

Por descuido del criador que tenía el encargo de cuidar las provisiones, unos perros de ganado nos habían comido la merienda.

De suerte que cuando ya cerca de la puesta del sol nos reunimos á merendar, no hubo de qué darlas.

¡Y cuidado que por nuestra parte había

las mejores disposiciones del mundo! Como que habíamos almorzado á eso de las once, con pocas ganas todavía, y luego habíamos andado siete ú ocho horas subiendo y bajando vericuetos por lo más cerrado y frágoso de la sierra.

En fin, la cosa no nos hizo maldita la gracia, pero como no tenía remedio, hubimos de resignarnos á emprender así, de vacío y como para desengrasar, la caminata de más de una legua, unos ratos á pie y otros andando, hasta el apeadero de Zarzalejo, donde, Dios mediante, cogieramos el sud-expreso entre nueve y media y diez menos cuarto.

Llegamos á Zarzalejo, ya bien de noche con las tres continuas, como cualquiera puede suponer, pero especialmente con un hambre... ó mejor dicho con cinco, porque cada uno llevábamos la nuestra, y bien pudiera decir que con diez, porque la de cualquiera de nosotros valía por dos cuando menos.

En aquella estación, que casi no lo es, no había medios de matar á quien nos mataba, como suele decirse. ¿Qué iba á haber allí?... Buena voluntad. Eso sí, buena voluntad por parte del jefe, que era persona bien educada, de mucha más discreción que sueldo, y por parte de sus hijas, dos pobres muchachas, de diez y ocho á veinte

años, muy sencillas y amables, las cuales á las preguntas de Manolo Jarandilla, que era el más despacenciado por comer, contestaron que, mientras llegaba el tren, podían freirnos unos huevos, poniendo además á nuestra disposición una libreta de pan y una botella de vino que tenían para cenar su padre y ellas.

No se podía pedir más amabilidad... ni tampoco más comestible, aun cuando para nosotros cinco no era bastante.

Manolo Jarandilla y Joaquín Rojas aceptaron el ofrecimiento, y cenaron en el portalín de aquel casucho, en una mesa que improvisó la solicitud del jefe, poniendo la caja de la recaudación encima de una silla. Los otros tres, como faltaba ya poco más de media hora para la llegada del sud-expreso, nos resolvimos á aguantar un poco más el hambre para comer en el restaurant de á bordo en toda regla.

Llegaron los trenes al cruce á su hora, como sucede algunas veces; montamos en el nuestro, y los tres que no habíamos cenado nos acomodamos en seguida en el restaurant dispuestos á sacar la tripa de mal año.

Joaquín y Manolo dijeron que iban á vernos cenar; pero al fin también tuvieron por conveniente reforzar un poco la cena del apeadero.

De sobremesa, y cuando llegábamos á Villalba, en cuyas cercanías estaba viviendo otro amigo nuestro recién casado, comenzamos á hablar de él diversamente; pues mientras alguien le suponía ya presa de un grande aburrimiento, precursor de alguna estrepitosa desavenencia, no faltó quien envidiara su suerte, suponiendo que estaría muy á gusto, pasando una vida tranquila y poco menos que bienaventurada.

Con este motivo seguimos hablando sobre el matrimonio, que tenia entre nosotros enemigos acérrimos y partidarios decididos...

—No le hagáis caso—dijo al poco rato Luis Carvajal, refiriéndose á Manolo Jarandilla que acababa de soltar una atrocidad contra el matrimonio,—no le hagáis caso; pues aquí donde le veis comparando el casamiento con el suicidio, ha estado ya á dos dedos de casarse.

—Hombre, tan cerca como á dos dedos, no—replicó Jarandilla;—pero confieso que estuve en peligro... Y me horroriza sólo el pensarlo, pues ya lo he dicho y lo sostengo: el que se casa es mucho más desgraciado que el que se suicida... Porque éste se va al infierno de un salto, sin más sufrimiento acá en el mundo, mientras que el otro comienza por tener un infierno acá que le dura diez, veinte, treinta, cuarenta años,

para luego caer probablemente en el otro infierno de allá cuando se muera, puesto que la desesperación, que al cabo se ha de apoderar de él, no puede conducir á otro sitio.

—Bueno: esa es la manía que te ha dado ahora—repuso Carvajal;—mas no decías eso cuando estabas enamorado de la viudita.

—¡Holal!—dijo Pepe Lastra.—¿Con que una viudita?...

—¿Y quién era esa viudita?—añadió Rojas.—Que se cuente, que se cuente eso de la viudita.

—Sí, hombre—dije yo;—cuéntanos esa aventura de la viudita.

—No, fué aventura—dijo Manolo,—ni fué nada, gracias á Dios; pero de haber sido algo, de lo que más camino llevaba era de desventura...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

II

—Es raro que no os acordéis—continuó Jarandilla,—pues no hará más que siete u ocho años, y no se hablaba de otra cosa en Madrid aquel invierno.

En las conversaciones insulsas de los siemesisinos y en las conversaciones picantes de los hombres de cierta edad, era la *viudita* el plato de más gusto. Así como también era la tela en que con más libertad se ejercitaban las tijeras de la murmuración en las conversaciones despiadadas de las señoras que juegan al tresillo en las reuniones, ó forman, sentadas en las orillas del salón, el marco del baile.

Ya se sabía: por lo regular, en el vestíbulo del Teatro Real, al salir; en el pasillo central durante el entreacto; en el Español las noches de moda; en la Comedia las noches de estreno; en Lara los lunes, y cual-

quier otro día de la semana en cualquier otro teatro donde se celebrara función á beneficio de los pobres de tal ó cual parroquia, la verdadera beneficiada era la viudita, alrededor de la cual giraban casi todas las conversaciones.

Se disputaba si era ó no era marquesa de verdad; si era más ó menos guapa de lo que en los primeros días se había dicho; si era más ó menos rica de lo que al principio se había asegurado; si su difunto marido era mejicano, catalán ó francés, y hasta se discutía si...

El ruido estrepitoso del tren, al entrar por el túnel de Torreldones, hizo á Manolo suspender en este punto la narración, pues, como no hubiera hablado á gritos, no era posible oírle con aquellos martillazos infernales.

Salimos del túnel, disminuyó el ruido del tren, continuó éste deslizándose rápidamente por curvas y contracurvas hacia el apartadero de Las Matas, y siguió Jarandilla el interrumpido relato.

—Iba diciendo que hasta se discutía si la viudita era efectivamente viuda ó no lo era. Pero sobre este punto la discusión no se sostuvo mucho tiempo, pues hubo personas que se suponían enteradas, las cuales dijeron saber el nombre y la procedencia del marido, cuándo; cómo y de qué había

muerto, con otros detalles de esos que apenas dejan lugar á duda.

De todos modos, el caso era que la viudita había entrado en Madrid con buen pie, como suele decirse, puesto que llamaba mucho la atención, que es á lo que principalmente aspiran las mujeres en este pícaro mundo.

Por lo que á mí hace relación, la ví por vez primera...

—Cruzando la enramada: es claro—le interrumpió Luis Carvajal;—me lo he figurado en seguida.

—No, pues te has equivocado—replicó tranquilamente Manolo.—Sentada en un diván es como la ví por primera vez en el baile de casa de Villaoliva, donde me la enseñaron ya como una celebridad, no dejando de parecerme extraño que hubiera logrado entrar allí, donde, como sabéis, todavía se hila un poco delgado en materia de relaciones.

Al principio no me pareció una cosa del otro jueves. Guapa, sí, me pareció guapa; mas no hasta el extremo de poder inspirar pasiones violentas ni siquiera de producir grandes entusiasmos.

Quise luego mirarla con detenimiento por ver si descubría en ella lo que tanto entusiasmaba á los demás, y en cuanto notó que yo la estaba mirando, bajó los ojos con

un aire de modestia muy agradable. Torné á mirarla al poco rato, y lo mismo: apenas sus ojos se encontraron con los míos, los bajó como ruborizada.

Seguí mirándola mucho toda la noche, porque me llamaba ya la atención, y francamente, me gustaba aquella modestia; procuraba sorprenderla en los momentos en que estaba más distraída, y siempre lo mismo: á cada encuentro de miradas se repetía aquella bajada de ojos encantadora.

Los amigos que estaban conmigo, los que me la habían enseñado, lo notaron al instante y empezaron ya aquella misma noche con la broma de que la viudita me distinguía, pues no hacía eso más que conmigo.

El caso es que desde aquella noche me empezó á gustar, y en pocos días llegó á interesarme de una manera que no sabía lo que me pasaba...

Ya veis que soy franco...

La solía ver por la tarde en el paseo, por la noche en el Real, por la mañana cuando iba á misa, siempre elegante, siempre de negro, y cuando no, de negro y violeta, y siempre bajando los ojos cuando yo la miraba.

A fuerza de oír decir á mis amigos que me distinguía, que se conocía que era el único que la llenaba el ojo, etc., casi llegué

á creerlo; y en la esperanza de ser bien acogido, traté bien pronto de hacerme presentar á ella.

La cosa no era tan fácil como podía creerse, porque si admiradores tenía muchos, relaciones tenía muy pocas, como que nadie absolutamente la conocía en Madrid dos meses antes.

Al fin, un condiscípulo mío de la Universidad, que se enteró de mis deseos una noche en el teatro de la Comedia, me dijo que él me haría invitar á un baile, á uno de aquellos grandes bailes que daban todos los años antes de Carnaval los marqueses de Casa-Raposo, donde seguramente iría la viudita, y donde otra señora americana, amiga de ella y conocida de un amigo de mi condiscípulo, podría hacer la presentación deseada.

Me pidió, al efecto, una tarjeta que se proponía entregar al apoderado de la casa, algo pariente suyo, el cual la echaría en el cesto del recibimiento entre las que habían ido dejando las visitas; y como indudablemente por aquellas tarjetas se haría la lista para extender las invitaciones, con sólo estar allí mi tarjeta, seguramente resultaría invitado. Me añadió que no debía preocuparme la presentación á los dueños de la casa, porque no hacía falta, pues la mayor parte de los muchachos que iban á aquellos

bailes no conocían á los marqueses ni los habían de visitar en su vida.

Acepté el plan; le dí mi tarjeta, y efectivamente, recibí la invitación para el baile á su debido tiempo.

Figuraos si estaría yo bien loco y bien ciego por aquella mujer, cuando la sola esperanza de poder hablarla me hacía entrar en casa de aquella familia de ladronzuelos...

Porque él, Martín Raposo, ya sabéis todos cómo se enriqueció: robando primero en las aduanas de Cuba, y estafando después en las oficinas del Tesoro á los portadores de letras por un procedimiento muy sencillo. Iba uno á cobrar una letra, y él le decía que no se la podía pagar porque no había dinero ni sabía cuándo lo habría... Lo que sí sabía y cuidaba de advertir al portador de la letra, en su deseo de servirle, era que en una casa de la calle de *tal*, número *tantos*, tomaban aquellas letras, pagándolas á la vista, con un descuento módico. Y es claro: si al portador de la letra le urgía cobrar, pasaba por las horcas caudinas de la usura y se dirigía á la casa de la calle de *tal*, número *tantos*, donde un dependiente de Raposo descontaba la letra, para llevarla al Tesoro y cobrarla íntegra aquel mismo día por la tarde. El descuento módico solía ser del diez, el doce ó el ca-
toíce por ciento, y algunas veces llegaba

hasta el veinticinco. Porque naturalmente, la inseguridad de los pagos en aquel tiempo de guerra, y con especialidad en los días en que la insurrección cantonalista amenazaba con echarlo todo á rodar, exigía que la casa de la calle de *tal*, números *tantos*, cobrara caro el sacrificio de adelantar el dinero... dos ó tres horas.

Pues si era ella, Rafaela Araña, también es sabido que aportó al matrimonio la mitad del enorme capital que dejó su padre, Don Roque Araña, procurador tronado, que se enriqueció comprando *bienes nacionales* al desbarate, en la primera época *desamortizadora*, cuando nadie los quería comprar por temor á las censuras eclesiásticas.

Y todavía, de casados, la de Araña y Raposo cuadruplicaron en pocos años su fortuna prestando dinero al Gobierno en condiciones desvergonzadamente ruinosas para el país...

Después, cuando ya estuvieron en situación de pagar espléndidamente los servicios, obtuvieron un marquesado con grandeza, atributo sin el cual no se quiere morir ninguno de esos piojos resucitados.

Pues, á pesar de tan malos antecedentes, todo lo más granado de Madrid acudió aquella noche á su casa. Desde las instituciones...

—Mira, haz el favor—le dijo Lastra,—

de no hablar de las instituciones, porque si te deslizas un poco, lo cual es muy de presumir, se te va á echar encima en seguida el amigo Rojas, que es tan acérrimo como tú por el lado contrario; y si os enzarzáis en una polémica dinástica, ya no nos acabas de contar la historia.

—Bueno: pues decía—continuó Jarandilla,—que, á pesar de los malísimos antecedentes de los dueños de la casa, se reunió allí todo lo más granado de la corte. Porque hay ahora por desgracia en Madrid una manga tan ancha para estas cosas, que puede decirse que es manga perdida. Las familias de abolengo más ilustre cambian visitas desde luego con cualquier advenedizo que aparezca lujosamente instalado.

Yo no puedo con eso: no puedo transigir con esa decadencia de las buenas costumbres antiguas, y ya comprenderéis que á no haber estado medio loco nunca hubiera puesto los pies en semejante casa.

Afortunadamente, no salí en la lista de los asistentes al baile que publicó á otro día *La Correspondencia*; una lista más larga que la lista grande de la lotería, y encabezada con los nombres del Nuncio de Su Santidad y del Cardenal Arzobispo de Toledo...

Que, por supuesto, no habían asistido al baile; sino que como *La Correspondencia*

ha tenido siempre el don de confundir las cosas, dió como lista de los asistentes al baile la lista de los invitados, la lista de las relaciones de la casa.

Por virtud de ese mismo don que en *La Correspondencia* posee todo el mundo, hasta los cajistas inclusive, apareció allá hacia el final de la lista, en lugar de Jarandilla, *Jamoncillo*, de lo cual excuso decirnos que me alegré mucho.



III

—El baile, eso sí, estuvo brillante; con algunos toques de mal gusto, pero brillante. Desde la puerta de la calle puede decirse que empezaban ya los esplendores del lujo.

El portal y las escaleras había que pasarlos por entre parejas de lacayos y tios-tos de laureles. Gran profusión de flores por todas partes, amén de un ramo colosal, armado sobre hierro, que á última hora se descompuso en tantos preciosos ramilletes como señoras habían acudido á la fiesta, pues cada una se llevó el suyo.

A ocho mil duros se hacía subir el costo de las flores traídas de Valencia.

El suntuoso palacio estaba amueblado con gran riqueza, aunque un poco recargado de cachivaches; cornucopias y cuadros, no todos de valor, cubrían materialmente las paredes, y además, la mayor parte de las habitaciones tenían á los lados, y aun

en el centro, anchas vitrinas llenas de objetos de arte. Tampoco éstos eran todos de verdadero mérito, pues como ni el señor Raposo ni su mujer entendían de arte una palabra, habían ido comprando malo y bueno, todo aquello, por lo que les habían pedido caro; de modo que sin otra norma ni otra base para apreciar el valor de las cosas más que el apetito del vendedor, habían sido víctimas de enormes estafas, con las cuales, sin duda, se habían propuesto los estafadores ganar, además del dinero, los cien años de perdón que asegura el adagio.

Sobre esto se contaban casos muy notables. Decíase que un prendero les había vendido en 500 duros un badil mugriento y roñoso, cansado de rodar por alguna cocina de aldea, asegurándoles que era la espada de Bernardo del Carpio, que se había encontrado el año anterior en los fosos del castillo que le sirvió de prisión en Saldaña...

Decíase también que otro tratante en antigüedades les había vendido en 2.000 duros, después de arrancarle la portada y ahumarle un poco, un libro de piedad con adornos góticos, impreso recientemente en Malinas, haciéndoles creer que era el devocionario de Isabel la Católica...

Y hasta se decía que un chusco les había cobrado 3.000 reales por un hacha célti-

ca... que era una esquirola de berroqueña cogida en un taller de labra de las afueras, y acuriosada en la piedra de un afilador ambulante...

La concurrencia de gente fué tan grande, que en las primeras horas apenas se podía uno mover: sólo el pasar de una habitación á otra costaba un triunfo.

—De modo que tardarías en encontrar á la viudita,—le dijo Luis.

—No podía encontrarla—le contestó Manolo,—porque no había ido. Estaba indispuesta, según noticia de su amiga la americana que había de presentarme.

—Es decir, que el trabajo que te había costado obtener la invitación, y la violencia que habías tenido que hacerte para ir, todo fué perdido,—volvió á decirle Carvajal.

—Sí, es verdad—contestó;—pero pasé la noche bastante bien. Me encontré á poco de llegar con el amigo que me había proporcionado la invitación, y anduvimos por allí curioseando y riéndonos de los atavíos de algunas señoras, especialmente del de la dueña de la casa. Porque la señora de Raposo, née Arana, como suele decir *Asmodeo*, estaba que embestia. Llevaba un vestido de raso verde con guarniciones negras (la divisa de Miura), y lucía, merced al exagerado escote, unas espaldas y unos

brazos negruzcos y peludos, con lo cual y con aquellas narizucas cortas y muy abiertas y aquellos ojillos pequeños y redondos que parecían hechos con un punzón, podía constituir un formidable argumento en favor de la teoría de Darwin. Hay que añadir que en la cabeza y en el cuello y en las muñecas y en las manos, llevaba toda la joyería de Marzo, y aun la de Abril y las de todos los demás meses del año, si tuvieran joyería todos.

Recorriendo poco á poco y con gran dificultad las habitaciones, llegamos á la salita de fumar, donde cada cinco minutos entraba un criado con una caja de *Cabañas*, la abría y la dejaba sobre un velador que había en el centro. Los que estaban sentados en los escaños laterales se levantaban, se acercaban, y cogiendo éste un cigarro, el otro un puñado de ellos, se marchaban de la sala ó se volvían á sentar, esperando á *hacer los honores* á la caja siguiente, que vendría con seguridad á los cinco minutos para ser de igual modo desocupada. Es incalculable el gasto que los marqueses de Raposo tuvieron solamente en cigarros.

A las doce en punto de la noche se abrió el comedor, con lo cual comenzaron á despejarse un poco las demás habitaciones y comenzó á poderse bailar algo, pues hasta

entonces no había sido posible. Sólo se había bailado á primera hora, antes de que acabara de llegar la gente, el rigodón que llaman de honor, del cual no hablaré, por no ir contra la advertencia de Pepe, y lo siento porque se prestaba á muy graciosos comentarios... Habíais de haber visto á la dueña de la casa, tal como la dejo descrita, colgada del brazo de... Pero no, no he de hablar de eso; ya lo he dicho.

Nosotros, mi amigo y yo, tardamos en ir á cenar, dando tiempo á que concluyeran las tandas de señoras para poder hacerlo más reposadamente y más á gusto; pero como no llevaban trazas de concluir nunca, á eso de la una y media renunciemos ya á la esperanza de cenar en la gran mesa central, y nos acomodamos los dos en una mesita de las de las esquinas. En cuanto nos habíamos sentado, vino un criado á servirnos, trayéndonos de primera intención jamón en dulce y Burdeos; otro después nos trajo pavo trufado y Jerez; luego nos trajo otro un salmón enorme, y todavía, después que habíamos cenado bien, continuaron ofreciéndonos viandas y manjares, que hubimos de rechazar porque era imposible tomar de todo.

—¡Qué gente más tonta!—decía mi compañero refiriéndose á los marqueses.—¡Obsequiar así con tan grandes dispendios á

esta multitud que no se lo agradece, y á gran parte de la cual ni siquiera conoce!...

—Querrán acaso—le contestaba yo,—restituir por este medio algo de lo mal adquirido... pero más les valdría restituir de verdad que no hacer estos vanidosos derroches.

Porque aquello fué un derroche verdadero. Andaban rodando por allí los salmones con mayor abundancia que las sardinas en cualquier tabernáculo de Laredo ó de Lastres. Con los emparedados se hubieran podido hacer barricadas. A última hora se bebían el *Champagne* y el Jerez á pasto. ¡Así es que se cogió cada mona!...

Me parece que estoy viendo á aquella muchacha guapa, hija del banquero Pruneda, con un vaso grande lleno de Jerez en la mano, en medio de cuatro ó cinco muchachos que la decían:

—¡A que no! ¡a que no!...

—Pero ¿no me hará daño?—preguntaba ella á aquél en quien tenía más confianza,—¿cree usted que no me hará daño?...

Y como el consejero la diese respuesta satisfactoria, empujó el vaso, y luego, dándole la vuelta, le besó en el hondón con mucha gracia. Y es claro, cogió una chispa también muy graciosa, de modo que después en el cotillón hablaba por los codos y casi no se tenía.

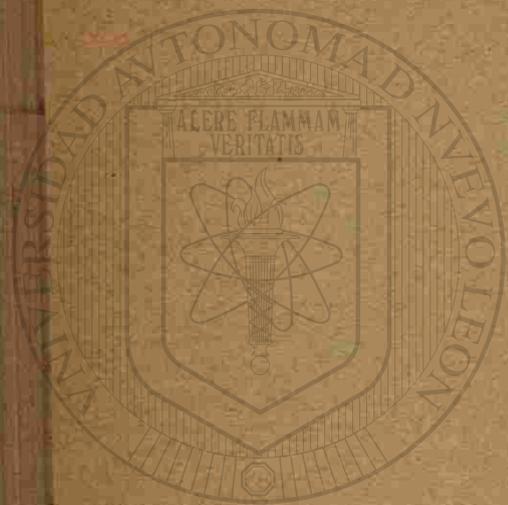
Al salir del comedor me encontré con mi prima Isabel Vegallana y con su madre, á quienes no había visto hasta entonces, ni sabía que estuvieran allá, y las acompañé ya todo el resto de la noche. Mi prima me dijo que tenía que hacerla el favor de bailar con ella el cotillón porque había reñido con su novio; con lo cual me proporcionó, además del gusto de complacerla, el de pasar agradablemente distraído aquel rato y salir luego cargado de preciosos juguetes...

—De manera—le dijo Lastra,—que casi saliste ganando con que no estuviera allá la viudita.

—Y sin casi—contestó Jarandilla.—Salí ganando muchísimo. Porque no os podéis figurar...

—No, ni queremos ya figurarnos nada—le interrumpí yo,—sino que tú nos lo digas; pero haz el favor de abreviar porque nos queda muy poco tiempo de viaje: ya hemos pasado del Plantío.

—Bueno, pues os contaré de prisa lo que falta.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

—Vivía entonces en Madrid mi hermana Guadalupe — continuó Manolo, — porque habían hecho á su marido secretario de la Junta Consultiva de Caminos; y como yo estaba solo en casa, pues mi padre pasó casi todo aquel invierno en Extremadura, comía todas las tardes con ellos.

Llegó aquello de la *viudita*, y me puse intratable. Me distraía en la mesa; no contestaba ó tardaba hora y media en contestar á lo que me preguntaban; comía poco y de prisa, y en lugar de estar me como antes un gran rato de sobremesa con mis hermanos, me levantaba con el bocado en la boca y me marchaba al teatro, donde creía que había de ver á mi tormento.

Claro es que para mi hermana no podía pasar inadvertido el cambio. Una tarde que estábamos esperando á su marido para co-

mer y manifestaba yo alguna impaciencia porque tardaba, me dijo:

—Chico, pero ¿qué te pasa?... Estás transformado: no aposentas en ninguna parte... Tú tienes algo... Estaría bueno que á estas horas fueras á enamorarte...

—Pues mira que no ando muy lejos—la contesté.—No lo digas dos veces...

—¡Bien, hombre! Pecadores arrepentidos quiere Dios... Después de haber pasado lo mejor de la juventud haciendo burla de los que se enamoran y de los que se casan...

—Pues ahí verás... Cuando menos se piensa... Dicen que boda y mortaja del cielo baja, y mi boda puede bajar de un momento á otro.

—Y ¿quién es *ella*... si se puede saber?...

—Sí, Lupe de mi alma, tú lo puedes saber y lo sabrás; pero después que lo sepa yo, que tampoco lo sé todavía...

—¡Chico! Eso tiene gracia. Estás enamorado y ¿no sabes de quién?...

—Lo mismo que te lo digo.

—Pues no lo entiendo.

—¿Has oído hablar de la marquesa de Tabasco, ó de la *viudita* que es como más comunmente la llaman?

—No... nunca.

—Pues, hija, es la mujer que hoy da rui-

do en Madrid, la que tiene más partido, la que cuenta mayor número de adoradores...

—Sí, será; pero ¿á quién quieres que oiga yo hablar de esas cosas, si no salgo apenas de casa?...

—Y el cuento es que se empeñan todos en decir que yo soy el único á quien hace caso.

—¡Y no la conoces!...

—No: ¿pero sabes de que lo sacan?...

De que cuando la miro se pone colorada y baja los ojos, con lo cual parece dar á entender que siente algo por mí... Porque con los demás no hace eso. Al contrario, sufre las miradas de todos con indiferencia, y á veces las sostiene con una altanería rayana al descoco... Y en cuanto la miro yo baja los ojos con una pudorosa timidez que es un encanto. Por eso han dado en decir que me distingue. Pero... no caerá esa breba. ¡Ah! sería yo el hombre más feliz del mundo. Ya ves, una americana muy rica, y luego muy hermosa... Y eso que si se mira bien parece que no tiene en las facciones nada de particular. Pero los ojos... aquellos ojos me producen una fascinación que no puedes figurarte.

—Sí, ya veo que estás fascinado.

—La primera vez que la ví no me fué nada nueva su fisonomía; se me figuró como si la hubiera visto ya muchas veces.

Y es que se conoce que es el tipo ideal de mujer que yo me había forjado acá en mi fantasía. Vamos que es la mujer soñada... ¡Si la vieras!... Una tarde has de venir conmigo al Retiro para que la conozcas.

—Bueno, sí; ya tengo curiosidad de ver qué deidad es esa que así te ha trastornado el juicio.

—¡No lo sabes bien!

La primera tarde que fué mi hermana conmigo al Retiro no fué la viudita á paseo, ó se iría para otro lado. Lo cierto es que dimos tres ó cuatro vueltas y nos vimos sin haberla visto.

—¡También es mala suerte!—decía yo,—porque se la ve aquí todos los días.

—Otro día vendrá—me contestó en tono de gran conformidad mi hermana.—Como todas las desgracias que nos pasen se parezcan á ésta...

Al día siguiente fuimos algo más tarde, cuando ya volvían algunos coches, y al llegar hacia donde ahora han puesto aquel grandísimo espantajo en la carretera de Aragón... me refiero á la estatua del pobre D. Baldomero, distinguí un magnífico tronco de caballos tordos, y dije á mi hermana:

—Fíjate en ese *milord*.

Mi hermana miró al coche con fijeza. Yo

me hice el distraído; pero advertí que la viudita, al ver á Guadalupe, también bajó los ojos. Mi hermana volvió la cara hacia mí, se quedó mirándome, y en cuanto acabó de pasar el *milord* de la Marquesa de Tabasco, soltó la risa.

—¿De qué te ries?—la pregunté extrañado.

—¿De qué me he de reír, hombre?—me contestó.—¿De qué quieres que me ría?... De tu ideal... ¡Ja, ja, ja!—y continuó riéndose.—¡Vaya un ideal! ¡Ja, ja, ja!... La mujer soñada... ¡ja, ja, ja!...

Mi extrañeza crecía hasta el asombro, porque no recordaba haber visto nunca á mi hermana reírse así. Y ella, sin embargo, continuaba riendo...

—¡Ja, ja, ja!... ¡Que te parecía que la habías visto muchas veces!... ¡Yo lo creo que la habías visto! Como que está cansada de llevarte el chocolate y de servirte á la mesa...

—¿Pero qué dices, chica? ¡Estás loca!... ¿Tú, quién crees que es?...

—Mi doncella, hombre, mi doncella: Pepa; la doncella que yo tuve en Sevilla de recién casada, hace once años, cuando Paco fué destinado allí de ingeniero primero; la que tenía cuando tú fuiste á pasar con nosotros la Semana Santa y la temporada de la feria...

—Tú no estás buena, criatura... Eso no es posible.

—Sí, hijo, sí; no seas bobo. ¡Mira tú si la conoceré yo! En cuanto la he visto. Por eso baja los ojos cuando la miramos... No te quede duda de que es ella.

—¿Pero cómo se ha verificado esa transformación?

—¡Dios lo sabe!...

—¿Y tú no lo llegaste á saber?—preguntó Rojas á Jarandilla cuando el tren estaba ya entrando en las agujas de la estación del Norte.

—Sí: yo también lo supe después—contestó Manolo:—la metamorfosis se había verificado por una serie de procedimientos poco difíciles y menos laudables... que os contaré otro día, porque esta noche ya no hay tiempo.

V

Antes del último destrozo forestal perpetrado en los Jardines del Buen Retiro para arreglarlos á la catalana, quitándoles lo que les quedaba de su antigua y majestuosa severidad y dándoles en cambio el aspecto llamativo é informal de feria de pueblo, había una grande y hermosa acacia bragada en la orilla interior del paseo circular, hacia la parte del Norte.

Pereció en el arreglo aquel árbol, como otros muchos, arrancados sin duda con objeto de dar al paseo contra el interior la amplitud que se le hacía perder por afuera emplazando todo alrededor unos locales numerados que á la empresa la plugo llamar palcos, aunque más bien parecen cortes, ó, si se quiere algo más de finura, instalaciones para alguna exposición pecuaria, en los cuales, dicho sea en honor de la verdad y

—Tú no estás buena, criatura... Eso no es posible.

—Sí, hijo, sí; no seas bobo. ¡Mira tú si la conoceré yo! En cuanto la he visto. Por eso baja los ojos cuando la miramos... No te quede duda de que es ella.

—¿Pero cómo se ha verificado esa transformación?

—¡Dios lo sabe!...

—¿Y tú no lo llegaste á saber?—preguntó Rojas á Jarandilla cuando el tren estaba ya entrando en las agujas de la estación del Norte.

—Sí: yo también lo supe después—contestó Manolo:—la metamorfosis se había verificado por una serie de procedimientos poco difíciles y menos laudables... que os contaré otro día, porque esta noche ya no hay tiempo.

V

Antes del último destrozo forestal perpetrado en los Jardines del Buen Retiro para arreglarlos á la catalana, quitándoles lo que les quedaba de su antigua y majestuosa severidad y dándoles en cambio el aspecto llamativo é informal de feria de pueblo, había una grande y hermosa acacia bragada en la orilla interior del paseo circular, hacia la parte del Norte.

Pereció en el arreglo aquel árbol, como otros muchos, arrancados sin duda con objeto de dar al paseo contra el interior la amplitud que se le hacía perder por afuera emplazando todo alrededor unos locales numerados que á la empresa la plugo llamar palcos, aunque más bien parecen cortes, ó, si se quiere algo más de finura, instalaciones para alguna exposición pecuaria, en los cuales, dicho sea en honor de la verdad y

del buen gusto del público, no ha querido meterse nadie todavía.

Pero el empresario no ha querido tampoco dar su brazo á torcer, y los mantiene allí, con grave detrimento, no sólo de la estética, sino también de la higiene y de la comodidad, pues el espeso enrejado de madera de que están protegidos por la espalda, estorba mucho de que corra el fresco tan apetecido en las noches calorosas del verano. Como mantiene también aquella portada insolentemente cursi, con sus pináculos de madera semichinescos pintados de encarnado y amarillo y su provocativa iluminación de los mismos colores, en lugar del sencillito letrero de gas que antes había.

Al pie de aquella acacia estábamos sentados una noche, á los pocos días después de la cacería de Zarzalejo, tres de los cinco compañeros de aquella expedición, con otros tres individuos más que no habían tomado parte en ella: el Conde de Monte-Raso, muy amigo de todos nosotros, y dos periodistas conocidos de Pepe Lastra y míos, los cuales ambos han emigrado ya de este mundo, uno para la eternidad y otro para la República Argentina.

Había por aquellos años en los Jardines dos noches cada semana, la del martes y la del viernes, unos excelentes conciertos dirigidos por el maestro Bretón con gran mo-

vimiento de cuerpo y de batuta... Por cierto que una noche, al marcar con demasiado entusiasmo un *crescendo*, se le fué aquélla de la mano, y unos días después se dijo que la había encontrado un pastor al pie del Cerro de los Angeles. Pero también se dijo luego que esto era una exageración, y que donde realmente había parecido la batuta era en una calle del barrio de las Peñuelas.

En estas noches de concierto, como evidentemente aquella música escogida y bien tocada valía mucho más de la vil peseta que costaba entrar, se llenaban los Jardines de gente hasta tal punto, que ni se podía pasear apenas, ni se hallaba á lo mejor silla en qué sentarse, ni podía uno reunirse con sus amigos, porque no los encontraba en toda la noche. En fin, que los martes y los viernes se ponía aquello, de puro concurrido, desagradable.

En cambio, las otras cinco noches de la semana se estaba muy bien; porque como apenas había más atractivo que la frescura, pues aunque en aquel teatro al aire libre funcionaba una compañía de ópera, solía ser tan mala, que nadie cuidaba de ir á oirla, como nadie cuidaba tampoco de escuchar cuatro piezas que tocaba una banda militar en los entreactos, iba á los Jardines muy poca gente. Los periodistas y las au-

toridades, que entraban sin pagar, y las muy contadas personas de la buena sociedad que no habían salido de Madrid: la duquesa de A... con su marido *para avis!*; la marquesa de B... con sus dos hijas, bastante morenas, pero muy graciosas; la condesa de C... con la suya, una rubia delicada y elegante; la mujer del ministro de Ultramar con sus tres pollitas, una rasante y las otras dos todavía de corto; y luego el alcalde y el gobernador, y algunos oficiales de Artillería é Ingenieros, y otra veintena de muchachos. Siempre éramos los mismos; de manera que nos conocíamos todos y estábamos como en familia...

La noche de que iba hablando era de éstas en que había muy poca gente: otros cinco ó seis corrillos como el nuestro, y escasamente una docena de parejas paseando.

—No estaría mal uno sentado ahí arriba, —dijo Monte-Raso señalando á la bragada de la acacia que estaba como á vara y media de altura.

—Tienes razón, Mariano—dije yo:—de seguro que se sentirá el fresco más que en el suelo.

—No se subiría usted á sentarse ni aun por esa ventaja de estar más fresco, —me dijo uno de los periodistas.

—No pagará usted una comida para to-

dos ahí en la Perla porque suba y me siente, —le contesté.

—Pues sí la pago, —replicó.

—Bueno: pues ruín por quien quede, —dije yo levantándome de la silla y disponiéndome á subir.

—Es que no ha de ser la subida por la bajada—objetó él, tratando de recoger velas, —sino que ha de estar usted sentado ahí mientras los demás damos despacio des vueltas al paseo.

—Aunque sean cuatro pueden ustedes dar tranquilamente—le contesté;—y como esté á gusto no me bajo en toda la noche.

—No—dijo él cuando me vió decidido á subir:—no quiero que usted suba. Hay por ahí cerca alguna persona á quien seguramente había de desagradar el verle á usted hacer volatines, y no quiero yo ser causa de desavenencias.

—¡Ah!... Muchas gracias—le contesté riéndome.—Si lo hace usted por eso, muchas gracias.

Seguimos hablando de cosas diversas con bastante animación. Los periodistas nos fueron contando lo más saliente de la política del día, que era, entre otras cosas, el descubrimiento de un desfalco de siete mil duros en la Delegación de Hacienda de la provincia de X..., cuyo delegado era pariente muy próximo del ministro; el escan-

dalillo que había armado por la tarde en el Congreso el diputado Escobajo, tratando del Ayuntamiento de Madrid, con la revelación de que varios sietemesinos, hijos de títulos del reino y grandes de España, cobraban del erario municipal, para sus gastos particulares, dos pesetas diarias como barrereros de la Villa... sin barrer por supuesto; la insinuación deslizada por un periódico republicano sobre ciertas jugadas á la baja en la Bolsa de París, relacionadas con la última crisis que había traído el poder á manos de los conservadores; la ruptura entre el ministro de la Gobernación y el subsecretario por causa de los fondos secretos, en que el segundo quería tener parte y que el primero quería apropiarse exclusivamente... con otras cosas así, que puede decirse que son el pan liberal de cada día.

Cuando se habían acababado estos temas y nos habíamos quedado un rato en silencio, dijo Pepe Lastra:

—Si viniera esta noche Manolo, nos podía acabar de contar la historia que dejó interrumpida la noche de la caza.

—Así es—dije yo.—¡Mejor ocasión!... Ahora que á estos señores (aludiendo á los periodistas) parece que se les acabó el gasto...

—Pues en nombrando al ruín de Roma...—dijo Carvajal.

—Luego asoma,—añadió Monte-Raso concluyendo la frase.

Porque, efectivamente, en aquel momento asomaba Jarandilla por una vereda estrecha que cruzaba directamente desde la entrada del Jardín hacia aquella parte del paseo.

—Estábamos hablando de tí,—le dije yo antes de que acabara de llegar.

—Mal, ¿eh?—dijo él.—Pues lo siento.

—No, hombre; bien,—le dijo Luis.

—Dí que ni bien ni mal—repliqué yo.—Verás lo que era. Estaba diciendo Pepe que si vinieras nos podías acabar de contar la historia que dejaste pendiente la otra noche. Y en esto te vió Luis asomar por entre aquellos árboles, y te llamó ruín de Roma; pero fué por repetir el refrán... De modo que ya sabes que nos tienes dispuestos á oírte...

—Pero hay quien no está en antecedentes...—objetó Manolo, refiriéndose á Monte-Raso y á los periodistas.

—Yo les enteraré—le contestó Lastra,—mientras tú acabas de enjugarte el sudor de la frente y te sientas lo más cómodamente posible... Aquí el amigo Jarandilla estuvo hace años perdidamente enamorado...

Y en cuatro palabras refirió á los que no habían estado en la cacería el repentino

enamoramiento de Manolo y el chasco que se había llevado al encontrarse con que aquella que él creía pudorosa viuda americana y marquesa, era una doncella andaluza muy alegre que había estado sirviendo en casa de su hermana.

—Bueno: ahora sigue tú—añadió dirigiéndose á Manolo.—Nos dijiste que habías llegado á averiguar cómo se había verificado la transformación de la criada en marquesa, y no nos lo contaste porque llegamos en aquel momento á la estación. Cuéntanoslo ahora.

—Vaya, pues, lo cuento—dijo Manolo;—aunque advirtiendo, para que nadie se llame á engaño, que el caso no tiene tanto de particular ni de raro como pudiera creerse...

Cuando Pepa salió de casa de mi hermana, que la tuvo que despedir por su desahogada afición á los novios... y eso que la aguantó muchísimo, porque por otro lado decía que era muy buena muchacha, de excelente carácter y muy dispuesta... Pero en lo de los novios llegaron ya las cosas á un punto... En fin, ¡con decir que una tarde tenía escondido un sargento de artillería debajo de la cama!...

Hacia un poco que habían acabado de comer; iba mi hermana por un pasillo, y oyó como carraspear allí hacia los cuartos

de las muchachas... Á la doncella la acababa ella de dejar en el comedor quitando la mesa; mi cuñado también estaba todavía en el comedor fumando; á la cocinera la oía dar ruido con los platos que estaba limpiando en la cocina. De modo que no podía menos de ser alguna persona extraña...

La pobre Guadalupe, si por casualidad no hubiera estado su marido en casa, allí se muere de miedo. Pero con la idea de que su marido vendría en cuanto le llamara, y con la sospecha que luego se la ocurrió de que fuera algo así como lo que resultó ser, tuvo serenidad, llamó á Pepa y la dijo en voz baja:

—¿Quién está en el cuarto de usted?

—Nadie, señorita,—contestó con gran seguridad y hasta con aparente asombro la doncella, abriendo al mismo tiempo de par en par la puerta del cuarto.

—Sí; aquí hay alguno—insistió mi hermana.—Diga usted la verdad: he sentido yo toser un poco, y no puede menos que haya aquí alguno escondido.

—¡Jesús! ¡qué cosas tiene la señorita!—replicó la doncella.—¿Quién ha de haber aquí?... Cuando yo digo que no hay nadie...

—Ahora mismo—añadió mi hermana haciendo ademán de ir hacia el comedor,—voy á decir á mi marido que avise á una pareja de orden público...

—¡Ay! ¡por Dios, señorita!—dijo la doncella poniéndose de rodillas delante de mi hermana.—No diga usted nada... Es mi novio... Pero no crea usted que ha venido con ningún mal fin, sino para hablar un rato después que yo acabara mis quehaceres... ¡Por Dios, no le descubra usted, que le podía costar muy caro... porque es sargento de artillería!... ¡Si viera usted qué buen mozo es!...

—Lo que he de ver es cómo se va en seguida á la calle—dijo mi hermana—y usted también... Usted ahora no, porque es ya de noche; pero mañana, en cuanto amanezca...

Cuando Pepa salió, como digo, de casa de mi hermana, entró á servir allí, en Sevilla mismo, en casa de unos catalanes que eran á la sazón los contratistas de la limpieza.

Se murió luego la catalana, y quedó Pepa de ama de gobierno...

—Vamos, ya empieza á ascender,—dijo uno.

—O á descender más bien,—replicó otro.

—Un par de años después—continuó Jarandilla,—el contratista, llamado Busquet, simuló una quiebra, es decir, simuló una gran disminución en sus intereses; pues lo que es la quiebra, fué demasiado real y efectiva para los acreedores.

Dos millones y medio importaba el pasivo, sin que como activo pareciera otra cosa que el material ya deteriorado del servicio de limpieza, y los cuatro muebles de la casa.

En cuanto la quiebra quedó declarada legalmente y los síndicos se hicieron cargo de todo, el catalán se largó á Méjico en compañía de Pepa y del producto líquido de unas y otras porquerías materiales y morales.

Para redondearse pronto, puso una casa de cambio en Tabasco, bajo la razón social de *J. Buisquet y Compañía*.

—La Compañía sería Pepa,—dijo Carvajal.

—No creo que tuviera otra,—contestó Jarandilla, y siguió diciendo:

—Como en todas partes cuecen habas, y quien dice habas dice gatuperios liberales...

—¡Manolo, Manolo!...—le interrumpió Lastra.—No se te olvide que hay aquí periodistas del bando, que tendrán que defender...

—Estos periodistas, aunque á ellos mismos se les figure que son liberales, no lo son realmente, á lo menos en el sentido que yo doy á la palabra, y que es el que se la debe dar porque ya no tiene otro... Si fueran liberales de veras, siendo personas tan ilustradas como son...

—Muchas gracias,—dijeron los dos periodistas casi á un tiempo.

—No hay de qué: es justicia—les contestó Manolo;—y no lo digo porque estén ustedes delante... Si fueran liberales de veras—continuó,—ya hubieran sido ministros ó hubieran labrado por cualquier otro mal camino su fortuna. ¡Bah! con la cuarta parte del talento de estos señores cualquier liberal de buena cepa se hace en cuatro días millonario.

Decía, pues, que como en todos los países modernamente rígidamente cuecen habas, y en las repúblicas de América á calderadas, el ex-colector de las basuras de Sevilla, ya banquero en Tabasco, pudo fácilmente hacer grandes negocios con el Gobierno.

Había guerra, porque allí siempre la hay, si no es con una república es con otra, y cuando no cada república consigo misma, por si ha de ser presidente Juan ó Pedro... Dada, pues, la casi perpetuidad de la guerra, el catalán Busquet, que era muy listo, buscó manera de entenderse con el Ministro del ramo, el doctor *Gonsales*, doctor y además general, como es por allá todo el mundo.

El primer negocio que se le ocurrió hacer á Jaime Busquet á medias con el ministro, sin duda por haber oído hablar acá de otros análogos, fué una contrata de blu-

sas y pantalones de dril para el ejército que iba á salir contra Guatemala, á castigar ciertas faltas de atención de aquella república microscópica.

El valor real de cada prenda era á todo tirar un peso, como allí se dice; pero se contrataron á cinco. Los cuatro pesos que había en cada prenda desde el costo efectivo al precio de contrata se partían por mitad, dos para el contratista y dos para el ministro. Veinticinco mil blusas y veinticinco mil pantalones... á cuatro duros, doscientos mil duros: cuatro milloncetes, dos para cada socio del enjuague.

—A ese paso...—dijo uno de los periodistas.

—Pues á este paso es de creer que continuaría, sin descuidarse gran cosa; porque es lo cierto que á los cuatro ó cinco años era ya la casa de *J. Busquet y Compañía*, es decir, y Pepa, la principal de Tabasco y una de las más poderosas de Méjico.



La banda del Regimiento de Valencia, que ordinariamente tocaba en el kiosco central durante el entreacto de la ópera, comenzó á tocar un estruendoso paso doble, y Jarandilla hubo de suspender la narración á propuesta de alguno del concurso, porque con el retumbar del bombo y el reteñir de los platillos apenas se le oía.

Cuando la banda acabó su tarea, siguió él diciendo:

—Pepa se daba, como es de suponer, muchísimo tono. Después de montar su casa con un lujo deslumbrador, quiso que se la vieran, y comenzó á dar reuniones de confianza los jueves, estableciendo luego la costumbre de dar además dos grandes bailes todos los años, uno al principio y otro al fin de la temporada.

Los asiduos concurrentes á aquellas re-

uniones se hacían lenguas de lo bien que la graciosa y amable *señora* de Busquet sabía recibir; los periódicos de la localidad, sin perjuicio de emplear un número entero en la descripción del baile grande de entradas de invierno y otro número entero en la descripción del de la primavera, salían todos los viernes con dos columnas lo menos cada uno dedicadas á contar con todos los pelos y señales en el estilo cursi de nuestro *Alma-viva* la fiesta de la noche anterior y á pregonar la delicadeza y la finura conque la preciosa y angelical *señora* de Busquet obsequiaba todas las semanas á la buena sociedad tabasqueña... En fin, que la *señora* de Busquet fué allí la reina de la distinción y de la elegancia.

—Es decir, que Pepa se había casado ya con Busquet—dijo Mariano Monte-Raso.

—Creo que no—respondió Jarandilla,—no habían cuidado de eso; mas para el caso venía á ser lo mismo, porque él la había presentado al llegar allí como su mujer y por tal era tenida unánimemente.

Iban así las cosas, y hay que convenir en que, vistas de tejas abajo y sin pensar en la otra vida, no podían ir mejor para los dos aventureros, cuando una mañana el catalán Busquet se sintió malo y se murió en diez minutos.

—¡Pobre Pepa!—exclamó uno de los periodistas.

—No. Pobre de él, que no iría muy bien dispuesto—replicó Jarandilla;—porque lo que es Pepa todavía mejoró de fortuna, puesto que se levantó con todo: muerto Busquet, se quedó por dueña absoluta de toda su riqueza.

—Pero si no estaban casados...—objeto Mariano Monte.

—Figúrate que lo estaban—le contestó Jarandilla—y no serás tú solo, pues todo el mundo se tuvo que figurar lo mismo. Porque Pepa presentó un testamento hecho en el consulado de España poco antes de la muerte del catalán, ó poco después con fecha anterior, que es lo más verosímil, en el que declarando no tener herederos forzosos, se instituían mutuamente herederos los dos supuestos cónyuges.

Mediante este testamento, de cuya legitimidad por el pronto no dudó nadie, la transmisión de los bienes del banquero á Pepa se hizo sin ninguna dificultad, y la antigua doncella se encontró en condiciones de satisfacer su anhelo novísimo...*

Porque como el corazón humano es insaciable y está inquieto, según dice... creo que San Agustín, mientras no llega á descansar en Dios (y el de Pepa no iba precisamente por ese camino), aunque la antigua

doncella había ya llegado á la situación desvanecedora que acabo de describir y á la cual jamás pudo aspirar ni en sueños, en cuanto se fué acostumbrando á ella, la pareció poco, deseó más, comenzó á sentir algo así como nostalgia de la patria y anheló vivamente hacer en Sevilla, ó mejor en Madrid, el brillante papel que hacía en Tascó.

Para volver á España así, en tren de gran señora, el catalán era un estorbo, porque era demasiado conocido, sabía su historia mucha gente, y por la de él podría irse sacando la de ella... Aquel estorbo acababa de desaparecer de la manera que he dicho...

—De modo que... — comenzó á decir Lastra.

—Indudablemente — continuó Jarandilla, comprendiendo el sentido de la observación. — Busquet murió de un jicarazo administrado por su *socia*.

—¡Caracoles con la mujer! — dije yo. — No tenía el diablo por dónde desecharla.

—¡Un angelito enteramente! — dijo Manolo. — ¡Y pensar que me pude haber casado con ella!... Porque si mi hermana no hubiera estado en Madrid... ¿Quién sabe?... ¡Horror!... Me estremece el pensarlo...

Pues, sí — continuó: — indudablemente el pobre Busquet murió envenenado por Pepa.

Así lo comenzó á sospechar á los pocos días después del suceso la gente espabilada, por lo de *cui prodest* y por otros varios indicios. Así lo fué creyendo luego todo el mundo, y llegó á hacerse tan pública y tan general esta versión, que al cabo tomó cartas en el asunto la justicia. Pero como Busquet había dejado muchísimos millones, y Pepa, que disponía de ellos, pudo tirar de largo, bien pronto fué absuelta con todos los pronunciamientos favorables.

Y, es claro, en cuanto quedó en completa libertad, acabó de liquidar cuentas, negoció el traspaso de la casa de banca, redujo todo su capital, unos quince millones de duros, á resguardos del Banco de Inglaterra y letras sobre buenas casas de Londres, y cargada con tan ligero como valioso botín se embarcó para España.



Otra pieza de música tocada con mucho metal en el kiosco del centro, había obligado á Manolo á suspender nuevamente el relato.

En este intermedio llegó Rojas, que era ya el único que faltaba de los de la expedición á la Sierra, y después de saludar á todos los amigos, se sentó á mi lado.

Le enteré, hablándole al oído, de lo que nos estaba contando Jarandilla, y éste, cuando concluyó la música, siguió diciendo:

—Unos meses después, á la entrada del invierno, fué cuando apareció Pepa en Madrid instalada con gran boato, como conté la otra noche, llamándose en las tarjetas «*María Josefa Fernández de la Torre, viuda de Busquet*», y otras veces «*La Marquesa de Tabasco*».

—No comprendo por qué se fingía viuda no siéndolo, —dijo Carvajal.

—Pues, chico, es muy fácil de comprender, se me figura á mí—le contestó Lastra.

—Porque como más tarde ó más temprano

había de encontrarse con gente que la hubiera conocido antes, si se presentaba como soltera, siendo tan rica, no había más remedio que creer que lo había robado; mientras que presentándose como viuda ya se podía pensar piadosamente que se lo habría dejado su marido. De modo que la ficción de la viudez me parece que estuvo muy bien discurrida.

—Es claro—dijo Manolo.—A más de que, como tenía que presentarse sola; fingiéndose viuda, su situación era completamente *legal*, por decirlo así, mientras que de soltera no lo era tanto... Como no hubiera contratado una *mamá*... y esto también era muy comprometido... Nada, que por cualquier lado que se mire la ficción de la viudez la era muy conveniente, necesaria casi.

—¿Y lo del marquesado?... Tampoco sería verdad,—dijo uno de los periodistas.

—¡Quiá!—contestó Manolo.—¿Cómo había de serlo?... Fué un capricho que tuvo al embarcar de llamarse así durante la navegación; capricho que conservó luego en Madrid porque había tomado gusto al nombre, y capricho que más tarde pudo legalizar por unos trece ó catorce mil duros.

—Pero ¿cómo pudo conseguirlo—dijo Monte-Raso,—no habiendo ninguna base?

—Parece que has nacido ayer, Mariani-

co—le contestó Manolo.—¿Qué falta hace más base que el dinero para alcanzar todo lo que se quiera en esta sociedad corrompida?...

Pepa indagó, preguntó, se informó y supo luego de un empleado de no sé qué Ministerio que se dedicaba precisamente, en sus ratos desocupados, al cultivo de los árboles... genealógicos.

Se avistó con él, y, por tanto más cuanto, la arregló una genealogía, haciéndola nieta de un general Torre que se había distinguido mucho en la guerra de Méjico, hacia el año diez y nueve, cuando aquel desventurado país se insurreccionó contra la madre España para hacerse independiente, y se salió con la suya, gracias á la cobardía y á la traición de Riego, que quiso más sublevarse y proclamar la Constitución, que embarcarse ó ir á América á batirse contra los enemigos de la patria...

Como no solamente no era Pepa tal nieta, sino que tampoco había existido tal general, no fué bastante fabricar la genealogía, sino que hubo necesidad de fabricar también una Real orden de D. Fernando VII, haciendo merced al supuesto general Torre del título de Marqués de Tabasco.

Presentados estos documentos en el Ministerio de Gracia y Justicia con una instancia en que se decía, entre otras cosas,

que el general Torre no había usado el título de marqués que la bondad del Rey nuestro señor le concediera porque había muerto muy pronto, y que sus hijas tampoco le habían usado por un exceso de modestia, previó el pago de lanzas y medias annatas, ó annatas enteras y aun dobles, porque eran muchos los que habían de percibir, pasó el marquesado como una seda, y se la extendió á Pepita la Real carta de sucesión en forma.

Yo no dije á nadie el descubrimiento hecho por mi hermana, y creo que no precisamente por caridad hacia Pepa, sino más bien por huir del ridículo que pudiera alcanzarme, porque no me dieran matraca los amigos con el chaseo. Me aparté silenciosamente de aquel oseo, y cuando alguno me preguntó la causa de no haber sido más constante, salí del paso diciendo cuatro cuchufletas contra el matrimonio y contra las mujeres.

Mas á pesar de mi silencio, no sé si por los criados de casa de mi hermana que acaso al descuido nos oyeran alguna vez comentar el incidente, ó por alguna otra persona que, como mi hermana, conociera á Pepa, lo cierto es que pronto se dió en rugar que la Marquesa de Tabasco había sido criada de servicio en Sevilla.

Así y todo, y aunque este run-run fué

tomando cuerpo y llegó á hacerse enteramente público, siguió Pepa yendo á todas partes y figurando mucho en la sociedad madrileña. Y como quiera que también se había ido haciendo público lo de los quince millones de duros en el Banco de Londres, tuvo pretendientes así... (Manolo volvió una mano hacia arriba juntando y moviendo los dedos), y se batieron por ella Pepe Acuña, aquel segundón muy perdido de la casa de Mata-Moros, y Augusto Pérez Gómez, hijo del ministro de Gracia y Justicia...

—En qué fonda?—preguntó uno de los oyentes.

—No, en ninguna—contestó Manolo.— Ya para entonces, entre la comedia de Manuel Matoses *A primera sangre*, que es preciosa y se había representado mucho y muy bien por Vallés, Luján, Ruesga, etc., en el teatro de la calle de la Magdalena, y las burlas y los chistes continuos de los periódicos y de los almanaques, había caído en desuso la costumbre ridícula de terminar los desafíos con un almuerzo. Terminaban, como ahora, con un apretón de manos no menos ridículo, entre dos personas que se aborrecían momentos antes y que continuarán aborreciéndose después; porque no es de creer que el haberse dado cuatro lampriadas en el escenario de un

teatro con un sable sin punta ni corte, que es á lo que suelen reducirse hoy la mayor parte de los desafíos, á esto y á hacer escarnio prácticamente de las leyes divinas y humanas, no es de creer, digo, que el haberse dado cuatro palos pueda convertir en amigos á los enemigos.

La antigua doncella se decidió al fin por el noble tronado, como era natural, y con él se casó.

Poco después unos parientes de Busquet, que habían ido á Méjico tratando de seguir el rastro á la herencia y se habían convenido de que por términos de justicia nada podían sacar, vinieron á Madrid amenazando á Pepa con divulgar su historia si no les daba algo.

Parece que ella se ablandó y les soltó un buen golpe de miles de duros; pero así y todo, contaron por ahí cuanto habían aprendido en Tabasco, sin omitir el envenenamiento del pariente.

Por uno que se lo oyó á ellos lo supe yo todo.

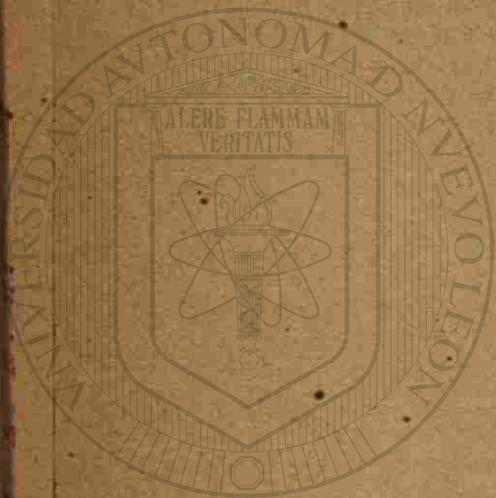
Entonces el marido de Pepa, que ya no estaba con ella en la mejor armonía, la cogió miedo, y con lo que la pudo atrapar del sobrante de la renta de los últimos años, se marchó á París, á donde dicen que le envía ella todavía dinero, temerosa á su vez... porque ella tiene ya miedo á todo el mun-

do, de que la haga resucitar la causa que se la formó en América.

—¿Y ella sigue aquí?—preguntó Lastra.

—No—contestó Manolo levantándose, porque estaban ya apagando las luces.— Cuando se enteró de que en Madrid se sabía ya toda su historia, se fué á Sevilla, y allí creo que está ejerciendo de viuda como antes.

FIN



ÍNDICE

	Páginas.
¡A BUEN TIEMPO!.....	5
LA CONDESA DE PALENZUELA.....	94
INCONSECUENCIA.....	131
LA PRUEBA DE INDICIOS.....	164
METAMORFOSIS.....	203

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
2020 MONTERREY, MÉXICO



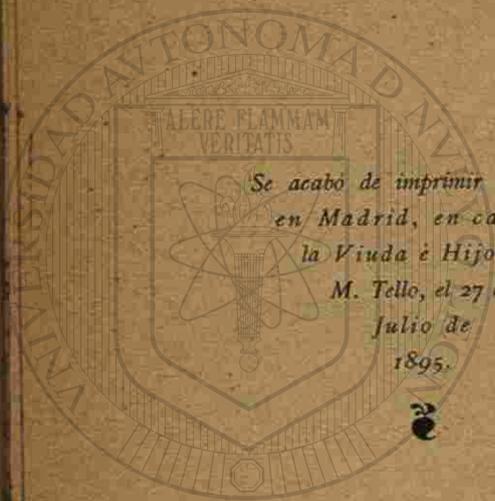
PROTESTA

Si alguna cosa apareciese en este libro contraria á la fe católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

EL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*Se acabó de imprimir este libro
en Madrid, en casa de
la Viuda e Hijos de
M. Tello, el 27 de
Julio de
1895.*

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

